

Selecta

SANDRA BREE

*Las noches
de Gael*



Las noches de Gael

Sandra Bree

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A ti Sara Estrella, porque cuando dejé de esperarte, apareciste. Porque fuiste la primera en demostrarme que, al pedir los deseos con fuerza, se cumplen. Porque cada día, al ver tu mirada pícaro y tu sonrisa canalla, me recuerdas que en esta vida hay cosas más importantes que las que yo creo que son las primordiales. Te quiero.

Prólogo

Londres 1869

Una niebla espesa cubría los suelos empedrados y giraba en remolinos al son de un viento helador que tan pronto despejaba las calles de la ciudad como las volvía a dejar opacas. Era noche de luna ausente y cielos cubiertos de grotescas nubes que se deslizaban con velocidad hacia ninguna parte. Estaba oscuro y hacía frío, pero la figura femenina que alcanzó el patio trasero del edificio no podía sentir las gélidas piedras bajo sus pies, ni la humedad del ambiente sobre su cuerpo. De hecho, no podía sentir nada. Era un alma sin cuerpo. Una proyección de sí misma dentro de lo que parecía un sueño.

La casa en la que estaba no era de las más bellas y grandes de Londres, sin embargo, poseía un encanto especial al estar engalanada por una pulida fachada de mármol gris ceniza y, sobre todo, por encontrarse situada enfrente de una de las poderosas propiedades de un famoso y notable conde, en ese momento el soltero más codiciado de la ciudad, y también uno de los hombres más arrogantes y engreídos que muchos tenían el doloroso placer de conocer. «El mentecato», le llamaba ella mentalmente. A veces llegaba a pronunciarlo en voz alta, pero solo delante de su prima. Impensable hacerlo delante de cualquier otra persona, incluyendo al personal del servicio.

Conocía al conde. Al menos sabía de él lo suficiente. Sin duda era ese el motivo por el que, como una vigía, transitaba en silencio con la vista y los oídos agudizados. Le gustaba verlo cuando estaba solo. Cuando no tenía a ninguna dama pululando a su alrededor. El conde era de los que entraban en una habitación donde había mujeres y todas ellas se apresuraban a retocarse los peinados y a suspirar. Causaba impresión.

Ella no temía ser descubierta. Era del todo improbable. Nadie podía percibir su presencia de no ser que tuviesen algún don tan antinatural como el suyo. Y si no hubiese escuchado ruidos hacía unos minutos por allí, ni siquiera hubiese abandonado la calidez de su dormitorio.

No terminaba de acostumbrarse a esos paseos nocturnos a pesar de haberlos iniciado desde el mismo momento que tuvo uso de razón. Sabía que hacía frío, pero no lo sentía, no podía tener dolor y sin embargo era consciente de todas las emociones que la rodeaban: de la negra oscuridad de la noche, del silencio de la madrugada, de las campanadas de un reloj en la lejanía, o de la música que entonaban las aguas del Támesis bajo el puente. Notaba la soledad y la tibieza, la excitación y la adrenalina navegando por las venas de su cuerpo, la angustia de sentirse

desamparada y la dicha de poder ver y disfrutar lo que nadie más podía.

Sus pies descalzos apenas rozaban el piso al tiempo que su blanco e inmaculado camisón flotaba tras de sí dejando una fina estela blanquecina. Un espectro hermoso y liviano, envuelto en una aureola plateada semejante a un fantasma en el caso de que existiesen. Ella no creía en fantasmas, aunque en su situación hubiese sido de tontos no ser consciente de todas las cosas sobrenaturales que rodeaban la tierra y, en consecuencia, el universo.

En el silencio de la noche escuchó el caminar de caballos. Los cascos repiqueteaban perezosos produciendo un suave eco en las fachadas de las mansiones que presidían la calle y fueron bajando la velocidad hasta que pudo apreciar el elegante faetón negro que iba hacia ella directamente.

Se ocultó entre las sombras. Solía olvidar que no podía verla nadie, aunque su prima y algún otro miembro de la familia eran capaces de notar su presencia. Al menos eso decían ellos.

Empezó a ponerse nerviosa. El faetón pertenecía al conde. Su proximidad acentuaba el ansia de verlo. Siempre era así cuando estaba a su lado: el pulso se le disparaba, el corazón galopaba en su pecho, las palabras se perdían en el fondo de su garganta...

El vehículo se detuvo ante el portón de Silverstone y repentinamente los caballos comenzaron a piafar, moviendo nerviosos sus patas traseras con brío.

Con un impulso suave ella llegó hasta la parte delantera del coche para tranquilizarlos. Sabía que era culpable de que los animales reaccionasen así.

—¡Estaos quietos! —ordenó el cochero, descendiendo del pescante para agarrar con sus manos enguantadas, de dedos recortados, el tiro del carruaje.

Las bestias se fueron calmando solo cuando ella comenzó a acariciarles las crines.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre bajando del interior.

Ella contuvo la respiración a escasos centímetros de Darren Wentfield O'Rourke, conde de Silverstone.

Era un tipo alto y muy guapo, de hombros anchos. El cabello castaño le cubría la nuca con suaves ondas. Pero algo que llamaba mucho la atención de él, aparte de lo elegante que vestía siempre, eran sus ojos verdes y las arruguillas que se formaban en torno a ellos; eran tan penetrantes y fríos algunas veces...

Sin duda habría que estar muy ciego para no admitir que el atractivo de Darren era impresionante. Toda una tentación para las damas de sociedad, ya fuesen casadas o solteras. Empero toda aquella belleza que tanto atraía también lograba intimidar con su apostura soberbia e implacable. Era un hombre tan acostumbrado a que todos a su alrededor hiciesen lo que él mandaba, que apartaba de sí a todos los que no estuviesen de acuerdo o no bailaran al son que marcaba. Era una lástima que la mayoría de las personas que encumbraban la sociedad, excepto unos pocos que valoraban otras características por encima de las frivolidades, fuesen capaces de dar cualquier cosa por estar cerca de él y de su influencia.

Ella aborrecía todo eso. Una persona debía valorarse por su generosidad y no por el peso de su

bolsillo. No era partidaria de buscar amistades para conseguir prestigio o favores, y él pertenecía al tipo de hombres propenso a fingir que las muchachitas como ella no existían. Era uno de esos tipos que apartaban su mirada cuando ella pasaba a su lado.

—Ha debido de ser una rata o algún gato que se cruzaron por medio —respondió el cochero observando el suelo de su alrededor sin ver nada. Echó un vistazo a los animales—. Ya parece que se han calmado, los llevaré a las caballerizas y les daré de comer. —Se volvió hacia el conde con actitud servicial y pose erguida—. ¿Deseáis algo más, milord?

—Nada más —respondió el conde. Con ojos entrecerrados alzó la cabeza al cielo—. Hoy las nubes no dejan ver las estrellas, mañana no hará muy bueno para salir. Descansa, y si me urge algo, haré que te avisen tras el almuerzo.

—Estaré pendiente milord. —Le hizo una escueta reverencia—. Que paséis buena noche.

—Lo mismo para ti, John —respondió Darren acertando el camino hasta la entrada principal.

Ella dio unos pasos tras el conde olisqueando el ambiente en busca del aroma varonil y dulzón que sabía que desprendía. Empero en ese estado no alcanzaba a oler su fragancia.

El conde cerró la puerta y ella, con la misma sensación de pérdida que la embargaba siempre que se alejaba, se quedó observando cómo se iban encendiendo las luces de la casa a medida que él subía las escaleras.

Casi podía sentir la enérgica desaprobación de su prima si se enteraba de que estaba vigilándole como una curiosa. Y era verdad. No debía estar allí. No podía dejar que su mente imaginase que el conde era el amor de su vida y que en algún momento vivirían un apasionado romance hasta que él se diese cuenta de lo mucho que la amaba, y le pidiese matrimonio. Más de una vez había fantaseado con estar entre sus brazos acariciándole los hombros y los músculos de sus brazos. Porque sabía que debía tener los músculos como los hombres de las estatuas griegas. Sus ropas no podían disimularlo.

¡Qué estúpida era por pensar así! En la última reunión a la que habían acudido, él ni siquiera la había mirado. Era verdad que estaba muy delgada, pero sus caderas tenían curvas y su busto no necesitaba ser levantado con corsés. Ese día debió contenerse para no romperle la crisma con saña. Lo que habría sido muy fácil si hubiese dejado caer el florero sobre su cabeza desde lo alto de la escalera. ¿Cómo podía ser alguien tan guapo, tan distinguido y a un tiempo tan mentecato? Eso era lo que más la llenaba de rabia. Estaba enamorada de un tipo que se creía un dios y resultaba ser tan ruin y cruel como el propio diablo.

Todas las mañanas cuando se despertaba se empeñaba en recordar lo peor de él. Le pintaba con una mirada desdeñosa, un rictus amargo y un gesto de todo poderoso que iba diciendo: «Venid, mujeres, a mí que yo os guiaré hacia la perdición». Y ella era tan tonta que probablemente fuese la primera en correr tras él. No podía evitar pensar en su sonrisa sin que se le acelerara el pulso.

Volvió a suspirar.

Un ruido a su espalda la sobresaltó y de repente un cubo de basura rodó por la acera. Un gato maulló. Entornó los ojos buscando al causante de aquel estropicio y descubrió a un grupillo de

hombres que hablaban entre murmullos. Una corriente de aire le trajo sus voces.

—El conde está en la casa, acaba de llegar. Vamos a esperar un poco y después entramos.

—No estará dormido tan pronto —advirtió otro.

—No tardará. Este es de los que trasnochan mucho y duermen hasta tarde. Luke, tú ve por la parte de atrás.

—De acuerdo, jefe —dijo el nombrado. Se caló la gorra todavía más profunda y desapareció por la esquina de la calle.

—¿Y yo qué hago? —preguntó el otro.

—Harry, tú espera mi señal. Iremos por delante. Por aquí es fácil saltar la verja.

—Por fin el conde morirá esta noche y se nos pagará lo que nos deben —dijo Harry satisfecho.

Ella se estremeció y levantó la mirada hacia el único dormitorio que se hallaba con las luces encendidas. En ese momento la recámara estaba apenas iluminada por una luz muy tenue. Pero sin ninguna clase de dudas era la habitación del conde, porque su fuerte y alta silueta se desdibujaba tras el fino visillo. Todo el primer piso estaba compuesto por amplias galerías y delgadas columnas de piedra.

Con curiosidad se acercó al grupo de malandrines que espiaban la fachada de la mansión de Silverstone y los observó atentamente. Iban abrigados desde los pies hasta la cabeza con prendas gruesas. Llevaban los rostros cubiertos con sombreros grandes y bufandas, lo que la hizo incapaz de reconocer a nadie.

—Baja la voz, Harry, el cochero aún deambula por las cocinas —advirtió el jefe con un susurro ronco y apagado—. Mira —señaló una parte del jardín—. Luke ya está dentro.

Ella miró en el momento que Luke saltaba un seto rectangular y se dirigía a la parte trasera de la casa. Todo estaba envuelto en sombras y las siluetas de los árboles se desfiguraban en las fachadas como esqueletos humanos de dedos alargados, danzando al son de una silenciosa melodía que componía el viento.

Durante unos segundos ella fue incapaz de reaccionar. Estaba asustada y su corazón latía desbocado. No sabía si quedarse allí o si seguir a Luke, o... ¿Qué demonios hacía?

Mientras se decidía se dijo que era una solemne tontería preguntarse quién querría matar al conde. Sin ir más lejos, ella lo había deseado. Tal vez no matarlo, pero sí darle un buen porrazo.

No podía quedarse de brazos cruzados como si nada. ¿A quién iba a amar y con quién iba a soñar si él moría?

¡No, claro que no iba a dejar las cosas así! No iba a cargar con ninguna muerte bajo su conciencia. Su mayor virtud era la conciencia y la tenía en muy alta estima. Sus tíos la habían educado con los valores de la honradez y la humildad.

Intentó tranquilizarse para poder pensar. En ese momento no se sentía con fuerzas de mover ningún objeto. Lo intentó, pero fue imposible. Tragándose el miedo que crecía en su interior se obligó a despertar.

Capítulo 1

Gael abrió los ojos con la respiración agitada y el corazón a punto de salir por su garganta. Jadeó con dificultad varias veces antes de levantarse de la cama y ponerse una gruesa bata floreada. Atizó la chimenea y corrió hacia la ventana pegando la nariz en el cristal. Estaba frío y tan empañado que no le dejaba ver bien a los tipos que querían asesinar a su vecino, aunque pudo distinguir la silueta de uno de ellos.

Con prisas, encendió la luz del dormitorio ¿Cómo iba a hacer para advertir al conde de lo que se proponían esos sujetos?

Estudió rápidamente las opciones que tenía. El tiempo apremiaba.

¡Maldita sea! No encontraba ninguna excusa para presentarse allí y mucho menos a esas horas.

—Supongamos que me acerco a su casa —murmuró a su reflejo en la ventana—. ¿Qué le digo? ¿Que mi alma despierta en sueños y recorre las calles como una intrusa? —agitó la cabeza—. ¡Él ni siquiera sabe que existo! —Se volvió y hundió los pies en la gruesa alfombra de tonos castaños colocada frente a la chimenea—. Tiene que haber otro modo. —Contempló las ascuas del fuego con momentánea confusión.

Los minutos se marcaron en el reloj de la repisa haciéndole dar un brinco con la campanilla. Las tres y cuarto de la madrugada.

¿Dónde demonios iba a esas horas?

Nerviosa, se mordió el labio inferior. Pasó por su cabeza el magnífico cuerpo del conde metido en una caja de pino. Los gusanos lo iban a disfrutar.

—No mereces mi ayuda después de la manera en que me ignoras —musitó entre dientes. Se llevó una mano a la cabeza y agarró con un puño un manojo de cabellos rubios—. ¡A saber qué es lo que andabas haciendo en la calle hasta estas horas! —El miedo dio paso a la furia—. Seguro que estabas con esa mujer, con la morena. —No pudo evitar que su voz sonase con retintín.

Sacudió la cabeza, si no era la morena sería otra. Darren nunca estaba solo. Apartó esos pensamientos. Luego ya tendría tiempo de reprocharse cualquier cosa, en ese momento lo único importante era salvarle la vida. Lo que él hacía o dejaba de hacer le importaba un pimiento. O debería importarle un pimiento.

Con decisión bajó hasta la planta de abajo sin dejar de mascullar. Tuvo que abrir varias puertas que el ama de llaves de su prima solía atrancar con cerrojo y atravesó el patio trasero. ¡Dios, qué

frío hacia! El viento, si bien no era fuerte, silbaba entre las rejas de forma espeluznante.

Se estremeció cuando sus pies desnudos tocaron el piso. Era como estar encima de un bloque de hielo. Maldijo y se apretó la bata más contra su cuerpo. Al menos debería haberse calzado.

—Seguro que soy tan afortunada que me agarro uno de esos catarros que no me van a permitir levantarme de la cama. —Miró el balcón del conde. Ya habían apagado las luces de toda la casa excepto la del porche delantero—. Y luego quién me lo va a agradecer ¿Eh? ¿Quién? —gruñó.

Guardó silencio al escuchar pisadas cercanas. Con ojos ansiosos encontró una piedra del tamaño de un puño y sin siquiera pensarlo la lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta principal de Silverstone. La distancia era importante, pero aunque no alcanzó su objetivo, golpeó con contundencia en los escalones. Varios murciélagos cruzaron el cielo batiendo las alas con fuerza y se perdieron en la negrura de la noche.

Las luces de la planta baja de la mansión se encendieron. Un mayordomo medio dormido, con el cabello revuelto y vestido con un corto batín sobre las ropas de dormir, se asomó a la puerta. Sostenía un quinqué en alto y escrutaba el jardín con atención.

Ella se apretujó contra el muro de piedra que precedía el enorme portón de hierro y contuvo la respiración cuando de la nada salieron los tres hombres que corrían hacia una carreta apostada un poco más abajo de la calle.

Los había echado, pensó aliviada.

Se dio cuenta de que el mayordomo del conde también los había visto. El hombre se quedó un rato vigilando la calle hasta que alguien habló tras él y volvió a entrar en la casa.

Ella esperó a que la puerta de Silverstone se cerrara y se deslizó en silencio hacia la confortabilidad de su recámara. Una vez en su dormitorio se acercó de nuevo a la ventana. No había rastro de la carreta ni de los hombres que iban en ella. Por lo menos esa noche el apuesto conde no iba a morir, pero ¿debía advertirle del peligro?

Se metió entre las sábanas donde aún quedaba un poco de calorcito. Lo malo iba a ser dormirse después de lo ocurrido. A pesar de haber salido todo bien seguía nerviosa.

Pensó en el escaso tiempo que llevaba en Londres. Hasta hacía poco había vivido en Great Yarmouth, en el condado de Norfolk, rodeada de parientes y amigos. Nunca había pensado salir de allí, pero sus primas y su tía Katia, la única que conoció como madre, la convencieron para pasar una larga temporada en Londres con Megan, hija de Katia y prima mayor de Gael. En Great Yarmouth solo algunos conocían el secreto de su involuntario poder y, después de tanto tiempo, habían terminado por aceptarlo como algo normal. La llamaban la vigía de la noche, aunque eso no le gustase en absoluto. La hacía sentirse un bicho raro.

Sus padres habían fallecido cuando ella era tan pequeña que no los podía recordar. Tan solo sabía que su padre había sido un aventurero que viajaba para conocer mundo y que se había enamorado de una joven danesa de preciosos cabellos rubios. Los mismos que Gael había heredado.

El día que le presentaron al conde, él acompañaba a la señorita Talbot, la hermana de la amiga

de su prima Megan. Janeth Talbot todavía seguía presumiendo de aquella única y solitaria cita, que encima había sido concertada por su padre, el recién estrenado socio del conde.

Gael iba con su nuevo traje de tonos rosas y escote redondeado. Prefería los escotes cuadrados, pero su prima decía que parecía una monja y que estaba pasado de moda. Para el caso que le hizo el conde le hubiese dado lo mismo llevar un saco de esparto en la cabeza. Él apenas se dignó a mirarla. Le hizo un rápido estudio de su cuerpo que duró dos segundos como máximo y apartó la vista.

Ella, en cambio, el repaso que le hizo fue más, mucho más exhaustivo. Nunca había conocido hombre más guapo que él. Tenía movimientos de tigre: elegante, orgulloso. Ojos de tigre: verdes, brillantes. Hasta su espeso cabello castaño con mechones dorados le recordaban a un tigre. Y sus esplendidos músculos, que sin ser exagerados se definían bajo distinguidas y lujosas ropas de alta costura. Se deslumbró con su increíble altura de, al menos, un metro noventa... Se pasó toda la velada mirándolo sin descanso, y luego, toda la noche soñándolo. Después, durante las siguientes veces que habían coincidido en diversas reuniones, lo había vigilado como un faro al ancho océano. Y en todas esas ocasiones, nunca él la miró.

Al final Gael se quedó dormida. Había decidido que no iba a decir nada al conde. Era posible que él no solo la ignorase, sino que también hiciera oídos sordos a sus advertencias. No estaba dispuesta a hacer el ridículo. Además, si él no era tonto, después de esa noche tendría mucho más cuidado.

Berkeley Square.

El conde de Silverstone se sirvió un ancho vaso de whisky y se detuvo ante la ventana de su dormitorio. Afuera, la calle estaba poco iluminada y parecía desierta, no obstante, quien hubiese dado el golpetazo en su porche no podía estar muy lejos.

Curvó las comisuras en una sonrisa burlona. Si lo que pretendían era asustarle no lo habían conseguido. Él sabía protegerse bien y, aunque en los últimos meses se empeñaba en llevar una vida relajada, quizá incluso un poco descuidada solo con el único motivo de hacer que sus enemigos se atreviesen a enfrentársele, nunca bajaba la guardia del todo. Era un experto en armas y tenía conocimiento en artes marciales, así como en luchas exóticas y orientales. Siempre le había llamado la atención el modo de defensa, o por qué no decirlo, de ataque, que se usaba en el mundo. Era compañero y seguidor de varios boxeadores famosos que le habían enseñado sus mejores golpes. De un chino también aprendió diferentes técnicas de combate simulando a los animales, y del africano Smithers Genoveva, uno de sus mejores amigos, a quebrar huesos con las manos.

Que Darren Wentfield O'Rourke supiese luchar no significaba que abusara de su fuerza, ni de su cuerpo alto y musculoso, ni que fuese golpeando a diestro y siniestro a todo el que no le gustaba.

Al contrario, él nunca peleaba en público. Para un caballero de su condición era impensable. Es más, su afición era uno de sus secretos mejor guardados. Quizá el único.

Esa obsesión por el combate venía de cuando él era pequeño. En su infancia había soportado muchas críticas, risas descaradas y comentarios hirientes de mucha gente. Darren no era ningún cobarde, pero sí era cierto que siendo crío había tenido un cuerpo pequeño y delgado, y menos fuerza que una mosca. Durante su juventud, aunque sus parientes no lo hubiesen visto bien, había compaginado sus estudios con horas y horas de gimnasio y aprendizaje. Si su padre hubiese sido de otra manera se hubiera llevado las manos a la cabeza al ver cómo su heredero daba más importancia a mantener una buena forma física que a manejar las cuentas del condado. Pero, por fortuna, el antiguo conde no era así. Al igual que su hijo, él había luchado por cumplir su sueño sin importar si era del agrado de los demás o no.

De todos modos, tampoco había nada que criticar a Darren Wentfield, el actual conde de Silverstone. Los negocios se le daban bien; trataba de un modo amable a todos sus arrendatarios, por lo que le apreciaban bastante, y, por si fuese poco, iba camino de convertirse en un muy buen historiador. No lo hubiese conseguido de haberse resignado ante la muerte de su padre, pero no era así. El conde había fallecido de un modo bastante absurdo y sospechoso. Y si hacía tres años Darren había tenido dudas sobre si había sido un asesinato, ahora no tenía ningunas. A él mismo habían intentado matarle en algunas ocasiones y, sobre todo, en ese último año.

En el plano sentimental era un hombre de mucho éxito, aunque por el momento no había encontrado al amor de su vida y, siendo realista, tampoco lo buscaba. Por lo menos no hasta que se viese fuera de peligro y hubiese esclarecido el tema de la muerte de su progenitor. Su madre decía que era demasiado arrogante y orgulloso como para que alguna mujer le abriese el corazón, pero él era así y esa era su forma de vencer su timidez. Y, además, porque no era tonto y sabía que las mujeres que se entregaban a él solo veían su posición y su dinero.

Esa noche había llegado más tarde de lo que había planeado. Su reciente amante, Elisa Taylor, lo había entretenido adrede. Ella se estaba dando cuenta de que ya no le daba tantos caprichos como al principio de la relación, y había querido demostrarle que continuaba siendo muy apasionada. Darren no lo dudaba. Lo que le pasaba era que comenzaba a cansarse de ella. Al principio le había parecido divertida y agradable. Ahora lo único que hacía que estuviese con ella era el buen sexo.

En la casa de enfrente, en la segunda planta, hacía rato que la luz de una lamparita estaba encendida. En cuanto una figura femenina cruzó por delante, dejó atrás todos sus pensamientos. La vecina se llamaba Megan Roswet y la conocía desde que ella había ido a vivir a la zona. No tenían mucha confianza, pero sí habían hablado varias veces y la encontraba bastante agradable y campechana en cuanto a su trato. Le extrañó que ella se detuviese frente a la ventana y mirase directamente hacia él. Desde esa distancia no podía verle la cara y la luz que quedaba tras la espalda de ella hacía que sus largos cabellos adquiriesen un tono plata, como si fuesen blancos; como si toda ella estuviese envuelta en un halo de rayos plateados; como si fuese el hada de los

lagos.

Inconscientemente reparó en su cuerpo bien modelado, en la forma en que sus senos se marcaban bajo la ropa y cómo la prenda se ajustaba a un vientre liso. Repentinamente se excitó. Era bastante fogoso, pero nunca había llegado al extremo de ponerse duro con una sola mirada. Por lo menos no después de haber cumplido los veinte.

Soltó el aire con fuerza y miró de reojo su vaso de whisky. Agitó la cabeza y se apartó de la ventana. Pensó que su vecina se había despertado con el golpe que el intruso había provocado en el portón, de otro modo ¿qué podía hacer ella levantada a esas horas? Sin embargo, lo que más le extrañaba de todo, sobre todo ahora que la había vuelto a ver a través de la ventana, era que no se hubiese fijado antes en el cuerpo tan lindo que tenía. Estaba seguro de que a partir de ese momento la iba a ver con otros ojos.

Dejó el vaso sobre la mesa. Había dado la orden de no apagar las luces durante el resto de la noche.

Capítulo 2

—Gael, ¡buenos días! —saludó Megan a la mañana siguiente. Estaba hundida en un diván azul y leía el periódico mientras comía panecillos rellenos de crema. Por lo visto, esa misma mañana había decidido romper con la idea de dejar de comer dulces para mantener la figura delgada. Realmente no necesitaba hacer ninguna clase de dieta, era una mujer alta de generosos pechos y redondeadas caderas, quizá algo llamativo en la forma de maquillarse al dejar sus mejillas demasiado rojas, pero para nada obesa ni gorda—. ¿Te has enterado de lo que ocurrió anoche?

—No —sacudió la cabeza—, me acabo de levantar. Estaba muy cansada. ¿Qué ha pasado?

—Intentaron entrar en la casa de Darren. —Ambas le tuteaban cuando nadie podía escucharlas—. No lo hicieron porque el sirviente oyó un ruido en la entrada. Tuvieron mucha suerte.

—Ah, eso. —Gael se sirvió un par de panes y se sentó junto a Megan encogiéndose de hombros—. Si, ya lo sabía —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, al parecer alguien quiere verlo muerto... —Su prima ahogó una exclamación y Gael le guiñó un ojo con burla—. Lo cual no me extraña.

Megan cubrió su boca con la mano y corrió a cerrar la puerta asegurándose de que no había ningún criado cerca.

—¡No digas eso, no seas mala! —Caminó hacia ella—. ¿Pudiste ver quién fue? ¿Saliste anoche? —preguntó mientras agitaba las manos imitando el vuelo de un pájaro. Gael asintió con una sonrisa ladeada—. ¡Cuéntamelo todo, por favor!

—No hay mucho que contar. Casi no me acuerdo. Eran tres tipos y dijeron que por fin moriría el conde. Pero en cuanto tiré el pedrusco salieron escopetados por la calle abajo.

Megan la miró atónita.

—¡Cuando vuelva a pasar algo así debes avisarme! Estas bajo mi responsabilidad y no quiero que mis padres me maten si creen que no te cuidó.

—De acuerdo, otro día te saco de tus bonitos sueños para que me acompañes —se burló Gael.

—¿Pudiste verlos bien? ¿Sabes quiénes son?

—No. Estaban cubiertos de la cabeza a los pies —negó, saboreando su delicioso bollito.

Megan la miró con cierta envidia, Gael era delgada, comía muchísimo y ni un solo gramo de grasa se adhería a su cuerpo. A ella le hubiese gustado tener su tipo, en cambio, si no controlaba lo que comía tendía a engordar como un león marino. Se contuvo en coger otro pastel y pasó al

tema que más le interesaba.

—Iban cubiertos —repitió en un murmullo—. Espera. — Caminó hacia el secreter y sacó una pequeña libreta con una pluma—. Voy a apuntarlo todo antes de que se nos olvide. ¿Cómo iban cubiertos? Me refiero, ropa costosa o barata, sombreros...

—¿Te has vuelto detective y no me he enterado?

—¡Se trata de Darren!

—¿Y? —Gael arqueó una ceja con sorna.

Megan se rascó la barbilla pensativa. Vestía en tonos violetas que concordaban con sus preciosos ojos de azul cobalto, los de Gael eran grises. El profundo escote de Megan dejaba entrever sus exuberantes pechos, que amenazaban por escapar sobre el borde.

—Deberíamos decírselo para que esté atento. Tiene que estar sobre aviso de que alguien planea asesinarle.

—Yo no pienso hacerlo —negó con rotundidad—. Ese hombre es capaz de decir que la culpable soy yo, y posiblemente la causante de todas sus desdichas. Ya sabes cómo son estas personas, Megan. Aunque lo más probable sea que arquee sus cejas y diga —Puso una voz ronca y áspera imitando la de un varón—: «¿Quién es usted, señorita? ¿Nos han presentado?»

Su prima se ofendió.

—¡Darren no es así! ¡No puedo entender por qué no te gusta si todas las mujeres caen a sus pies rendidas!

—¿Todas? —Se echó a reír con ironía—. Permíteme dudar.

—No trates de fingir conmigo que no te atrae, Gael. He visto cómo lo miras. Sé que estás enamorada de él.

Sí. Megan la conocía muy bien y eso no era bueno.

—Bueno, una cosa es eso y otra que yo deba advertirle de algo. Es un tipo egocéntrico y prepotente que no mira más allá del botón de su chaleco. Puede ser muy guapo y lo que quieras, pero su carácter deja mucho que desear.

—Él no es como te imaginas.

—Ojalá llevaras razón, pero lo único que he visto de él, y no porque no lo haya estudiado bien, es que es orgulloso y estirado como un pavo real —insistió sacudiéndose las migas de la pechera de su vestido—. Me recuerda a Brutus, el semental de Norfolk que se lucía ante las hembras mientras elegía a cuál se iba a montar.

—¡Estás hablándome de un caballo!

—Sí. ¿Y qué?

—¡No seas tonta, Gael! Es posible que sea tan potente como Brutus, pero con más delicadeza.

—¡No quiero ni imaginarlo! —Ya lo había hecho muchas veces y, desde luego, nada tenía que ver con Brutus. En su fantasía él era apasionado y tierno. Sus mejillas enrojecieron.

Megan la devolvió a la realidad cuando comenzó a revolotear por la sala igual que un pajarillo en una jaula. Al final se sentó en una silla alta lacada en blanco con la libreta preparada.

—¿Sabes qué, Gael? Creo que Darren y tú hacéis buena pareja.

Gael arqueó las cejas, esta vez las dos, incrédula.

—¡Ja! Eso le dijo el lobo a la paloma, y se la comió.

Megan soltó una explosiva carcajada.

—Hablo en serio.

—¡No lo estás haciendo! No solo es que ese hombre y yo no tengamos nada que ver el uno con el otro. Ocurre que él no sabe que existo. Es más, a lo mejor sí lo sabe, pero me odia un poco. Por eso finge no verme.

—¿Qué absurdo! ¿Cómo te va a odiar si no te conoce de nada?

—Pues eso me pregunto yo, sin embargo, puedo leerlo en sus ojos cuando alguna vez nos hemos cruzado las miradas, ¿tú no te has dado cuenta? Frunce el ceño como lo hace tu padre cuando se enoja con alguna de nosotras.

«Y a mí me parte el corazón cuando sucede eso», reconoció.

Megan la observó, escéptica:

—¡Creo que exageras! Lo que sucede es que, cuando está cerca de ti, eres tú la que se esconde para no ser vista. Te da tanto miedo que pueda rechazarte que ni siquiera das una oportunidad para que te conozca.

Puede que Megan llevase razón. Sin embargo, no iba dar su brazo a torcer.

—A mí no me gusta estar cerca de alguien que parece que siempre está enfadado. —Cogió otro bollito—. Si estuviese en mis manos le otorgaría una buena dosis de sumisión y humildad. A parte de eso, él es un conde y yo solo soy la honorable señorita...

—¡No empieces otra vez con eso, Gael Roswet Landvik! Eres una Roswet tanto como yo y, aunque no tenemos título, somos bastantes aptas para el matrimonio. Lo que te sucede es que estás tratando de poner excusas. Eres una cobarde y no te atreves a enfrentarte a la verdad.

—¿Qué verdad?

—Lo amas. Es simplemente eso.

—Bueno, lo amo yo y un montón de mujeres según tú, ¿no? —Megan asintió—. ¿Y qué debería hacer, ir a decírselo?

—No, claro que no. Pero hay una cosa llamada flirteo.

—Quieres que llame su atención.

—Pues sí.

Gael miró a Megan frunciendo el ceño.

—Por mucho que me digas no vas a convencerme. Además, a tu padre no creo que le haga mucha gracia que flirtee con un calavera libertino. Así es como él lo llamaría.

—Mis padres estarían encantados. Condesa de Silverstone... —saboreó el título con una sonrisa—. Suena de fábula.

Gael sacudió la cabeza.

—Olvidalo, Megan.

—¿Sabías que Darren colabora con el orfanato de Remblandon, con el hospital, con varias instituciones de ayudas sociales e investigación y otras organizaciones?

Gael la miró perpleja.

—¿De qué modo?

—Sobre todo económicamente, eso ya es mucho ¿no?

—Bueeeno. —Gael se mordió el labio inferior, impresionada. No imaginaba que su amor secreto tuviese tan buen corazón. Eso hacía que lo amase más todavía—. No, Megan, por favor. No estoy preparada, de verdad.

—De acuerdo —asintió su prima—, de todos modos, pienso que deberíamos advertirle del peligro en el que se encuentra. No podemos dejarle en la ignorancia, además, si le pasara algo, nos remordería la conciencia.

Gael agitó la cabeza.

—A mí no.

— ¡A ti, sí! Pero eres una cabezona para admitirlo.

Gael rechinó los dientes con disgusto y reposó la cabeza en el respaldo del diván. Demasiado bien la conocía. Gruñó:

—En el hipotético caso de que te permitiese que le advirtieras, ¿cómo o qué piensas decirle? Te lo digo porque yo no quiero que me nombres.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. —El reloj de pie con una bella puerta de cristal tallado dio las campanadas. Megan ahogó una exclamación, levantándose con prisa, y dejó la libreta sobre la mesa—. Voy a cambiarme, que he acordado salir a cabalgar. ¿Se te antoja venirte?

—¿Necesitas que lo haga? ¿Estás segura de que quieres una carabina?

Megan se encogió de hombros con una sonrisilla:

—Preferiría que no. Louis Allen vendrá a recogerme, y si vienes tú no podrá flirtear conmigo.

—Si su maravillosa madre va acompañándolo, tampoco podrá hacerlo. Ni te besará, ni nada de nada —le dijo con burla.

Megan se irritó.

—¿Qué perversa eres, Gael! Siempre echando sal sobre mis heridas.

—¿Por qué? —Se hizo la tonta—. La última vez que me hablaste de esa mujer dijiste que era encantadora. ¿Acaso no lo es?

—Humm... sí.

—Megan, mientes como una bellaca. No le gustas a la madre del señor Allen y lo sabes. No sé cómo aún tratas de convencerte a ti misma.

Megan resopló.

—Tienes razón. Esa mujer me odia. Es una arpía. Pero yo lo paso bien con Louis, y si nos llegamos a casar...

Gael arqueó las cejas, ahora un poco más seria, y buscó su mirada.

—¿Piensas casarte con él?

—Louis es muy persistente, y guapo... puede que no tanto como Darren, pero aprovecharé que está interesado en mí. No puedo dejar escapar más ocasiones esperando al hombre de mi vida, y Louis me agrada. ¿A ti no?

—Me gusta un poco —afirmó. Era posible que Louis fuese el segundo en la escala de los mentecatos—. Al menos él no parece tener un palo metido en el trasero.

A pesar de aquella exagerada mentira, Megan tuvo un ataque de risa y Gael terminó uniéndose a sus carcajadas.

Capítulo 3

Encerrada en su dormitorio, Gael pasó cerca de treinta minutos eligiendo el vestido que se pondría aquella noche. Todo su guardarropa, donde abundaban los tonos pálidos y cremosos, era nuevo y precioso, encargado por su tía Katia. Según ella aquellos colores pasteles estaban de moda entre las jóvenes. A Gael no le entusiasmaban mucho. Ninguno de ellos contrastaba con su piel marfileña. Al contrario, le hacían parecer una delicada muñeca de porcelana de rostro enfermizo. Al final se decantó por un rosa claro ribeteado en el cuello y en los puños con una puntilla blanca.

Cuando bajó al salón, Megan y su amiga Roxana Talbot esperaban impacientes. Le dieron unos minutos para colocarse la capa corta de piel blanca y entre prisas la hicieron entrar en el carruaje.

—Intenta pasarlo bien, y si te piden bailar, hazlo — le animó Megan agitando las pestañas—. Sabes hacerlo de maravilla y estoy segura de que dejarás a todo el mundo con la boca abierta.

En las dos últimas fiestas nadie la había sacado a bailar de no ser que Megan hubiera insistido. Al recordarlo chasqueó la lengua:

—Eso si me lo piden, aunque no parece que los hombres de aquí tengan mucho interés por la danza. ¡Ah! Y, por favor, no me busquéis acompañante. Sé que estáis empeñadas en que me lleve a alguien para Norfolk. —Miró a su prima con el ceño fruncido—. Alguien importante. Pero seré yo quien elija en caso de que desee hacerlo. ¿Entendido?

—Creo que no te piden ninguna pieza por el peinado que llevas, esos moños de anciana no te favorecen nada. —Roxana observó el cabello de Gael con mirada severa.

Ella se llevó las manos al pelo. ¿Qué le pasaba a su peinado? La tía Katia siempre le llevaba así y le favorecía mucho.

—¡Yo le he dicho mil veces lo mismo! —corroboró Megan—. Tiene un cabello precioso, aunque el rubio platino no se vea tanto. A lo mejor podemos hacer que te lo pinten. O puedes usar polvos.

—¡No! Ni pienso pintarlo ni echarle polvos. Me gusta como está —replicó horrorizada. Descorrió la cortinilla de su lado para observar el exterior y, de paso, tratar de ignorarlas.

Roxana y Megan la miraron con fijeza.

—Mi prima —comentó Megan como si Gael no estuviese presente—, parece un hada de cuentos cuando lo lleva suelto, pero cuando lo luce así... —Señaló el sobrio moño con el dedo—.

Queda soso e insípido.

—¡A mí me gusta así! Y no es nada soso —dijo mirándose en el reflejo de la ventanilla—. Me hace parecer mayor, y es mejor. Me toman más en serio. —Se volvió a mirarlas—. Lo que realmente ocurre es que estos vestidos son tan anchos que no me quedan bien. Me hacen más menuda de lo que soy. —Con los dedos agitó la puntilla que adornaba su recatado escote—. Tendría que llevar el cuello completamente libre para parecer más alta.

Roxana estuvo de acuerdo.

—Quizá deberíamos quitarle vuelo a las enaguas, eso estilizaría tu figura. También podrías maquillar un poco las mejillas y poner tono en los labios.

—Y soltarte el cabello. —Gael se apartó de las manos de su prima cuando estas emprendieron el camino hacia su pelo. Megan se encogió de hombros dándose por vencida—. Como quieras, pero así no le vas a gustar al conde.

Gael la taladró con sus ojos grises para que no empezase con las indirectas de nuevo. Cuando estaban las dos solas le importaba menos, pero no quería que Roxana supiese de su enamoramiento.

—¡No me interesa el conde y no necesito gustarle!

—Es una broma Gael, no te enfades. Solo quería hacerte de rabiar.

—¿De verdad que no te gusta Darren?—Se extrañó Roxana.

—En absoluto.

—Es una suerte. Debes ser la única mujer de Londres que no sueña con él —suspiró—. Yo, sin embargo, pienso que haría cualquier cosa por llamar su atención. ¡Es tan guapo y viril! En estos momentos me gustaría ser Elisa Taylor.

—Esos no duran juntos ni un par de meses —apostó Megan—. Veréis como no llegan al final de la temporada.

—¿La señora Taylor es la viuda rubia, alta, que el otro día llevaba un anillo de rubís y es tan estúpida como una gallina clueca? ¿O la morena rellenita de mofletes hinchados?

—La rubia —le contestó Megan—. Me duele reconocerlo, pero tiene una elegancia envidiable. Por cierto, el anillo se lo regaló Darren.

A Gael no le interesaba saber quién se lo había regalado. Ni siquiera tenía que saber que era un regalo. ¿Por qué su prima no dejaba de acicatearla? Ella tenía las mismas posibilidades de casarse con el conde que una sombrilla. Es decir, ninguna. Se encogió de hombros.

—Los mentecatos suelen comportarse de esa manera y despilfarrar el dinero.

—Mentecato o no, está forrado. —Roxana se miró el fino anillo que adornaba su dedo anular—. ¿Cómo me quedaría a mí un rubí así?

—El rojo no te va, Roxana. Tú deberías usar topacios.

—¿Tú crees?

—Sí —respondió Megan—, y Gael, plata y brillantes. Por supuesto se admiten los diamantes.

—Me gustan los zafiros —refutó Gael.

—No —negó Megan—. Olvídate de los zafiros y los dorados.

Gael resopló. Su prima empezaba a cansarla.

—¡Siempre me han gustado los zafiros y los llevaré si me da la gana! Parece que te encanta llevarme la contraria, pero estoy feliz conmigo misma, como me peino y como me adorno.

—No lo estas, admítelo —dijo Megan con terquedad—. Y sabes que mamá estaría de acuerdo conmigo, pero allá tú, eres libre de hacer lo que quieras.

—Eso haré —respondió Gael con determinación.

No dudaba que tanto Megan como su tía Katia tuviesen razón, pero ella no pretendía ser el centro de atención de ningún lado y, por supuesto, tampoco estaba empeñada en buscar ningún conde para casarse.

Por suerte, el vehículo se detuvo ante una enorme mansión de dos plantas. Bajo la luz de la luna la casa era majestuosa y señorial. Desde las ventanas, el suave viento arrastraba los acordes de un minué.

¿De verdad a ella le sentaba mejor la plata y los brillantes?

Roxana espió a través de la cortinilla de terciopelo azul y sonrió entusiasmada.

—¡Ya han llegado muchos invitados! Seguro que somos de las últimas, como siempre.

—¡Bien! —aplaudió Megan bajo el ceño fruncido de Gael.

—¿Por qué os gusta llegar siempre tarde?

—Porque de esa manera la fiesta ya está animada y nos ahorramos tener que saludar a todo el mundo. Además, debes saber que cuando llegas a una casa de las primeras, tienden a olvidarse de ti hasta los mismos anfitriones, y más ahora que está tan cerca la temporada de las nuevas debutantes.

Gael no estaba de acuerdo. Por llegar tarde a los sitios te calificaban de desconsiderada e insolente. Excepto si tuviese mucha confianza con los anfitriones. No sabía si ese era el caso, pues no se conocía a todas las amistades de su prima.

En el vestíbulo fueron recibidas por un estirado mayordomo que recogió sus ropas de abrigo y les señaló el lugar exacto donde se encontraba los dueños de la casa. Las tres se acercaron a saludarlos. Presentaron a Gael a unos cuantos invitados que charlaban con ellos y después se retiraron a disfrutar de la recepción. Louis Allen las vio llegar y aprovechó la ocasión para bailar con Megan.

Roxana y Gael se apartaron a un lado del salón y vieron cómo giraban los bailarines al compás de un romántico vals. Las sedas y los brillos de las ropas de las damas refulgían bajo la multitud de lámparas que rodeaban la pista de baile y de las grandes arañas que pendían del techo.

Durante un buen rato Roxana estuvo cuchicheando al oído de Gael quiénes eran unos y otros, y los últimos cotilleos y chismes. Y cuando por fin la muchacha Talbot fue sacada a bailar, Gael se trasladó a la sala contigua y tomó asiento entre varias matronas que conversaban cerca de la chimenea. Ese lugar era más sencillo y clásico que la pista de baile, aunque ambas habitaciones estaban juntas, separadas solo por una gran arcada desde la cual podía ver a su prima sin ninguna

dificultad.

El tema de la noche era el intento de robo del conde de Silverstone y que varios intrusos habían querido entrar en su casa. Algunos exageraban diciendo que los ladrones habían cumplido su objetivo. Pero aun cuando no hubiese pasado nada la noche anterior, el tema de conversación seguiría siendo el conde. En todas las reuniones a las que de momento había asistido, todo el mundo hablaba de él, de su dinero y de sus amantes.

Gael se aburría mucho en esas veladas. No estaba acostumbrada a la vida ajetreada de Londres y prefería mil veces una cena en familia con sus primas y sus tíos, que un baile lleno de desconocidos.

Buscó con la vista el reloj. Se había puesto de moda adornar las paredes con uno. En esa ocasión era dorado. Solo tenía que aguantar un par de horas, que era lo que le había prometido a Megan, y luego podía decirle al cochero que la llevase a casa.

Suspiró hondo. Tenía la impresión de que la velada se le iba a hacer interminable. Un pequeño revuelo en la sala llamó su atención. Alzó la cabeza, pero no lograba ver de qué se trataba.

—Ya ha llegado, está allí —murmuró una mujer a su lado señalando con el abanico cerrado a alguien.

No hizo falta que dijiesen quién era para saberlo. Deslizó los ojos sobre los bailarines hasta descubrirlo. Darren Wentfield estaba junto al ventanal que accedía al jardín. Había apoyado la espalda en el quicio y sostenía los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba impresionante enfundado en un traje oscuro con camisa de seda gris perla y el cabello peinado prolijamente hacia atrás. El hombre escuchaba lo que estuviese diciéndole un criado al tiempo que observaba la pista de baile con interés. Gael siguió su mirada tratando de averiguar qué era lo que le atraía tanto.

—¡Es guapísimo! —susurró otra mujer con un suspiro exagerado. Esa señora en particular le había contado que llevaba casada varios años con un ministro de las cortes. Al parecer, estaba muy enamorada, aunque estaba claro que era de las que no hacían antipatías a otros hombres.

Gael volvió a mirarlo. Estaba de acuerdo con la mujer. Darren estaba increíblemente guapo esa noche. Se pasó la lengua sobre los labios. De repente sentía la boca seca y la necesidad de hacer algo. Tal vez de esconderse en algún rincón más alejado de la casa. Megan llevaba razón. Era ella la que le huía y no se había dado verdadera cuenta hasta ese momento.

—Si me disculpan, voy a tomarme una limonada. Estoy sedienta.

—¡Y eso que aún no habéis bailado, señorita Roswet! —se apresuró a decir una de las matronas deteniéndola unos segundos—. Idos a divertir. Yo, a vuestra edad, conseguía llegar a casa con los tobillos tan hinchados que mi doncella se pasaba toda la mañana del día siguiente dándome friegas y frotándomelos con hielo.

—Madame Courier, la juventud de antes y la de ahora no tienen nada en común —comentó otra dama.

Gael sonrió por pura cortesía. ¿Hablaban en serio? ¿Era divertido no poder caminar por el

dolor?

Se dirigió hacia la mesa donde estaban las bebidas en vez de esperar a que pasase un criado portando la bandeja. En el trayecto se cruzó con Megan, que iba del brazo de Louis, e intercambiaron varias palabras.

Envidiaba la naturalidad y el desparpajo de su prima. A ella no le daba miedo hacer el ridículo, así como tampoco le importaba las habladurías. Actuaba según dictaba su corazón, aunque no siempre saliese airosa por ello.

Pidió una limonada y, mientras esperaba, sus ojos, como si tuvieran vida propia, se volvieron hacia el ventanal en busca de Darren. El hombre ya no estaba allí. ¿Qué pensaba, que se iba a quedar parado toda la noche para que ella lo observase a su antojo? Se sintió decepcionada. Lo único interesante en la fiesta, y desaparecía de su vista. Una vez más volvió a mirar el reloj. Solo había pasado media hora.

—Aquí tenéis vuestra limonada, señorita.

Gael agarró el vaso y bebió varios tragos seguidos. Hacía bastante calor a pesar de que varios ventanales se hallaban abiertos para dejar pasar el aire.

Una vez más buscó a Darren con la mirada. Sentía curiosidad por saber dónde estaba y, sobre todo, con quién. No había visto a la tal Elisa todavía.

—Buenas noches, señorita Roswet. Parece que estabais sedienta —le dijo una voz que llegaba desde su espalda. Tenía la voz del conde muy presente de la noche anterior y la reconoció enseguida. Se giró hacia él—. ¿Puedo ofreceros otra bebida de lo que estéis tomando?

Parpadeó con sorpresa. ¿Le estaba hablando a ella? Por si acaso miró tras de sí para cerciorarse de que estaba sola. Y lo estaba.

—Es limonada —respondió con voz temblorosa. El pulso se le disparó y pensó que iba a sufrir un ataque al corazón.

El conde se acercó hasta el camarero y regresó con la bebida en la mano.

—Tened, señorita Roswet.

No la tocó, pero tampoco hacía falta. Su sola presencia lograba intimidarla y fascinarla. Gael enrojció desde la raíz de su cabello hasta los dedos de los pies. Era consciente de que todo el mundo los miraba.

—Gracias, milord. —Tomó el vaso de su mano.

—Recuerdo que fuimos presentados, pero ahora mismo no sé dónde.

—Yo tampoco lo recuerdo —mintió. ¿Cómo iba a olvidar la primera vez que lo vio si desde ese día no había dejado de perseguirlo en su imaginación? Le regaló una sencilla reverencia y esperó que él se fuese tras el saludo. Sentía que el corazón estaba a punto de escapar por su garganta.

Pero Darren no se fue y, para su asombro, le ofreció el brazo con galantería.

—¿Podríais acompañarme a pasear? Hay algo que me gustaría comentaros.

Gael se quedó tan anonadada que solo fue capaz de mirarlo con la boca abierta. Desde que se

conocían era la primera vez que hablaban directamente. ¿Por qué ese repentino interés en ella? Nerviosa, con las piernas temblando y los latidos de su corazón a un ritmo desproporcionado, le colocó la mano sobre la oscura manga de su chaqueta. El aroma de él embargó sus sentidos y se apresuró a beber un largo trago de la limonada en un intento por dejarse la mano libre y humedecer su lengua, que parecía haberse vuelto de trapo. Con la bebida a medias, el conde le retiró el vaso y lo dejó sobre la mesa.

—¿Mejor así?

Gael asintió y se dirigió a él con curiosidad.

—¿Ocurre algo, milord?

Se sintió avergonzada de que su voz sonara tan crispada y chillona. Carraspeó. Él alzó las cejas, y esos ojos profundos y verdes la miraron sin una gota de diversión.

—Prefiero un lugar privado para hablaros.

Gael tragó con dificultad. No sabía qué era lo que él tenía pensado y tampoco comprendía qué podía querer de ella. Era consciente de que ni siquiera era de las jóvenes más bonitas de la fiesta.

—Esperad —dijo ella sin despegar los pies de la baldosa de mármol gris—. Vais a disculparme, pero yo prefiero hablar aquí, si no os molesta milord. —No quería estar a solas con él si no era para hacer su sueño realidad, y dado el lugar donde estaban y las circunstancias que los rodeaban, no creía que Darren le quisiese hacer el amor.

—Os arrastraré por todo el salón, señorita Roswet —amenazó él con rostro severo.

Se asustó. No tenía ni idea de lo que había hecho para que le hablase así. ¿Sería posible que el conde la hubiese visto la noche anterior? También era factible que se hubiese quedado dormida y estuviera soñando. Se pellizcó un brazo con disimulo y no solo no despertó, sino que sintió el dolor. Respiró profundo y se aclaró la garganta.

—¿Por qué ibais a hacer algo así, milord?

—La única razón es que necesito hablar con vos y no deseo que nadie nos moleste.

O se marchaba con el conde y se convertía en la comidilla de la noche, o se negaba... y se convertía en la comidilla de la noche. ¿Qué hacía?

Dudó con el ceño fruncido. Ese acercamiento no era como ella había imaginado, pero en el fondo la ilusionaba tanto como las múltiples ocasiones en que su mente lo había conjurado. Asintió con la cabeza.

Él la miró y curvó uno de los ángulos de la boca en una sonrisita irónica. La guio hacia el vestíbulo pasando entre la gente, que los observaba con curiosidad, y llegaron a un corredor ancho por donde los criados iban y venían reponiendo la comida y la bebida.

Gael se dejó llevar sin saber muy bien qué podía esperar, pero cuando Darren abrió la puerta de una recámara, se detuvo de nuevo, esa vez más intranquila. Su tía Katia no aprobaría que estuviese a solas con un hombre que no fuese familiar. Alzó la cabeza hacia él.

—No quiero ser mal educada, milord, pero creo que no deberíamos estar aquí. Al menos yo no debería.

—Os prometo que seré muy breve.

Ella sacudió la cabeza. Con velocidad se giró y trató de huir por el mismo sitio por donde habían venido. Darren le agarró de la muñeca parándola en el sitio.

—Señorita Roswet, no voy a forzaros. Conmigo estaréis a salvo. Vos no sois la clase de fêmeina que me atrae.

Sintió algo raro en el pecho. Una mezcla entre decepción y furia. ¡Lo sabía desde el principio, pero no hacía falta ser tan cruel ni tan explícito!

—¡Vaya, cuanto me alegra saberlo! Vos tampoco me atraéis especialmente, milord, por eso creo que para no iniciar habladurías que pudieran perjudicarnos a ambos...

—¿A mí? —Él arqueó las cejas y sonrió de una manera tan presuntuosa que Gael tuvo que controlarse para no borrarla de una bofetada. Ahora sí que estaba enfadada—. Creo que os confundís, querida. Soy el conde de Silverstone. —Con la mano libre terminó de abrir la puerta.

—Vos también os confundís, puesto que no soy la querida de nadie.

Oteó el interior con rapidez. Era un pequeño y pulcro despacho iluminado solo por la luz de la luna que entraba por una ventana baja.

—Es solo una forma de hablar, señorita Roswet.

—¿Por qué no me decís eso tan importante aquí mismo? Tengo una reputación que debo mantener intacta.

¿Era ella esa que hablaba de forma tan melindrosa y estirada? Podía imaginarse a Megan llevándose las manos a la cabeza. Estaba con Darren, como siempre había querido estar desde que le conoció, ¿y ahora era incapaz de quedarse a solas con él? ¿Qué le sucedía?

No estaba preparada para eso. Necesitaba más tiempo.

La firme mano de Darren se posó en su espalda y la empujó con decisión hacia la sala. Había estado observándola antes de acercarse a ella en el salón. No era la clase de mujer que despertaba interés en él. Peinaba un insulso moño de anciana, ojos grises bastante normales y, quizá, una graciosa boca de labios generosos y rosados. Por lo demás parecía una jovencita bastante... pasable.

—Escuchadme, por favor, no tengo toda la noche para perder.

A ella no le gustó ni un ápice aquel tono de voz. Le enfrentó con las manos en las caderas.

—¿Qué es eso tan importante que queréis hablarme?

—Vuestra prima, la señorita Roswet, me ha comentado que fuisteis vos quien me salvó anoche de sufrir un robo.

Ella suspiró, aliviada. ¿De modo que se trataba de eso? ¡Maldita Megan y su lengua larga! ¡Bien claro le había dicho que no la pusiese en un compromiso! Le había faltado tiempo para ir con el chisme al conde.

Se puso colorada del rumbo que habían tomado sus pensamientos hacía escasos minutos —justo cuando él la arrastraba hacia allí, para ser exactos—. Un lugar en penumbras, los dos solos...

Caminó erguida hacia el centro de la sala. Descubrió dos preciosas lamparitas sobre una mesa

larga y se apresuró a encenderlas. Otra, de pie a lado de la chimenea, y una más cerca de la ventana. En su afán por iluminar la cámara no vio la sonrisa divertida que se pintó en los labios del conde.

—Decidme, milord. —Se volvió a él cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué necesitáis saber?

—Puedo traer más lámparas si las necesitáis.

Ella sacudió la cabeza, abochornada.

—Ya no hacen falta más, creo.

—De acuerdo. Contadme todo. ¿Cómo os disteis cuenta? ¿Quiénes eran? ¿Qué es lo que escuchasteis? —Le ofreció el sillón que estaba cerca de la chimenea. Alguien parecía haber salido de aquella sala hacía poco tiempo. El hogar seguía desprendiendo calor—. ¿Os importa si fumo?

Gael negó al tiempo que tomaba asiento. En cuanto se sentó, sus anchas faldas cobraron vida abultándose alrededor de ella. Era como un pollito que rompía el cascarón y luchaba por asomar la cabeza al mundo. Con disimulo aplastó la tela con sus brazos y dejó las manos en su regazo impidiendo que se alzaran hasta sus narices. ¡Roxana llevaba razón! Debían quitar un poco de vuelo a las enaguas. Se sentía ridícula.

El conde se acercó al hogar, atizó las brasas y luego se encendió un cigarro. Se volvió a ella esperando que empezase hablar.

—¿Tenéis enemigos, milord?

Una expresión divertida apareció en el semblante de Darren.

—Algunos, sí.

—Ah.

—¿Sorprendida?

—No había esperado esa contundencia en su respuesta.

Darren agarró una silla de respaldo alto y con un movimiento grácil la colocó frente a ella.

—Por favor, comencemos por el principio, señorita Roswet. Contestad mis preguntas.

Sin moverse del sitio Gael echó un vistazo al despacho. Al menos el conde había tenido la decencia de dejar la puerta abierta.

—Bien, milord, anoche me desvelé y, al mirar por la ventana, observé varios tipos sospechosos ante vuestra casa. Sé dónde vivís porque mi prima...

—Lo sé, vive en la casa de enfrente.

Ella asintió.

—No sé por qué me pareció todo tan raro que bajé a averiguar.

—¿Vos sola?

Lo miró con disgusto. Él la intimidaba con su manera de hablar. Le recordaba a un severo profesor que había tenido durante su infancia. ¿Por qué la trataba así? ¿No se daba cuenta de que estaba rompiendo todas sus fantasías románticas? No, claro que no se daba cuenta. Ella no era su

tipo, se recordó.

—Por supuesto que fui yo sola. No necesito a nadie para bajar a la calle.

Él la miró alzando las cejas. Solo ese gesto y un breve brillo en sus ojos verdes reflejaron un poco de sorpresa. Estaba tan guapo y accesible que con solo estirar un brazo podría haberle tocado, acariciado... Apartó esos pensamientos de su cabeza.

—Continuad.

—Los escuché hablar, milord. Esos hombres son unos asesinos y pensaban acabar con su vida.

Darren no se inmutó.

—¿Cómo eran?

—No pude verlos bien, oí que uno se llamaba Luke y otro Harry, el hombre que daba las órdenes no dijo su nombre en ningún momento.

—¿Sabéis la infinidad de Harrys y de Lukes que hay en la ciudad?

Ella lo contempló de modo inocente.

—Pues no. ¿Creéis que debería saberlo?

Darren frunció el cejo con sorpresa y sacudió la cabeza mientras se mordía el labio inferior ocultando una sonrisa. Sus ojos eran de un insólito verde, casi como las aguas que rodeaban las islas caribeñas que salían en las ilustraciones de las revistas que recibía su tío.

—¿Se está riendo de mí, milord? —preguntó—. Pues si os digo la verdad no me importa cuántos hombres se llamen así siempre que no vengan tras de mí.

—No, no me estoy riendo de vos... es solo... —La miró atentamente—. Me parecéis muy graciosa.

—No lo soy, y si os parece gracioso que anoche os salvara la vida...

—¿No he querido decir eso! Por favor, disculpadme. Me pareció muy valiente vuestra actitud de anoche. ¿Por qué no os acercasteis a casa a contar lo ocurrido?

—Era muy tarde, milord, y no estaba vestida en condiciones.

—¿Os referís a que no llevabais uno de vuestros bonitos vestidos? —preguntó mordaz.

Ella se encogió de hombros.

—Ni bonito ni feo, milord, estaba en... ropa de dormir.

Darren abrió los ojos, estupefacto.

—¿Salisteis de la casa en ropa de dormir?

—¿Por qué os extraña? Estaba oscuro y el tiempo apremiaba. Oídme, en vez de agradecerme...

—Sí, tenéis razón, os agradezco mucho lo que hicisteis. ¿Sabéis por qué quieren matarme?

—¿Cómo queréis que sepa yo eso?

Él tensó la espalda.

—¿Qué fue exactamente lo que dijeron?

Gael puso los ojos en blanco. Comprendía que él estuviese preocupado, pero le había dicho prácticamente todo lo que sabía.

—«El conde por fin va a morir». —Al decir eso deseó soltar una risa maligna que acompañase a su frase, mas no lo hizo. Él hubiera pensado que estaba chiflada.

Lo vio llevarse un pulgar a la boca raspando la uña con los dientes de forma desagradable.

—¿Os importaría dejar de hacer eso, milord?

—¿Cómo?

Había encontrado un defecto más en él. Si tenía que comenzar a apuntar las cosas que no le gustaban del lord apostaba a que iba hacer una lista muy larga. Resueltamente el conde estaba terminando con sus ilusiones.

—Lamer los dedos.

Darren se miró la mano como si fuera la primera vez que la viera en su vida y la retiró de su boca con obediencia. Se aclaró la garganta, chupó de su cigarro y expulsó el humo hacia el techo. De un solo movimiento arrojó la colilla al fuego.

—¿Entonces no podéis decirme nada más sobre esos hombres?

Ella negó con la cabeza. El conde entrecruzó los dedos de una mano con los de la otra y repasó:

—Un Harry, un Luke y alguien a quien no pudisteis ver. ¿Llegaron a pie, en vehículo...?

—En una carreta —recordó—. Una carreta que estacionaron un par de números más abajo de la calle. Era vieja, de dos ruedas grandes y toda la parte de atrás iba cubierta como de mantas o telas... —Se encogió de hombros—. No puedo precisarlo bien.

—¿Sus edades?

Gael negó con la cabeza. Estaba deseando abandonar el despacho y, sobre todo, alejarse de aquellos ojos verdes que más que mirarla parecía que la taladraban. Como si pudiese leer en ella lo más recóndito de sus fantasías, de sus ardientes fantasías.

—Señorita Roswet, es mi vida la que está en juego.

—Lo lamento mucho, milord, pero no puedo ayudaros de otra manera, lo único que se me ocurrió fue lanzar una piedra contra vuestra puerta.

—¿Llegaron a veros?

Gael repasó velozmente la noche anterior.

—No lo sé —susurró. No había pensado en eso—. No puedo estar segura. ¿Por qué? —Hizo una pausa corta—. ¿Especuláis que puedo estar en peligro?

—No os preocupéis, señorita Roswet. Haré que os protejan.

—¿Que me protejan? —jadeó aterrada. Sus pies comenzaron a temblar golpeando rítmicamente el suelo—. ¡Pero a mí no me quieren matar! —Sus manos formaron puños sobre la falda hasta que los nudillos se volvieron blancos—. ¡Yo no puedo estar en peligro! Solo quise ahuyentarlos. —No podía respirar. Comenzaba a marearse.

Darren se levantó con rapidez y sirvió un vaso de la bebida que había sobre la mesa.

—Tomad, bebed un poco, estáis a punto de sufrir un desmayo.

Gaelapuró el contenido de un solo trago. De repente sintió que la garganta le ardía. Era como el aliento de un dragón. Sacó la lengua casi hasta tocarse la barbilla con ella y se abanicó con una

mano mientras que con la otra le entregaba el vaso a un Darren que la miraba atónito.

—¿Qué me habéis dado?! —gritó.

—Era whisky.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? ¡Me está quemando la boca!

—¿Y yo que puedo hacer?

Ella se echó hacia él con la boca abierta.

—¡Soplad!

—No voy a hacer eso —se negó—. ¡Pensé que sabíais que era whisky! Vos me habéis visto servíroslo.

—¡Pero creí que era agua! —Se llevó las dos manos a la frente y cerró los ojos tratando de tranquilizarse. Una sensación que no conocía llenó por entero su cuerpo y su cabeza: quemazón, escalofrío, cosquilleos... todo junto—. ¡Me habéis emborrachado!

—¿Para qué querría emborracharos yo? Además, ¿cómo se puede emborrachar alguien con un solo vaso?

—No estoy acostumbrada al alcohol.

—Vamos a ver. —Darren apartó su silla, dejó el vaso en la mesa y se inclinó hacia ella mostrándole una mano—. ¿Cuántos dedos veis aquí?

Gael le miró fijamente los dos dedos que él había levantado frente a su nariz. Desprendían un aroma de jabón fresco. Confundida, llevó la vista a sus ojos verdes. ¿Cómo era posible que tuviese una mirada tan límpida y hermosa? Solo con que pusiese sus ojos en su cuello, podía sentir el calor sobre su garganta.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Cuántos dedos veis? —repitió él con voz dura.

—Dos, milord, pero parecieran cuatro cuando los movéis así de rápido.

—Ya, lo que ocurre, señorita Roswet, es que no estoy moviendo nada.

—¡Eso no es cierto! ¡Parad de una vez, os lo suplico! —Sentía que todo giraba en torno a ella y que el atractivo rostro del conde se convertía en una masa deforme—. Si no paráis ahora mismo creo que os voy a vomitar encima.

Darren se rascó la cabeza y, por primera vez, soltó una carcajada divertida. Gael se vio obligada a cerrar los ojos con fuerza.

—¿Por qué os reís? ¿Queréis que os vomite encima o pensáis que no soy capaz de hacerlo?

—¡No, por favor! —Él se irguió y dijo con tono burlón—: Sed buena, señorita Roswet, voy a pedir que os preparen un café bien cargado o un caldo caliente. —Caminó con largas zancadas hacia la puerta, pero pareció pensárselo mejor y a medio camino agarró un florero, lo vació en la chimenea y se lo entregó—. Vomitad aquí si lo necesitáis.

—Muy amable —musitó ella dejando caer la cabeza hacia atrás en el respaldo del sillón.

Con fuerza aferró el jarrón como si su vida dependiese de ello. Darren la miró durante unos largos segundos y después salió de allí cerrando la puerta.

—¡Madre mía! —murmuró Gael al saberse sola. Se encontraba totalmente mortificada. ¿Cómo había acabado tan borracha? Era cierto que no estaba acostumbrada a beber whisky, pero en alguna celebración sí había tomado champán y vino dulce y nunca se había sentido tan mal como en aquel momento.

Con esfuerzo, se puso en pie. Pestañeó con rapidez para eliminar la bruma que se había apoderado de su cabeza y dejó el jarrón en el suelo. Se frotó las mejillas y fue hasta la ventana, donde abrió una de las hojas. Necesitaba respirar aire fresco. Era eso o meterse en una cama y dormir la mona hasta el día siguiente. No tenía elección.

Aspiró varias bocanadas profundas. Con las manos en el poyete se fue inclinando hacia adelante como si de ese modo fuese más fácil respirar. Parecía que el aire lograba serenarla. Hasta que perdió el equilibrio y aterrizó de bruces en el jardín.

No había mucha altura desde el alfeizar al suelo y, por suerte, sus brazos amortiguaron el golpe. Quedó tendida cuan larga era sobre la tierra húmeda.

Capítulo 4

Darren regresó al despacho con un poco de caldo para la señorita Roswet. Frunció el ceño al no encontrarla.

Seguía sin poderse creer que se hubiese emborrachado de verdad. Ya otras mujeres habían tratado de conseguir su proposición de matrimonio de las formas más rastreras. Pero al menos esta tenía la excusa de no haber ido allí por propia voluntad. Por ese mismo hecho no le había interesado que la mujer sufriera un lapsus estando a solas con ella y había corrido él mismo a la cocina en busca del caldo.

Darren siempre había escogido con cuidado a sus amantes. Le gustaba que fuesen bonitas e inteligentes y sobre todo que fuesen sinceras. No aquellas que se guardaban de rencor y terminaban con llantos y berrinches. Nunca había tenido paciencia para eso.

Sacudió la cabeza y dejó sobre la mesa el tazón de porcelana. ¿Dónde se habría metido la mujer?

Observó el jarrón y, al acercarse a recogerlo, escuchó un lamento seguido de un suave sollozo que venía del otro lado de la ventana. Sus ojos rodaron sobre el cuerpo femenino tumbado en el suelo. Ella había metido la cabeza entre los brazos. Por un momento recordó la silueta de su vecina asomada a la ventana la noche anterior y no tuvo dudas de su confusión. No era a Megan a quien había visto, si no a la señorita Roswet. Esta última era más frágil y menuda. También tenía los rasgos más suaves y una bonita nariz ligeramente respingona.

Los murmullos y la música flotaban desde la casa y se perdía en la negrura de la noche donde se recortaban las siluetas de un grupillo de árboles. Los parterres estaban comenzando a florecer. Estaba seguro de que habría alguien dando un paseo a la luz de la luna.

—¿Señorita Roswet? —llamó preocupado.

La mujer se cubrió la cara con las manos de un modo bastante ridículo e infantil.

—No me miréis.

Darren no pudo evitar reírse a mandíbula batiente. ¿Esa mujer estaba loca?

—Si solo queríais marcharos, ¿por qué habéis salido por la ventana?

Ella se giró sobre sí misma y se sentó. Lo miró con resentimiento.

—¡Yo no quería salir! Yo... —guardó silencio.

Darren notó que tenía a alguien justo detrás de él. Se volvió a mirar y descubrió a varios

invitados que se habían acercado a ver qué sucedía.

Intrigado se giró de nuevo para ver cómo la mujer salía de aquel embrollo. En ese momento, ella se levantaba del suelo y sacudía sus faldas rosadas. La vio componer una sonrisa educada y decir:

—Hace una noche muy hermosa y tranquila para pasear, ¿no les parece?

Tanto Darren como los curiosos observaron el cielo. Estaba plagado de estrellas que brillaban como diamantes sobre el satén de la noche. La luna, redonda y perlada conformaba un bello paisaje estelar.

—Sí, es una noche hermosa... —comenzó a responder él sin saber muy bien qué decir.

Ella lo interrumpió.

—Y desde aquí se puede apreciar mucho más la osa mayor y el lucero del alba. ¿Los ven allí? —Señaló con el índice la luz dorada que brillaba más que todas las demás estrellas—. Esta es la ubicación correcta desde donde admirarlas en todo su esplendor. Una situación así no se da todos los días.

Una dama mayor de pelo cano con una tiara de perlas, situada a la izquierda de Darren, asintió.

—Es cierto, jovencita. Este es un lugar muy bueno para observar las estrellas, pero ¿no vais a coger frío? Deberíais haberos abrigado un poco.

Darren se cruzó de brazos. No estaba mal la salida de la señorita Roswet, aunque él sentía deseos de reír por lo cómico de las circunstancias. Eso sin contar que la mujer llevaba todo el vestido, desde el pecho hasta la altura de las rodillas lleno de barro.

—Señorita Roswet, la dama tiene razón. Vais a coger frío, además. —Le hizo una señal con la mano indicándole el barro del pecho. Parecía tener pegotes de tierra. Estaba seguro que, de haber una grieta en el suelo, ella se habría lanzado de cabeza—. ¿Os encontráis bien?

Ella asintió con tranquilidad. Se frotó los brazos con las palmas de las manos.

—Perfectamente, milord, solo salí a pasear y tropecé con... —Miró al suelo y señaló un ramillete de florecillas que despertaban a la primavera—. Me enredé con eso, pero ya estoy bien. ¿Por qué no iba a estar bien? La fiesta está bastante animada; la comida, excelente, y la música, divina. —En ese momento estaban tocando una cuadrilla y las notas llegaban hasta ellos débilmente—. Esta es mi pieza preferida y deben estar buscándome. Espero que pasen buena noche, señores, señora. —Con prisa efectuó una reverencia y les dio la espalda.

—¿Venís, conde? —le preguntó alguien.

—En un momento —respondió. Con una sonrisa divertida siguió con la vista a la señorita Roswet. Caminaba con los hombros rectos y el mentón elevado en dirección a la puerta acristalada del salón.

Gael todavía podía sentir en su cogote la burlesca mirada de Darren. ¡No había pasado más

vergüenza en toda su vida!

Antes de subir los primeros escalones de la terraza se atrevió a echar un vistazo sobre su hombro. En el despacho ya no había nadie y las luces estaban apagadas. Respiró con alivio y caminó hasta las dobles puertas. Allí la luz del interior dio de lleno sobre la pechera del vestido. Horrorizada, descubrió las sospechosas manchas verdes y marrones y cayó en la cuenta de los gestos que Darren le había hecho.

Furiosa, pateó el suelo. Pedazos de barro cayeron desde algún lugar de sus ropas.

Expulsó el aire con lentitud por entre los dientes y con resignación se apostó cerca de la puerta desde donde pudiese ver a Megan sin que nadie reparase en ella. ¡Menudo primer encuentro real con su amor de fantasía!

La pista de baile se hallaba repleta y la música sonaba animada. Se cubrió la cara con las manos y las subió hasta su pelo. Al menos su peinado seguía intacto. Sonrió al notar ese detalle.

¡Vaya golpe se había dado! ¿Pues no se acababa de caer por una ventana?

—Gael. —Megan salió y se dirigió hacia ella. La recorrió de arriba abajo con su mirada azul cobalto—. ¿Qué ha pasado? Darren me ha dicho que me necesitabas.

Ella soltó una carcajada. Por lo menos el conde había tenido el detalle de ir a buscar a su prima.

—Ah, ¿te ha dicho eso?

—¿Qué sucede? Estoy preocupada.

—Nada, no ha pasado nada. ¿Te importaría ir a buscar mi capa? Tengo que ir a casa.

Megan se apartó un poco para verla mejor.

—¿Cómo te has... manchado?

—Me he caído por una ventana. —Se echó a reír de nuevo. Esta vez, una risa nerviosa y avergonzada—. Estoy bien, de verdad. Mañana te cuento todo.

—¿Pero desde una ventana alta?

—¡No! ¿Cómo crees? ¡Me hubiese matado! —Alzó la vista hasta la segunda planta y agradeció a dios que el despacho no estuviese allí—. Quiero irme a casa, Megan.

—Vale, de acuerdo.

—Supongo que algo me tendrás que decir sobre lo de contarle a Darren que fui yo quien tiró la piedra anoche.

—Ehhh... voy por tu abrigo. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—No hace falta que cruces los dedos, Megan. —Con el mentón le señaló a Louis, que se acercaba a ella—. Vienen a buscarte.

—¿Estás segura? Si tú quieres puedo deshacerme de él...

—Completamente segura. Solo búscame la capa y ya.

Megan se giró, cogió la mano de Louis y fueron a buscar a un criado para que les trajese la prenda.

Gael suspiró y sus ojos viajaron de nuevo hacia el salón. Descubrió a Darren caminando hacia la mesa de bebidas con la elegante Elisa Taylor del brazo. Por un momento su mirada coincidió

con la de él. Gael se mordisqueó el labio inferior. Desde luego estaba segura de que esa vez Darren no se iba a olvidar de ella con facilidad.

El carruaje se detuvo ante la puerta enrejada de la residencia de Megan y el cochero, un hombre mayor contratado por su tío, acudió a ayudarla. El hombre no se había sorprendido de que quisiera regresar tan pronto. En Norfolk, ella era de las pocas personas a quienes desagradaban las reuniones formales a las que solían invitarlos. Acudía a muy pocas y, a las que había ido, la mayoría de las veces él la había llevado de regreso a casa pasadas unas horas.

Timothy había sido el cochero de la familia desde hacía muchos años, pero al ir Megan a Londres, le habían encargado acompañarla y, de paso, vigilarla. Megan no sabía que el empleado le contaba a su padre todo lo que hacía, con quién se reunía y a quién frecuentaba. Desde que ella salió de Norfolk, o más bien la sacaron de allí por culpa del reverendo, era mucho más feliz. Allí no tenía a su madre, con quien discutía infatigablemente al tener las dos un carácter bastante parecido. Eso sí, echaba mucho de menos a sus hermanas y a su padre, quienes siempre la defendieron. Por lo menos tres veces al mes ella les carteaba, y por Navidad iba a visitarlos.

—No te preocupes, Timothy, yo puedo ir sola desde aquí. Será mejor que vayas de nuevo por si Megan quiere venir antes —dijo Gael apretándose la capa contra el cuerpo.

El hombre asintió, pasó a su lado y abrió la puerta de hierro forjado para que entrase.

—Que descanse, señorita Gael.

Ella le deseó lo mismo y fue hasta el porche. Timothy no se movió de allí hasta que ella no entró en la casa.

Durante el camino Gael había ido repasando su conversación con el mentecato. Pensaba que los asaltantes de la noche anterior no habían llegado a verla, pero en realidad no podía estar por completo segura. Recordó que cuando lanzó la piedra ellos no tardaron ni un minuto en salir por patas. Lo que quería decir que tal vez estuviesen más cerca de lo que había creído.

En un acto reflejo se volvió a mirar por la ventana del vestíbulo la fachada de Silverstone. En la planta de abajo se veían algunas luces y en el patio frontal habían prendido dos farolas. No había nadie a la vista excepto Timothy, que estaba subiendo al pescante.

Una doncella bajó a recibirla.

—Buenas noches, señorita, hoy habéis llegado más pronto que de costumbre.

—Así es, Lucy, creo que he tenido la velada más corta del mundo. ¿Te importaría prepararme un baño? Sé que es bastante tarde, y que es posible que no te haga ni pizca de gracia llenar la tina, pero me temo que me he caído sobre un charco y si no me lavo y me pongo ropa seca, agarraré un buen constipado. Me noto las nalgas heladas.

Lucy ocultó una sonrisa con la mano y asintió. Era muy discreta y no se atrevió a preguntar qué le había ocurrido. La acompañó hasta el dormitorio y recogió sus embarrados botines para llevarlos a limpiar. Después ella y otra muchacha comenzaron a llenar la bañera.

Gael dormía en la habitación contigua a la de Megan y muy cerca del gabinete donde estaba instalada la tina fija de porcelana blanca con patas de hierro macizo. Megan había cuidado hasta

el mínimo detalle de la decoración y, como presumía de ser muy moderna, siempre estaba al tanto de todas las novedades que salían al mercado.

—Señorita, la bañera está lista —avisó Lucy asomando la cabeza en el dormitorio.

Gael se había puesto una bata. Se levantó de la silla del tocador y pasó al baño. Se desprendió de la prenda y hundió su cuerpo en el agua tibia. Suspiró de placer.

Lucy le masajeó la espalda con un paño suave y tras lavarle los cabellos, la ayudó a secarse.

—¿Aún sigue sin gustaros la ciudad? —preguntó frotando su cabeza con la toalla.

Gael se encontró con los ojos de ella en el espejo del grandioso tocador con base de mármol. Toda la superficie estaba llena con botes de cremas, polvos y perfumes, además de una larga exposición de cepillos de diferentes clases, casi todas pertenencias de Megan.

—Encuentro muy interesantes los museos y algunos edificios, pero de momento sigo pensando lo mismo. Hay demasiada gente para mi gusto. ¿Sabes a lo que me recuerda Londres? —La doncella negó—. A un enorme hormiguero lleno de hormiguitas.

—Eso es cuestión de acostumbrarse. A la señorita Megan al principio le sucedió lo mismo.

—No creo que pueda hacerlo, además, en cuanto termine con lo que he venido hacer me marcharé a casa.

Lucy frunció el ceño y Gael se dio cuenta que había metido la pata al decir aquello. Ni la doncella, ni nadie más que no fuese su prima, sabían en realidad por qué estaba ella allí y no sentía necesidad de ir pregonándolo por todos sitios. Se puso colorada tratando de escapar del enredo que sus palabras habían podido formar. Lucy se percató y, confundida por su reacción, la animó.

—No debéis sentir vergüenza, señorita Gael. Muchas mujeres vienen a Londres en busca de marido.

Buscar marido era infinitamente más fácil de lo que ella pretendía hacer allí. Megan había descubierto un par de grupos cerrados que trataban el tema de lo paranormal y ella tenía que hacer lo imposible por ingresar en ellos y descubrir su verdad. Buscaba explicaciones a sus extraños poderes.

Fingió que Lucy no se había confundido. Después de todo, había conseguido enamorarse por primera vez. Aunque era obvio que no iba a ser correspondida.

—De momento no estoy teniendo ningún éxito. Puede que sea demasiado exigente con el tipo de hombre que quiero encontrar.

—¿Cómo os gustaría que fuese vuestro hombre?

«Un semental». Se ruborizó y pensó en el conde.

—Atractivo, alto, amable, cariñoso, que le gusten los niños, que cuando llegue o se marche me dé un beso... —Su tío lo hacía con su tía Katia—. Y, por supuesto, que tenga dinero. ¿Es mucho pedir?

Lucy se encogió de hombros con una sonrisa.

—No sé si será pedir mucho, pero... ¿existe alguien así?

Gael rio.

—Espero que sí, de otro modo me llevaría una desilusión. —¿Podía haber algo más decepcionante que emborracharse delante del hombre de quien en secreto estaba enamorada? Gimió—. Si no encuentro a alguien así no me casaré nunca.

—Con vuestro permiso, diría que más que un hombre estáis buscando un milagro. Los hombres así no existen, pero si lo encontráis decidme cómo para seguir vuestros pasos.

—Lo tendré en cuenta, Lucy —suspiró con cansancio—. He tenido una noche un poco ajetreada y me duele la cabeza. Voy a retirarme ya, y por favor, perdona que te haya molestado con el baño.

La doncella comenzó a recoger la ropa al tiempo que agitaba la cabeza.

—No os preocupéis. Vos nunca molestáis.

Gael se mordió la lengua. Lucy era una mentirosa. En algunas ocasiones ella había escuchado las quejas de las empleadas cuando se reunían en la cocina a última hora de la noche antes de irse a dormir. Ninguna podía imaginar que la pueblerina, como la llamaban, sabía lo que decían de los dueños de la casa.

Se metió a dormir sin rezar. Cuando era pequeña rogaba todas las noches para que su espíritu, alma o lo que fuese, no se despertase en horas de vigilia. Como esas oraciones nunca sirvieron de gran cosa había dejado de hacerlo hacía tiempo. Ya no se asustaba tanto como antes.

Se le vino a la cabeza el brillo de la mirada verde de Darren. Todavía no podía creer que hubiese estado con él. Tan cerca. Escuchando su voz profunda y sensual.

Cerró los ojos. Estaba cansada y había empezado a dolerle la cabeza. Raro era que no le doliese algo más después de haberse caído por una ventana.

En los días siguientes toda la élite de Londres se enteró de que la honorable señorita Roswet se había emborrachado en una fiesta. Gael lo supo porque Louis lo había escuchado y se lo había contado a su prima. Megan, furiosa, se lo había dicho a ella y había prometido que iba a tener unas palabras con Darren, cuando lo encontrase. Habían oído que estaba de viaje fuera de la ciudad.

—¡No voy a permitir que se te agravie de esa manera! Si se entera mi padre arde Troya. Y mi madre...

—A tía Katia le da un infarto.

—Pero ¿cómo pueden ir diciendo que sientes debilidad por el alcohol?

—Ante la sociedad soy una borracha. Ya se cansarán, Megan. Estoy segura de que dentro de poco habrá un nuevo chisme.

—¿Tú cómo te sientes, Gael?

—Decepcionada. De verdad que creí que amaba a ese hombre, pero no puede ser. No puedo estar enamorada de una persona tan diabólica.

—No me gusta verte triste.

—Se me pasará. Creo que era por eso por lo que no quería ni acercarme a él —dijo Gael a Megan. Estaban tomando el té sentadas en el jardín trasero bajo la sombra de un grueso roble. La primavera al final se había instalado en la ciudad con un sol esplendoroso y días cálidos—. Supongo que si hubiéramos salido estos días nos habríamos enterado antes de lo que se habla de mí. —Durante ese tiempo Gael solo había ido a la biblioteca. Se había dedicado a buscar libros y artículos relacionados con casos raros de personas que habían experimentado fenómenos extraños. Mientras que Megan había tenido un pequeño malestar.

—Aun sabiendo que él es el culpable, no puedo dejar de pensar en todas las cosas buenas que me consta que hace —insistía Megan.

—¿Te refieres a avergonzar en público a la persona que le salvó de la muerte? ¿Nunca te cansarás de defenderle, Megan?

—¡Desde luego que todo esto es horrible y te aseguro que me va a tener que escuchar con mucha atención! Darren es un caballero y es la primera vez que hace algo tan... tan... bajero. Te mereces una disculpa.

—No, gracias, no siento ningún deseo de verle de nuevo. Ya le he conocido y con eso me basta.

—Tú no puedes entenderlo —le aseguró Megan de manera preocupante—. ¿Recuerdas los grupos de los que te hablé? ¿Esos en los que estás empeñada en ingresar para saber por qué te ocurre lo que te ocurre? —Gael asintió alzando las cejas—. Es Darren quien conoce esos grupos y su forma de entrar.

—¡Espera! ¡A ver! —Gael agitó la cabeza—. Explícame eso. ¿Le preguntaste tú...?

—¡No, claro que no! —Megan se frotó las manos como si se hubiese quedado fría de repente—. Veras, Darren es un escéptico y le gusta refutar cada una de las palabras de los integrantes de los grupos.

—¿Los deja en ridículo?

—No públicamente, pero casi siempre tiene una explicación para todo. Según él, todo es pura ciencia.

—Bueno, pero tú mejor que nadie sabes que algunas personas sí que poseemos un don.

Megan le regaló una mirada cariñosa.

—No me gusta saberlo, pero lo sé. Yo sé tu verdad, Gael, y que jamás, después de todo lo que hemos pasado en nuestra infancia, voy a dudar de ti.

—¿Cómo sabes que Darren se reúne con estos grupos? —inquirió Gael, insatisfecha.

—Lo escuché en algún lado y... me atreví a preguntárselo.

—¿Con qué excusa?

—Con la de la curiosidad. —Se encogió de hombros—. Además, le dije que tenía a alguien que estaba muy interesado en asistir a algunas de estas reuniones. Me contestó que me ayudaría sin ningún problema.

Gael perdió el color de la cara.

—¿Quieres decir que él...? —Se puso nerviosa—. ¿Habrá alguien más que nos pueda

informar?

—Puede, pero yo no lo conozco —respondió mirándola con fijeza.

Gael cogió aire con fuerza.

—¡No puedo creerme que después de lo que me ha hecho deba pedirle ayuda! ¡Me niego!

—¿Y qué podemos hacer?

—Voy a tratar de averiguarlo sola. Tal vez en la biblioteca alguien me pueda ayudar.

—¿Y si no lo consigues?

Gael apretó los dientes con fuerza.

—Tendré en cuenta tu idea. Pero, como comprenderás, en este momento estoy demasiado enfadada con él como para que se me olvide el asunto tan rápido. Eso si lo consigo olvidar algún día.

—Sé lo que sientes. —Megan no pudo por menos que darle la razón—. Yo trataré de averiguar con alguna de mis amigas. Puedo decir que te apasiona escribir y que has elegido la temática de las cosas inexplicables. ¿Qué te parece?

Gael se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Esa tarde Megan salió a pasear con Louis por el parque. Él solía frecuentarla mucho. Gael sospechaba que faltaba poco para que se le declarase y le pidiese matrimonio. Se alegraba mucho por ella, ya que Megan lo había pasado muy mal en Norfolk.

Su prima se había marchado de allí por culpa del párroco. Él había ido contando cosas muy feas. Decía que Megan se había desnudado ante él y le había pedido, o más bien le había rogado, que la hiciese suya. Algunos vecinos afirmaban que habían sido testigos de aquello y que el buen hombre no mentía. Sin embargo, Gael conocía a su prima y sabía que no habría sido capaz de semejante comportamiento.

Quiso descubrir qué era lo que había sucedido de verdad, y lo consiguió. No fue nada fácil e hizo cosas de las que no se sentía orgullosa, pero al final el párroco confesó que había drogado a Megan con una sustancia que contenía opio y un excitante que despertaba el deseo sexual.

Por lo menos, Gael logró que todos en la comunidad dejaran de pensar mal de su prima. Mas para Megan y la familia todo había sido tan vergonzoso, que decidió no quedarse en Norfolk.

El párroco también se fue poco después. Decía que en su casa había fantasmas que movían las cosas de un lado a otro.

Capítulo 5

A pesar de ser bastante tarde, Gael se fue a la biblioteca municipal a devolver un par de libros muy aburridos que había cogido el día anterior. Le gustaba el silencio de ese sitio. El murmullo de las hojas al ser pasadas. El olor de tinta e imprenta. El susurro del bibliotecario.

Allí perdía la noción del tiempo. Sobre todo, cuando había pocas personas, como ese día, que sentía que tenía toda la biblioteca para ella sola.

Para los casos de paranormal no tenían muchos estantes. Habían colocado esa sección en un rincón de la sala y muchos de los libros estaban apilados por el suelo. Ella estuvo ojeando durante un buen rato una serie de tomos. La mayoría hablaba de seres extraterrestres. Uno que le pareció más interesante trataba sobre la Atlántida y otras ciudades desaparecidas en el confín de la tierra.

De casos que realmente le pareciesen extraños fue el de un escritor, Angus McLane, que aseguraba interactuar con gente muerta. El primer capítulo lo empezaba con la frase: «en el más allá se acaban las limitaciones de este mundo, los ciegos pueden ver, los sordos oyen y los mudos hablan.».

Apartó ese libro para llevárselo y miró otro de tapas delgadas. El autor decía ser adivino y que podía ver el futuro. Pasó las hojas hasta el final. Necesitaba saber si lo que decía ese hombre estaba demostrado. Había mucho charlatán y mentiroso que solo buscaba lucrarse.

—¡Vaya, señorita Roswet! —Gael se giró sobresaltada al escuchar la voz de Darren a su lado —. ¡Qué suerte haber coincidido aquí con vos! Precisamente hoy no pensaba encontraros.

Ella lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Me estáis hablando a mí?

—Si no habéis cambiado de nombre en estos últimos días, sí. A vos os hablo.

—Fijaos que yo en cambio no esperaba encontraros en ningún lado —respondió cortante.

Cerró el libro que tenía entre manos y pasó a su lado para alcanzar el pasillo principal. Varias mesas colmaban el centro de la sala, pero en ese momento nadie las ocupaba. Darren la agarró del brazo sin previo aviso y la paró en el sitio.

—Dais la impresión de tener prisa.

Gael miró a su alrededor y al final colocó sus ojos grises sobre él. Darren vestía de oscuro con una elegante chaqueta de bordados dorados.

—¿Esa es la impresión que doy?

—Diría que sí.

—Me temo que os confundís, milord. No tengo ninguna prisa.

—¿Por qué os vais tan rápido entonces?

Ella creyó ver una chispa de diversión en su rostro. Le sonrió con frialdad.

—¿No es bastante obvio que no deseo estar a vuestro lado?

Darren se cruzó de brazos y la observó de arriba abajo con descaro.

—Me temo, señorita, que no os entiendo bien. No puede ser que penséis que por el solo hecho de vernos en... una biblioteca esté poniendo en peligro vuestra reputación.

—Mi reputación puede restablecerse, milord. En cambio, sería más difícil resucitar a un muerto y, estando cerca de vos, es probablemente como termine.

Darren asintió.

—Os aseguro, señorita, que nadie me ha seguido hasta aquí. ¿Vos también lo podéis asegurar?

—Ni siquiera he recordado a esos hombres hasta que no os he visto a vos.

—Es extraño, un pajarito me ha dicho que no habéis salido en estos días. Que solo acudíais aquí. Si no ha sido para no encontraros con esos tipejos, ¿debo suponer que habéis estado enferma?

—Vos sabéis a la perfección por qué no he salido —contestó con sequedad.

—Os prometo que no lo sé.

Gael debió lidiar consigo misma para evitar insultarlo.

—Mi enfermedad es la ira. ¿La conocéis?

Él frunció el ceño.

—¿A qué os referís?

¿De verdad ese hombre tenía la poca vergüenza de presentarse así ante ella? Apretó los libros contra su pecho.

—No quiero seguir hablando con vos.

—¡Esperad, señorita Roswet! —Volvió a detenerla otra vez cuando ella quiso continuar—. He estado fuera de Londres y he llegado esta mañana. Yo también he escuchado los comentarios de aquella noche y...

Lo interrumpió:

—¡Os repito que no quiero hablar de ello!

—Comprendo vuestro enojo.

Gael sentía el calor de su mano en el brazo. Aquel simple contacto conseguía acelerarle el corazón. Se soltó y al hacerlo golpeó con el codo los libros de una estantería. Estos cayeron con un gran estruendo.

El bibliotecario asomó la cabeza al pasillo principal y los miró, serio.

—Perdonad —se disculpó ella—. Ahora mismo lo recojo.

Se arrodilló y comenzó a coger los libros. Darren también se agachó a su lado para ayudarla.

—Lo lamento mucho, señorita Roswet. No pensé que ibais a tomaros las cosas así.

La expresión de Darren parecía honesta, pero desconfiaba de él.

—No es muy grato estar en un sitio donde las personas piensan que soy una... beoda, milord.

Él la miró atónito.

—¡Creo que estáis exagerando las cosas!

El bibliotecario chistó desde algún lugar de la sala. Darren enrojeció y de mal humor terminó de recoger los libros. Se incorporaron al mismo tiempo.

—No estoy exagerando. Eso es lo que se dice en este momento de mí. Le aseguro que ahora mismo lo que más deseo es... golpearos.

—¿Golpearme? —preguntó con sorpresa—. Decidme qué es lo que he hecho mal porque no lo sé. Tan solo comenté a alguien lo fácil que podía emborracharse una persona cuando no acostumbraba a beber. ¡Ni siquiera os nombré a vos! No creo que haya hecho nada malo.

—Claro, vos no habéis hecho nada malo —repitió con ironía.

—De verdad, señorita Roswet, estoy un poco confuso sobre esto. ¿Os importaría explicarme de qué estáis hablando?

—¿Queréis hacerme creer que no tenéis idea de haber desprestigiado mi honor?

—Sí, eso es precisamente lo que quiero decir.

—Cuando habéis dicho que también escuchasteis los comentarios... ¿A qué os referíais entonces?

—Os vieron salir de la casa con las faldas llenas de barro. Alguien aseguró que os había visto lanzaros por la ventana.

—¿Qué?!

—He dicho...

Gael se llevó una mano a la frente. No había esperado eso.

—¡Lo he escuchado, milord! —El bibliotecario volvió a chistar y esa vez se ganó una mirada enojada por parte de los dos—. Megan debe saberlo y no me ha dicho nada.

—Si hay algún modo de ayudaros, creedme que lo haré.

Ella alzó el mentón, molesta, y negó con la cabeza.

—Prefiero que dejéis las cosas como están, milord. Ya habéis hecho bastante haciendo que todos me crean una borracha —respondió. Era demasiado consciente del magnetismo que provocaban esos preciosos ojos verdes sobre ella—. Si es posible, absteneros de nombrarme en lo sucesivo. Yo fingiré no haberos conocido nunca.

—No me gusta nada vuestra actitud, señorita Roswet. Comprendo que estéis enojada pero tampoco me estáis dando el beneficio de la duda. Apuesto a que si ahora mismo os doy la espalda, sois capaces de echar a correr.

Gael pensó lo que acababa decir y asintió. Correr, salir de allí, alejarse de la presencia de Darren —que ese día estaba guapo a rabiar—. Eso era en lo único que podía pensar.

—Es posible.

—Sería la primera vez que una dama huiría de mí.

—No estaría huyendo, milord. —Si supiese cuantas noches lo había soñado, sería él quien se marchase despavorido—. Solo estaría poniendo distancias. Vos me dais mala suerte.

—¿Ah, sí?

Estaba a punto de contestarle cuando la puerta de la biblioteca salió volando bajo un estallido de fuego. Los cimientos del edificio temblaron. Los cristales de las ventanas más cercanas a la entrada también explotaron formando una lluvia de segmentos que salieron disparados por todos los lados como peligrosos proyectiles. ¡Si aquello no era mala suerte que bajase Dios y lo viera!

—¡Cubríos! —gritó Darren lanzándose sobre ella con fuerza.

Rodaron sobre la alfombra hasta cobijarse tras una librería baja.

Gael lo miró asustada. Él estaba encima de ella y la aplastaba contra el suelo. Su aliento cálido le daba de lleno en la cara. Incontables veces había soñado con eso y no estaba bien. No necesitaba reavivar sus mejores fantasías allí, sobre el suelo de la biblioteca, mientras todo a su alrededor estallaba.

Darren, ajeno a los pensamientos de Gael, sacó la cabeza por un lado del mueble para observar lo que había ocurrido. Achicó los ojos.

—¿Qué está pasando? —le preguntó ella con la respiración contenida.

—Una de las ventanas está rota y hay un tipo apostado con un rifle en la mano —describió. Agachó la cabeza unas décimas de segundo antes de que le disparasen.

—¿Qué es eso? —chilló empujándole para se quitase de encima.

Darren rodó a su lado y se sentó junto a ella con la cabeza apoyada en la estantería. Gael lo miró. Estaba muy serio y pensativo.

—Nos están disparando. Debemos salir de aquí cuanto antes. Han debido seguirte.

—¿Qué me han seguido? —repitió ella alzando las cejas con incredulidad—. ¡Estás tarado! ¡Completamente loco! —En un arrebato comenzó a incorporarse. Una bala pasó cerca de su oreja. Darren la arrastró de nuevo al suelo.

—¿Quieres que te maten? ¿No me has oído cuando te he dicho que nos están disparando?

Ella se llevó una mano al oído cerciorándose de que siguiese en su sitio. Horrorizada lo miró con los ojos a punto de salir de sus orbitas:

—¡Nos están disparando! —exclamó fuera de sí.

—Sí —asintió él—, eso mismo acabo de decir.

Desde el exterior, alguien lanzó una lámpara de aceite que se estrelló contra un estante lleno de revistas y periódicos antiguos. El papel prendió enseguida y las llamas empezaron a devorarlo todo con ansia.

—No te muevas de aquí —advirtió Darren.

—¿Tú dónde vas? ¿Piensas abandonarme?

—No —respondió enfadado, con los dientes apretados—. ¡Quédate!

Claro que tenía que quedarse ahí. El fuego devoraba parte de la biblioteca y, para colmo, si trataba de huir, tenía a un tipo armado esperándola. ¿Dónde iba a ir en esa situación?

—No tardes mucho —le rogó.

—Solo voy ahí enfrente. Tranquila. No saques la cabeza y todo estará bien.

¿Sacar la cabeza? ¡Claro que no pensaba sacar la cabeza! Rezar. Eso era lo que iba a hacer. ¿Y si el hombre de la ventana se había marchado? Pensó. Observó el libro que aún sostenía y lo lanzó al techo. Estalló en el aire en cuestión de segundos.

Darren estaba llegando al otro lado del pasillo y se volvió a mirarla con una mueca furiosa.

—Lo siento —dijo ella.

Él suspiró hondo y empezó a empujar una pesada vitrina hasta dejar la alfombra al descubierto. Luego observó con cuidado todo lo que le rodeaba.

—¡Ven aquí... eh... señorita! —llamó.

Ella sacudió la cabeza.

—Dijiste que no saliera.

—Sí, eso fue antes. Ahora necesito que vengas aquí.

—¡Estás como un cencerro! No pienso salir y que ese hombre me arranque la cabeza del cuerpo.

Darren gruñó.

—Si no vienes aquí ahora mismo, el humo acabará con el oxígeno y morirás en unos minutos. ¿Quieres hacer el maldito favor de venir a ayudarme?

—No. Mucho menos si me hablas así.

Él se llevó las manos a las sienes y la miró como si quisiera degollarla.

—¡Que vengas aquí ahora mismo!

A Gael le dio miedo su grito. Pero también salir al pasillo. ¿Qué tal si la alcanzaba una bala? Volvió a mirar a Darren. Definitivamente él le estaba dando más miedo.

Se arrastró hasta él maldiciendo entre dientes. Una vez a su altura, Darren la medió incorporó con rudeza.

—Ayúdame a enrollar la alfombra. Ponte ahí encima y sujeta ese lado.

—¿Por qué? —No lo entendía. ¿Una alfombra les iba a salvar la vida?

—Haz lo que te digo.

Gael le obedeció y entre los dos dejaron al descubierto una trampilla de madera. Atónita, preguntó:

—¿Esto es una vía de escape?

—Así es, señorita resentida. Por aquí saldremos de este infierno.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —le preguntó mientras él abría la portezuela.

Una nueva ráfaga de disparos hizo que Darren se dejase caer dentro del hueco. Alzó los brazos para ayudarla a bajar. Luego, de un pequeño salto, volvió a cerrar la abertura.

—No lo dije antes porque no había tiempo. La trampilla detendrá un poco el humo y las llamas, pero debemos escapar de aquí antes de que esto forme el tiro de una chimenea.

—¿Por qué tengo que fiarme de ti? —preguntó nerviosa—. Esto no me gusta nada.

La oscuridad era total y hacía frío. Darren sacó unas cerillas y tras dos intentos fallidos consiguió prender una antorcha que pendía de una argolla de hierro clavada en la pared. Sus ojos verdes se posaron en ella.

Gael era consciente de que se había despeinado al rodar sobre la alfombra y varios mechones platinos caían a ambos lados de su cara.

—Puedes venir o quedarte. Pero si decides venir conmigo te recomiendo que vayas detrás de mí y no te apartes.

—Supongo que en un lugar como este habrá ratas. ¿Verdad?

—Pues no lo sé. —Darren se encogió de hombros.

Ella se recogió con determinación la falda y le agarró con fuerza el faldón de la chaqueta. Asintió.

—De acuerdo.

—¿Qué significa eso? —preguntó él arqueando las cejas.

—Que estoy lista. No pienso quedarme aquí sola.

Darren soltó una risita.

—¿Siempre tienes que llevar la última palabra?

—¿Tengo que contestarte a eso?

—No, déjalo.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Gael. Caminaban por un corredor de paredes gruesas y frías. Se respiraba humedad. Arrugó la nariz—. ¿Por qué huele tan mal?

—Estos túneles se construyeron con las piedras que protegen Londres del Támesis durante sus crecidas, por eso tienen este olor. Ahora será mejor que vayamos en silencio. No sabemos lo que nos podemos encontrar por aquí.

—¿Eso qué quiere decir?

—Señorita, yo no soy el único que conoce estos pasadizos.

—Eso está claro —susurró—. ¿Y qué clase de persona puede...?

Darren le chistó y ella guardó silencio. De acuerdo, si él no quería que hablase, no lo haría.

Desde la superficie seguían escuchando el estruendo de muebles al caer consumidos por las llamas del incendio. Era como si el fuego hubiese alcanzado otros edificios. Eso sí que era un problema pues toda la calle, o prácticamente toda, se dedicaban al periodismo y a la imprenta.

Gael miró la espalda de Darren. La chaqueta se le abría con el aire como si fuese la vela de un barco. Su cabello dorado castaño caía revuelto en ondas sobre los anchos hombros. Suspiró. «Otra vez volvemos a estar solos» se dijo, sin poder evitar emocionarse.

—¿Cómo sabías que existía esta salida?

Darren la miró de reojo con la sonrisa más peligrosa que había visto en su vida.

—Eso de callarte no va contigo, ¿verdad? —Ella se mordió el labio inferior—. He recorrido este túnel varias veces. Son pasillos subterráneos que se deslizan por debajo de la ciudad. Como te dije, sí que tengo algunos enemigos, aunque nunca habían sido tan intrépidos como hasta ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Es la primera vez que intentan matarme en un sitio público. Al menos esperaron hasta que la gente se marchó.

Gael no se había dado cuenta de ese detalle, pero ahora que él lo decía, no recordaba haber visto a nadie más en la biblioteca después de la explosión.

—¿No sabes quiénes son ni por qué lo hacen?

—Tengo mis sospechas, claro, pero cuanto menos sepas de este asunto, más segura vas a estar.

—¿De verdad crees eso? ¿Tan tonta te has pensado que soy?

Darren soltó el aliento en un ruidoso suspiro.

—Tienes razón, señorita, te he subestimado. Vamos a alejarnos de esta zona y después te cuento lo que sé.

Gael asintió satisfecha.

Capítulo 6

Iba tan ensimismada tras Darren pensando en lo que acababa de decir que, cuando accedieron a un pasillo más amplio, no vio que el nivel del techo bajaba en lo que parecía ser el hueco de una puerta y se dio de lleno en la frente. Con una exclamación se llevó una mano a la cabeza.

Darren se volvió a mirarla.

—¿Estás bien? —Llevó la luz al rostro de ella.

—Podías haberme avisado.

—Tú también puedes ir mirando por dónde vas.

—¡Lo estaba haciendo, pero tienes una espalda que parece una muralla!

Con suavidad él palpó la sien de Gael en busca de heridas. Ella, incapaz de moverse, contuvo la respiración. Rogaba en silencio que no se diese cuenta de que su cercanía la alteraba.

—Si quieres, puedes ir tú la primera.

—Podías pedir perdón, ¿no? No creo que te costase nada.

—De acuerdo. Ha sido culpa mía —dijo resignado.

—¿Te das cuenta cómo cuando estoy cerca de ti todo son problemas? Te daré las gracias si salgo de esto con vida. Por cierto, ¿tardaremos mucho en salir?

Darren sonrió con burla. Comenzaba a gustarle la manera en la que ella le desafiaba. Pocos se atrevían a hacerlo.

—Me temo que un rato más, ¡pero no me digas que no aprecias mi compañía! —Sin dejar que respondiese soltó una carcajada—. ¡No, claro que no! Eso ya me lo has dicho antes. ¿No será que tienes alguna cita? Sujeta esto. —Le entregó la antorcha. Ella la cogió mecánicamente.

Tomó la cara de Gael entre sus manos y la obligó alzar la cabeza. Era cierto que la había subestimado. Tenía las mejillas heladas y advirtió que no llevaba abrigo. Observó su cara con atención. No parecía haberse golpeado muy fuerte, apenas tenía un pequeño roce. Lo que sí poseía eran unos hermosos y grandísimos ojos que lo dejaron sin respiración. Eran gris claro salpicados de unas bonitas pintas negras. La línea que rodeaba al iris era de un tono también negro. Nunca había visto nada parecido. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—¿Tengo algo? —le preguntó.

Él sacudió la cabeza.

—Nada, un raspón sin importancia. No te vas a desangrar.

—Ya no me duele.

Darren liberó su cara.

—No me has respondido aún a lo que te he preguntado. ¿Tienes una cita? ¿Te espera algún enamorado?

—Tampoco te lo iba a decir si así fuera.

—Entonces es que no, ¿verdad? Lo digo porque unos metros más adelante hay una especie de... sala o plaza, y allí decidimos qué vamos a hacer.

Ella le devolvió la luz.

—No sé tú, pero yo me voy a mi casa —dijo ella solemne.

—Sí, supongo que eso es lo que quieres. Yo también, te lo aseguro. Y me da pena decirte que no eso no va a ser posible. Es probable que estén vigilando la calle.

—¿Por qué?

—Si yo fuese ellos, querría cerciorarme de que hemos muerto.

Ella tragó con dificultad y se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre si no estoy de acuerdo?

Darren se encogió de hombros. No sentía ganas de discutir. Estaba cansado y no tenía ni idea de lo que debían hacer ahora. Por lo pronto necesitaban salir de allí y protegerse en algún lado. Se giró de nuevo hacia el pasillo y volvió a abrir la marcha.

Gael, furiosa, caminaba tras él farfullando. Solo alcanzó a escucharla decir varias veces algo sobre un mentecato, pero tampoco quería prestarle mucha atención. Había dicho muy en serio que él no era el único que conocía aquellos pasadizos. Algunas veces los usaban los ladrones, timadores, renegados y todos aquellos que se ocultaban de la ley. No era ese el mejor momento para encontrarse con alguno de esos grupillos. Y no en especial porque temiese por su vida. Más bien era por la vida de la mujer.

Llegaron a la sala y allí Darren encendió una segunda antorcha. Los suelos estaban mojados y los adoquines brillaban. Una fuerte corriente de aire meció las llamas. Por entre las paredes se filtraba un olor pestilente cargado de humedad.

—Esta igual que la última vez que bajé aquí —dijo él acercándose a una piedra rectangular situada justo en el centro—. Siéntate un poco y descansa.

—¿Vienes mucho por aquí?

Darren frunció el ceño y la miró con ironía.

—Hace muchos años los hombres del rey usaban estos escondrijos para proteger a la familia y moverse por la ciudad sin ser vistos.

—Es un plan bastante inteligente —admitió ella—. ¿Por qué conoces este sitio tú? ¿Eres de la familia real?

—No, señorita. En mi tiempo libre soy historiador y hace tiempo cayeron en mis manos unos planos de esta ciudad del siglo pasado.

Ella lo miró perpleja.

—Parece que te he sorprendido —le dijo mientras buscaba en el suelo un adoquín específico—. No te lo voy a recriminar. Yo no soy tan rencoroso como tú.

Le ponía nervioso la forma en que ella lo miraba algunas veces. Tenía la sensación de que fingía no gustarle pero que en el fondo se sentía atraída por él.

—¡No se trata de eso! Sé que eres un tipo inteligente porque me lo ha dicho Roxana, la amiga de mi prima. Su padre tiene negocios contigo. Lo que ocurre es que nunca habría imaginado que fueses historiador. —Darren la miró de reojo. De modo que conversaban sobre él. Eso era halagador—. Ni tampoco que te gustase vivir al borde del peligro.

¿A quién le gustaba vivir así? Darren frunció el ceño.

—No te confundas. Reconozco que estoy acostumbrado, pero no me entusiasma lo más mínimo. —Se inclinó hacia el suelo y tocó un adoquín. Estaba flojo. Lo retiró y sacó un paquete de tela oscura.

—¿Qué es?

—Una pistola. La guardé la última vez que bajé. Soy un hombre previsor. —Y menos mal que lo era. Se felicitó por ello. Armado ya veía las cosas de diferente modo.

La mujer se sentó sobre la piedra. Había perdido el color de la cara.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal? —Solo faltaba que ella se pusiese a vomitar y a llorar. Esas cosas le exasperaban. Se guardó el arma en la cinturilla del pantalón.

—¿Por qué te quieren matar? —inquirió—. Necesito entender lo que está pasando.

Darren apretó los labios y guardó silencio. Comprendía que estaba en todo su derecho de querer saber la verdad. Había arriesgado su vida por él al haber ahuyentado a los miserables aquella noche. Y encima se encontraba en peligro por su culpa. Se sentó muy cerca de ella.

—Muy bien. Mi progenitor, el difunto conde de Silverstone, era doctor. Recuerdo que su consulta siempre estaba llena de gente y muchos le apreciaban. Sin embargo, cuando se desató el cólera hace quince años, las cosas cambiaron mucho para él. En realidad, para todos. Se descubrieron brotes de infección en diferentes sitios. Uno de los primeros, y supongo que el peor de todos, fue en la parroquia de St. Leonard en Shoreditch. La epidemia se extendió rápidamente por todo Londres y fueron incapaces de poder contenerla. También había ocurrido en la de Bethnal en Green Apperas. Se piensa que todo comenzó un doce de junio cuando la gaceta relataba que un buque que había amarrado en el puerto de Plymouth tenía el cólera a bordo. Desde entonces aquello se convirtió en una plaga. Mi padre cerró la consulta y ofreció su ayuda al hospital. Por aquel entonces yo contaba con doce años. —Sus miradas se encontraron. Él no podía apartar sus ojos de las esferas grises de la mujer—. Buscaron los materiales necesarios para combatir esta infección. Llevaron a cabo todas las obras de cal lavado en los casos donde encontraron el cólera. La epidemia llegó a la Unión Holborn y prepararon casas cerca de los distritos donde la enfermedad atacó, para acoger a los familiares mientras desinfectaban sus casas. Su majestad la reina Victoria y el príncipe Alberto se trasladaron a su isla privada por temor de que algunos de sus hijos pudiesen contraerla. —Al recordarlo no pudo controlar una mueca de disgusto. Los reyes

le habían decepcionado. No tenían que haber huido de esa manera. Por lo menos no todos—. En aquellos tiempos era muy difícil vivir aquí y los que podíamos tuvimos que marcharnos a nuestras casas de campos confiando en que la enfermedad no llegase hasta allí.

»El doctor John Snow tenía una teoría que muchos criticaron de locura. Él había dedicado gran parte de su vida a estas epidemias y no creía que el cólera se adquiriera por el contacto con el enfermo o con sus vestidos y pertenencias. Tenía la certeza de que las medidas que tomaron fueron demasiado drásticas, como cuarentenas de buques, encierro de los enfermos en lazaretos y la quema de sus ropas y enseres. Había quienes decían que la culpa de la enfermedad se debía a la influencia de ciertas condiciones atmosféricas, en especial de los vientos que transmiten de un lugar a otro los vapores tóxicos emitidos por materia en descomposición. Sin embargo, Snow opinaba, y mi padre estaba en total acuerdo, basándose en el registro de las defunciones por cólera, que los distritos de la zona sur de Londres concentraban la mayor cantidad de casos y daban cuenta de la más alta tasa de mortalidad, muy superior a la del resto de la ciudad.

»Los habitantes de la zona sur obtenían el agua para beber de la parte baja del Támesis. Esas aguas están altamente contaminadas. —Sacó un cigarro de la pitillera y lo encendió. Solo fumaba cuando estaba nervioso—. Las demás zonas de Londres tomaban el agua de sectores menos contaminados. Los síntomas que padecían con exageradas diarreas los llevó a pensar que, al desembocar todo en el río, se transmitía con mayor facilidad. De modo que la enfermedad no se propagaba por otra cosa que no fuese el agua. —Darren se encogió de hombros—. Pero nadie les creía. Preferían pensar que el virus había venido de otro país. Y tanto mi padre como Snow debieron escuchar toda clase de insultos. Según la gente eran locos irracionales por pensar que el cólera se debía a nuestra mala gestión de sanidad en el mismo Londres.

—Mi tío nos contó algo de eso. ¿Qué pasó después? Supongo que se darían cuenta del error.

—Sí. Al final les dieron la razón. Aun así, no permitieron que mi padre volviese a ejercer la medicina en este país.

—¡Eso es injusto!

—Créeme, a él no le importo mucho.

—¿Y a ti?

—Me gustaba que fuese médico —admitió—. Aunque tampoco dejó la medicina de lado. Se inclinó más por la investigación y la ciencia. Tan solo unos pocos meses antes de fallecer me dijo que estaba en algo muy importante que podía cambiar el futuro de la humanidad. —Había clavado los ojos en un punto inexacto del muro que tenía en frente—. Lo llamaba el elixir de la vida.

—¿Cómo dices?

Darren enderezó la espalda. Sorprendido, se dio cuenta de que ella lo había cogido la mano. Nunca había necesitado la compasión de nadie y ahora tampoco la quería. La soltó y se echó el pelo hacia atrás con los dedos.

—¿Puedes creerlo? —rió con acidez—. ¡El elixir de la vida! —dijo con sorna—. Nunca supe qué fue de eso porque una tarde un carruaje lo arrolló. Murió poco después.

Ella parpadeó varias veces.

—No lo entiendo. ¿Fue un accidente?

—Eso es lo que quisieron hacernos creer, pero no. —Agitó la cabeza—. Yo sé que lo mataron. Sus notas, cuadernos y apuntes desaparecieron repentinamente. Debió de descubrir algo y alguien —chasqueó la lengua— no estaba muy interesado en que lo desvelara. Vienen tras de mí porque creen que yo sé su secreto.

Gael abrió unos ojos como platos.

—¿Quieres decir que en verdad no sabes cuál es ese secreto?

—Estoy tratando de averiguarlo. —Se llevó la mano al bolsillo interno de su chaqueta y sacó un pequeño cuaderno—. Este es su diario. Sé que lo que busco está aquí dentro, y lo que ellos quieren encontrar también, pero no sé qué es. Estaba en la biblioteca buscando alguna pista cuando te vi.

—Lamento mucho lo de tu padre. —Darren asintió y se volvió a guardar el diario—. Puede que encontrase la inmortalidad.

Él alzó las cejas apenas unos milímetros. La inmortalidad no existía. Esa bobada desde luego no la había esperado de ella. Solo su padre lo había creído.

—Me fascina la facilidad con la que las mujeres creen en estas utopías.

Las antorchas proyectaban sombras extrañas que danzaban de un lugar a otro.

—Hay hombres que también creen en estas cosas.

—Todos locos insensatos. —Nadie en su sano juicio era capaz de creer algo así.

Ella se encogió de hombros y estuvo callada durante unos minutos. Después se atrevió a decirle:

—Yo todavía no he descubierto que nada de todo eso sea verdad, pero es posible que siempre haya una primera vez.

Darren elevó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Estoy empeñada en escribir un artículo en el diario de Great Yarmouth que trate sobre el tema de las creencias de las leyendas y mitos. Se puede decir que busco pruebas que demuestren que todo eso existe, aunque por el momento nadie me ha mostrado nada. Una vez conocí a una señora que decía ser médium y resultó ser una oportunista. Es por ese motivo por el que he venido a Londres.

Eso sí que era una sorpresa. Lo dejó con la boca abierta.

—¿Por qué quieres hacer algo así?

—Mi sueño es que me publiquen.

—Conozco a damas que de continuo tratan de superarse, y me parece bien. ¿Pero por qué justo sobre ese tema?

—Me parece algo interesante y vetado para una sociedad como la nuestra. También porque tío Angus me dijo que jamás me editarían por ser mujer y quiero demostrarle que mi trabajo puede

ser tan bueno como el de cualquier hombre, o mejor. Y este tema atrapa tanto el interés masculino como el femenino.

Estaba confundido e impresionado. Se puso en pie deteniéndose frente a ella.

—Había pensado que iniciabas una temporada con la intención de buscar esposo. —Se llevó un dedo a la boca y golpeó la uña sobre el diente acabando de acordarse—. Ahora que recuerdo, tu prima me comentó algo, pero no tenía idea de que se refería a ti.

Gael se ruborizó y bajó la mirada.

—Ella me dijo que tal vez podrías ayudarme a conseguir alguna entrevista. —De repente alzó sus ojos hacia los de él. ¿Cómo era posible que tuviese unos ojos tan grandes?—. No me gustaría que pienses que quiero abusar de ti, pero creo que me lo debes.

Darren arqueó las cejas incrédulo. Sus ojos se oscurecieron.

—Por un breve instante me ha parecido que estabas chantajeándome. Estoy equivocado, ¿verdad?

—¡Jamás osaría hacer algo igual, milord!

Desde luego, no la había imaginado tan... osada, pensó dándole la espalda. Estaba por completo perplejo. Otra mujer estaría aterrorizada o en shock después de lo ocurrido en la biblioteca, en cambio ella actuaba como si todo aquello no fuese más que un pequeño contratiempo.

—Quizá nos podamos ayudar ambos. Hoy por ti, mañana por mí. —Recogió una de las antorchas y se la ofreció. Él cogió la otra—. Lo que impera ahora mismo es salir de aquí. Estoy seguro de que tienes tanta hambre como yo.

—¿De qué modo nos podemos ayudar? —preguntó ella.

Emprendieron la marcha de nuevo.

—Cuidado, fijate bien dónde pones los pies. Puede haber alguna piedra suelta y no quiero que te lastimes. No me siento con fuerza de llevarte en brazos.

Gael movió la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo es posible que puedas disfrutar tanto con esto?

Por respuesta recibió una suave carcajada. Sintió el impulso de empujarlo contra el muro. O tal vez de hacerle la zancadilla y que cayese en el encharcado suelo. Pero por lo pronto se conformó con agujerearle la espalda con la mirada más furiosa que tenía. Más tarde, cuando se tranquilizara y decidiese que ese hombre no la sacaba de sus casillas, le preguntaría que era lo que había querido decir con eso de ayudarse mutuamente. No se fiaba de él.

Darren pensaba que el señor Roswet era poco disciplinado al permitir que su sobrina intentase publicar un artículo de esa índole, aunque fuese en un periódico de provincia. O bien era una total falta de interés por ella. También pudiera ser que pretendiese que la joven viera con sus propios ojos que una mujer no debía o no podía hacer ciertas cosas. No supo por qué sintió una repentina compasión por ella y se prometió ayudarla con su publicación. Era lo mínimo que podía hacer.

—¿Tu padre te decepcionó?

Sobresaltado la miró por encima del hombro.

—¿Por qué piensas eso?

—No creo que fuese fácil para ti escuchar que tu padre era un loco. Al solucionarse todo supongo que esperabas que él se defendiese y pudiese continuar con la medicina. Pero en vez de ello se dedicó a desafiar las leyes humanas.

—Sí. Me decepcionó al principio. Más tarde comprendí que tenía derecho a hacer lo que quisiera y lo que más le gustase.

Se detuvieron en una salida cubierta por una reja de hierro macizo. Darren colgó la luz en una argolla, cogió la de Gael y, pasándola varias veces por el agua del suelo, la apagó.

—¿Qué lugar es este? —le preguntó en susurros.

La luz de la luna llegaba hasta ellos bañando un callejón desierto y empedrado. Sus rayos se reflejaban en las verjas de hierro confiriéndoles un tono plateado.

—El cementerio —respondió. Subió un par de escalones y manipuló un candado que sujetaba una gruesa cadena. Procuraba hacer el menor ruido posible para que nadie los descubriese. Abrió la puerta—. Puedes salir.

Gael contuvo la respiración y con cautela miró hacia fuera.

—¿Por qué no vas tú primero?

—Te prometo que no te va a pasar nada. Debo colocar de nuevo la cadena. —Al ver que ella no se movía, dijo—: ¿No me digas que tienes miedo?

Ella se estiró y alzó el mentón con valentía.

—¡Claro que no! Hasta donde alcanza mi inteligencia sé que los muertos no se levantan.

Herida en su orgullo salió la primera. En ese momento se levantó una corriente de aire que hizo sonar varias campanillas que provenían de las tumbas. El miedo hizo que se quedase quieta y vigilante.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Y bien? ¿Se ha levantado alguien? Lo digo porque parece que te has quedado paralizada.

Ella gruñó y se apartó un poco de la puerta. A esas horas el cementerio estaba completamente vacío y todo parecía de lo más siniestro.

Capítulo 7

El camposanto estaba ubicado sobre un promontorio y se veían los titilantes puntos de luz diseminados por las calles de la ciudad. La fachada de la entrada, cubierta por un arco de media punta redondeada, se encontraba situada bajo un tejado de dos aguas. Bajo el mismo, se hallaba la puerta de hierro forjado. Todo el perímetro del lugar se hallaba delimitado por un muro de piedra rematado por diferentes clases de pináculos decorados con cruces en los varios desniveles de los que constaba.

Los mausoleos por los que pasaban eran de un estilo totalmente gótico. Sauces de largas ramas acariciaban los tejadillos, y en algunos de las simuladas ventanas encima de las tumbas alguien había prendido velas. Aquel era un sitio muy bonito y tranquilo para visitar a la luz del día; en ese momento, sin embargo, era tétrico, máxime cuando una ligera neblina se arremolinaba a ras de suelo.

Estaban atravesando los panteones por un lado del camino cuando Darren dijo:

—Eres muy hermosa, ¿sabes?

El pulso de Gael se aceleró. No sabía si el conde le hablaba en serio o solo pretendía ser amable. Lo que sabía con certeza era que él le había dicho en el baile que ella no le atraía.

—¿Te importa si nos damos prisa y salimos de aquí?

—¿Te molesta que te diga que eres hermosa?

¿Le molestaba?

¡Claro que no!

¿Le sorprendía?

¡Una barbaridad!

Alzó las manos a su cabello y recogió los mechones sueltos como pudo.

—En primer lugar, nos hemos pasado parte de la tarde en un lugar oscuro e inmundado donde apenas nos veíamos bien.

—No soy ciego, señorita Roswet.

—Y lo segundo es que nos encontramos en un cementerio, de noche, y no creo que me apetezca escuchar ningún halago ahora.

La miró de refilón con una sonrisa burlona. Le gustaba cuando ella se ponía tan terca.

—Me he dado cuenta de que no sé tu nombre. No me lo has dicho nunca, ¿verdad?

—Me llamo Gael.

—¿Gael? —repitió él deslizando la mirada sobre su cuerpo—. ¿Es irlandés?

—Sí.

—¿Quién es irlandés, tu madre o tu padre?

Ella sacudió la cabeza.

—Ninguno de los dos. Mi padre fue inglés y mi madre nació en Dinamarca.

—Imagino que toda la belleza que posees se la debes a ella.

Gael se encogió de hombros.

—Suelen decir que me parezco a mi padre. —Y era cierto. De su madre solo había heredado el color del cabello.

Él chasqueó la lengua, incómodo.

—Lo siento. Por norma no me suelo confundir cuando digo esto.

—Lo que me sorprende es que te funcione —dijo mordaz.

Si lo que él pretendía era que cayese rendida a sus pies estaba muy confundido. Tan solo unos días atrás podía haberse dejado engañar. Ahora no se lo iba a poner tan fácil.

Él se encogió de hombros. En todo el tiempo que llevaba usando esa táctica nunca le había fallado.

—Deberé ir pensando en cambiar de método.

—No estás tratando de flirtear conmigo, ¿verdad?

Frustrado, Darren aligeró el paso. Despejó la cabeza de los pensamientos que lo llevaban a Gael y se centró en lo que en verdad importaba. El peligro que corrían.

—Ya no te interesa la conversación y guardas silencio —insistió ella.

A lo lejos cantó una lechuza. Gael ahogó una exclamación y, sin pensarlo, aferró la mano del conde con fuerza.

Él sintió el agarre y, frunciendo el ceño, observó la unión de sus manos. Cruzó por su mente una visión de ella sentada a horcajadas sobre su cuerpo y se sintió de repente excitado.

Se obligó a decirle algo. No importaba lo que fuese. Tenía que apartar la imagen de su cabeza.

—¿Nunca has venido a un cementerio?

—Por la noche, no.

—Pues tú lo has dicho antes. Los muertos están muertos y no se van a levantar.

Gael se ruborizó y se enfadó consigo misma. Odiaba que la creyese miedosa o débil. Le soltó la mano.

—No sé cómo he podido acabar en esta situación —murmuró con fastidio—. No debí meterme donde no me llamaban.

—Yo espero que lo solucionemos pronto. —Salieron del cementerio—. Gael, ¿podría funcionar?

Ella llevaba la vista clavada al frente y respondió:

—¿El qué?

Darren aminoró el paso.

—Que yo trate de conquistarte.

Una vez más el corazón de Gael dio un saltó abismal y se quedó latiendo como una carga de baterías. ¿El conde iba en serio? No, no podía hacerlo. Hasta hace poco la había ignorado de lleno. ¿Qué es lo que había cambiado?

—¿Necesitas otra amante? ¿No te vale la que tienes?

Él soltó una carcajada.

—Siempre directa. Me gustas. Espero que no sea eso lo que te detiene, Gael. Ah, si quieres puedes llamarme Darren.

—¿Y si no quiero?

—Solo era una sugerencia. —Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa que hizo que todo su rostro, ya atractivo de por sí, se volviese más juvenil y risueño—. Te advierto que es el único que tengo.

La noche era cálida en comparación con el interior del túnel. Y la luna, brillante y redonda en todo su esplendor, iluminaba el camino sin necesidad de ayudarse con ninguna lámpara.

—Ahora sí que estoy hambrienta —dijo ella cambiando de tema. El de la comida le pareció fabuloso—. Espero que te confundas y que no haya nadie vigilando la casa de mi prima. Podemos entrar por detrás. La cocinera seguro que tiene algo en la despensa. Hoy hacía pastel y seguro que Lucy me ha guardado un pedazo.

Darren asintió.

—De acuerdo, pero no sigas hablando de comida. Yo también tengo hambre.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo ambos apresuraron el descenso y atravesaron un puente. Al doblar la esquina se hallaron en medio de un tumulto de personas que iban en dirección opuesta. Esa vez fue Darren quien la cogió de la mano y la sostuvo con firmeza. Detuvo a un hombre que pasaba a su lado y le preguntó qué era lo que estaba sucediendo. El sujeto le respondió que varias calles estaban sufriendo un incendio tremendo y que era de locos intentar moverse por el centro.

Gael y Darren se miraron preocupados. Se despidieron del hombre y dando un largo rodeo llegaron a Berkeley Square a avanzadas horas de la noche.

Ella agradeció que para ir a la biblioteca se hubiese puesto uno de sus sencillos vestidos de tonos verdes y los botines que menos tacón tenían. Aun así, no estaba acostumbrada a caminar tanto y los pies le dolían horrores. Todo el bajo de la falda se hallaba empapado y sucio del agua de los túneles.

Sus gozos en pozos. Así quedaron cuando Gael paró al conde tirando de la manga de su chaqueta al tiempo que le obligaba a esconderse tras el muro de la esquina. Le señaló la carreta estacionada en una de las aceras. Desde allí pudieron ver a dos ocupantes que en silencio fumaban y una nube de humo envolvía sus cabezas.

—Son los mismos de la otra vez —le advirtió.

—¿Estás segura de ello?

—Completa y absolutamente segura. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada.

—¿Por qué? Podríamos denunciarlos.

—Y también podría ir yo y terminar con ellos en menos que canta un gallo, pero entonces, su jefe, ese que no sabemos quién es, volvería a contratar a otros asesinos para que terminen el trabajo de estos.

—¿No podemos hacer nada de nada?

—Antes debería averiguar qué es lo que buscan de mí —respondió dándose pequeños golpecitos con el dedo sobre el bolsillo donde guardaba el diario—. Necesito saber qué es lo que mi padre descubrió. —Observó la calle a ambos lados—. Sé dónde pueden ayudarnos. Venga, no nos demoremos.

Ella echó andar a su lado. Se la veía decepcionada y cansada. Su belleza no era convencional. Delgada y de huesos finos no llamaba en exceso la atención. Sin embargo, después de estar un rato en su compañía era difícil no apreciar el pelo rubio platino tan hermoso como los rayos de luna y un rostro de forma ovalada. Los ojos grises y ligeramente rasgados semejantes a dos pozos de plata líquida, nariz respingona y boca de labios rosados especialmente cautivadores.

—¿Qué vamos a hacer si no dejan de vigilar nuestras casas? —preguntó ella machacándose el labio inferior con los dientes.

Con una expresión inescrutable, él reveló en voz baja.

—Nos las apañaremos, confía en mí. Pero antes debemos hacer una parada. No tardaremos mucho. Te prometo que dentro de un rato tendremos algo de comida que llevarnos a la boca.

—Eso suena bien.

—Y también podremos descansar y dormir. —Ella lo miró de reojo con desconfianza—. En camas diferentes, por supuesto.

—No sé cómo tienes ganas de bromear sobre eso. ¡Han estado cerca de matarnos a los dos!

Él arqueó una ceja.

—Cierto, sin embargo, estamos vivos y debemos celebrarlo.

—No tengo deseos de celebrar nada.

—¿Tú no te ríes nunca, Gael?

—Sí —le dedicó la mueca de una risa fría e irónica—. ¿No lo ves?

—De acuerdo, no te esfuerces mucho no vayes a hacerte daño.

Gael se mordió el labio inferior. Sus mejillas ardieron con fervor. Habían salido de la calle principal y caminaban relajados uno al lado del otro. No entendía cómo él no sentía ni una pizca de miedo cuando ella estaba por entero aterrada.

—Tú tampoco parece que seas muy divertido —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—No me considero que sea una persona seria. Hace tiempo aprendí que los problemas se

deben solucionar pensando en positivo, y eso es lo que trato de hacer.

Un hombre subía la calle en dirección a ellos. Darren acercó a Gael contra su costado y se apartaron de su trayecto. El contacto fue abrasador. Dejó que el aroma de ella invadiera su cabeza. ¿Cómo podía sentirse tan atraído cuando ni siquiera había tratado de seducirlo? Ni siquiera se mostraba amable con él.

—Lo que nos está sucediendo, lo estás tomando como si fuese una aventura —dijo ella.

—De modo que crees que no estoy lo suficiente preocupado. ¿Es eso?

Ella asintió y se encogió de hombros. Eso era ni más ni menos lo que pensaba. Darren parecía que estaba acostumbrado a escapar del fuego y de los disparos de una banda de asesinos todos los días. ¿Quién excepto él podía ver algo positivo en ello? Era evidente que no le gustaba que se mostrase tan impasible.

—Gael, háblame de ti. De tu vida.

Ella se llevó la mano a la frente. ¿Por qué quería saber? Cuando los bandidos fueran apresados y ellos pudieran regresar a sus vidas, no iban a volver a relacionarse más. Era posible que si volvía a Norfolk ni se viesan. Se mordió el labio inferior.

—Ya te he dicho todo. Vivo en Norfolk, pero he venido a pasar una temporada con mi prima para poder documentarme sobre mi artículo. ¿Por qué te interesa?

—Me sorprende lo que hiciste aquella noche. Advertirme de lo que estaba sucediendo. No todo el mundo lo hubiese hecho.

—Puede que todos no, pero me anima pensar que no soy la única.

—Seguro que tú prima se habría vestido antes. Sin embargo, tú bajaste en camisón.

¿Por qué tenía que recordar esa parte?

—¿Tú no lo habrías hecho?

Él ladeó la cabeza.

—Yo no duermo en camisón, Gael.

Ella explotó en una sonora carcajada.

—¡Sabes reírte de verdad!

—Por favor, Darren, tómate las cosas en serio.

—Lo intentaré. ¿Te han dicho alguna vez que tienes una risa muy bonita?

Ruborizada, centró su atención al frente. ¿Cómo iba a poder resistirse a sus encantos si en un par de horas, o algunas más, la tenía del todo enamorada de nuevo? Alcohólica y amante de lord Silverstone. Seguro que sus tíos la mataban.

Después de continuar otro trecho entraron en un camino de gujarros. La brisa trajo consigo el aroma de sándalos y jazmines. Bajo la luz resplandeciente de la luna asomó una elegante residencia con un encanto bastante peculiar. Tenía amplias galerías y delgadas columnas de piedra blanca por las que trepaban frondosas enredaderas. En la parte superior abundaban los paneles de cristal que servían tanto de puertas como de ventanas. El blanco de las paredes, el mármol de los escalones principales y las columnas que custodiaban la entrada de carruajes eran claros signos

de una riqueza y lujo recientemente adquirido. En la ciudad no había muchas mansiones así.

—¿Quién vive aquí? —se atrevió a preguntar al ver que se dirigían sin más hacia la entrada.

—Es una amiga. No te preocupes. Voy a coger unas cuantas cosas y nos vamos de aquí.

Ella sintió como si le dieran una patada en el estómago. ¡Una amiga! ¡Más bien una de sus amantes! Rogó por que al menos no fuese Elisa Taylor. Nunca habían hablado las dos, pero por las veces que coincidieron sabía que era desagradable, altiva y presuntuosa.

¡No! ¡Tampoco quería que fuese ninguna otra!

—Yo puedo esperarte aquí.

Darren sacudió la cabeza.

—No digas sandeces.

Con desgana siguió caminando a su lado.

—¿Cómo se llama tu amiga? —le preguntó.

La suerte no estuvo de su lado tampoco en esa ocasión. ¿Cómo lo iba a estar si estaba él cerca?

—Se llama Elisa. Ella nos ayudará.

Darren se adelantó hacia la puerta y, antes de llamar, un lacayo asomó la cabeza.

—Buenas noches, milord. —Abrió la puerta de par en par y se inclinó en una exagerada reverencia. El vestíbulo se hallaba por entero iluminado.

—Buenas noches, George. —Sin ninguna clase de miramiento Darren se abrió paso a la galería —. ¿Ha preguntado alguien por mí?

—No, milord. No ha venido nadie.

Gael pasó tras el conde a pesar de que George no la había invitado a entrar. Sus ojos se encontraron a sí misma en un espejo alto colocado sobre una mesa ornamentada. Estaba despeinada y varios mechones cortos caían sobre su frente en forma de pequeños caracolillos. Le avergonzaba que Elisa la viese en ese momento. Imaginaba que los comentarios serían del poco gusto que tendría al vestir, de la suciedad del bajo de su vestido, o del modo tan poco distinguido que peinaba. ¡Pero qué diablos! ¡Habían prendido fuego a la biblioteca con ella dentro!

Sin previo aviso se giró de nuevo hacia la puerta. George acababa de cerrarla.

—¿Dónde vas, Gael?

El tono seco de Darren hizo que se detuviera.

—Me marchó a mi casa.

—No puedes hacerlo y lo sabes.

—No estoy segura de que sea peligroso para mí.

Darren se acercó a ella y la tomó del codo con suavidad.

—Déjame que te ayude, Gael. Me siento muy culpable por todo esto.

¡Por supuesto! ¡Él tenía la culpa! Y no valía que pareciese tan sincero ni que pintara tanto arrepentimiento en su cara.

Miró pensativa a través del vidrio los jardines cubiertos por la noche, los majestuosos robles, la silueta de una mesa redonda y varias sillas expuestas en la terracita. Imaginó a Darren pasando

la tarde allí, tomando el té o leyendo a la sombra de los árboles... ¿Qué demonios estaba haciendo ella en esa casa? ¿No era bastante irritante ya, verlos a los dos en el baile, juntos?

Él la guio hacia un pequeño despacho y, después de hacerla pasar, se volvió a George:

—Di que nos preparen algo de comer y que lo empaqueten. También avisa a la doncella, necesito hablar con ella.

—Sí, milord, ahora mismo.

Darren cerró la puerta del gabinete y miró a Gael que se había sentado en una silla. La habitación estaba en penumbras.

—¿Hoy no has querido encender más lámparas? —preguntó con tono jocoso. Ella solo le devolvió una mueca—. No nos quedaremos aquí mucho tiempo, lo prometo.

—Darren, ¿no puede haber alguien vigilando esta casa? Supongo que esas personas saben los lugares por donde te mueves.

—Nunca vengo aquí cuando Elisa no está.

—¿No está?

—Se fue unos días al campo y regresará hacia final de semana, creo. Además, ella tampoco suele venir mucho por aquí.

Se moría por preguntarle por qué no iba mucho por allí si era su casa, pero no quiso parecer una curiosa. Después de todo le daba lo mismo lo que hiciera o no hiciera esa mujer.

—¿Los criados te obedecen sin objetar nada?

—Los pago yo —respondió.

—Ah. —Gael recorrió la sala con la mirada. Tenía que haber imaginado que él sufragaba los gastos de su amante.

Darren le dio la espalda apretando los dientes con fuerza. Nunca se había avergonzado de sus relaciones con las mujeres.

Llamaron a la puerta y fue a recibir a la doncella. La dejó pasar y volvió a cerrar.

La mujer se quedó parada con la mirada baja y las manos entrelazadas por delante de la falda.

—¿Queríais verme, milord?

—Necesito que busques algún vestido que sea discreto. Así como el que llevas puesto —dijo señalándole las ropas.

La mujer alzó los ojos a él como haría un conejo al sol desde su madriguera.

—¿Algo más, milord?

—Algunos útiles para el pelo. —Miró a Gael y de nuevo a ella—. Unas horquillas y cintas. Ve, no tardes en regresar.

Cuando cerró la puerta, Gael le preguntó:

—¿Por qué eres tan... así?

Él la miró sin entender. Tomó asiento en un sillón cercano.

—¿A qué te refieres? ¿Tan así, cómo?

No pensaba provocarlo ni darle pie a ninguna discusión. Estaba bastante cansada para ello.

—A nada. Es solo que me sorprende tu seguridad, eso es todo.

—Gael, ¿quieres que avisemos a tu prima de que estás bien? Sería estupendo que ella fingiese no saber nada de ti.

—En Megan confío plenamente. ¿Pero no puede ser peligroso?

—Creo que podemos hacerlo. Lo único que necesitamos es que nos ayude a hacer creer a esos tipos que nunca saliste de la biblioteca. De ese modo nosotros podemos tratar de averiguar en el diario qué es lo que buscan.

Gael lo pensó unos segundos. La idea de pasar tiempo con él. Solos. Sin amantes. Era de lo más atractiva.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

Él se encogió de hombros.

—He pensado que conozco a un hombre que dice que es capaz de hipnotizar a las personas. El doctor Charly Bestman siempre estuvo cerca de mi padre y se veían bastante a menudo. Supongo que podrías entrevistarle.

Extrañada le miró sin comprender.

—¿Hipnotizador de verdad o es un charlatán?

—Deberás averiguarlo. Esa es tu historia. A mí solo me interesa que le saques información sobre su trabajo. Lo que está haciendo en este momento. Si colabora con alguien.

—¿Este hombre puede tener alguna relación con el asesinato de tu padre?

—No lo sé. Pero sí puedo decirte que antes era una persona muy agradable y desde el fallecimiento ha cambiado conmigo. Tengo el presentimiento de que me oculta algo. Quizá a ti te venga bien conversar con él para tu publicación.

Gael asintió.

—De acuerdo, pero necesitaré algunas cosas. Mi ropa, mis enseres personales...

—Bien. De momento esta noche y mañana deberás conformarte con el vestido que traiga la doncella. ¿Te importa usar ropa de una desconocida?

—Ahora que lo preguntas, no me agrada mucho.

—Intentaré que Megan nos envíe tus cosas lo antes posible.

Gael no era tan escrupulosa para usar ropas de otras. Si tenía que hacerlo, lo hacía. Lo que no soportaba era que él lo planease todo sin consultarle. Era cierto que le perseguían a él. Que sabía, o tenía muy claro lo que tenía que hacer. Pero ella ahora estaba metida en ello hasta las cejas y no era un animal al que solo debía alimentar y cuidar.

—Darren, ¿eres consciente de que mis tíos te van a matar cuando se enteren de todo esto? No me han criado para que esté de un lado a otro con un hombre, sola.

Él negó con la cabeza.

—No se van a enterar.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Poseo un sexto sentido.

—Pues te aconsejo que uses el sexto sentido el día que mi tío Angus te tenga a mano.

Él soltó una carcajada.

—Prometo que tu honor estará a salvo conmigo.

—¿Lo dice la misma persona que hace poco me decía que tenía una risa muy bonita? ¿O que era bella como mi madre?

Él se sonrojó. Se levantó, caminó hacia el escritorio y comenzó a escribir.

—Eso era para romper el hielo, Gael. Ahora tengo cosas más importantes en que pensar.

Ella observó la sala, agotada. Estaba deseando poder echarse en una cama y descalzarse. Sobre todo, esto último. Sentía los pies entumecidos.

—También voy a necesitar algo de abrigo. Todavía sigue refrescando.

Él asintió.

Tras unos pequeños golpes en la puerta, esta se abrió y entró la doncella cargando con una cesta que colocó sobre la mesa. Gael se levantó enseguida a escudriñar en su interior.

—Pollo frío, bocadillos de carne, queso, pan y una botella de vino —dijo la mujer—. Hay platos, vasos y cubiertos. El vestido está en este paquete. La cocinera dice que si lo desean puede hacer algo más.

Gael miró a Darren y le sorprendió observándola absorto. De pronto él apartó la vista y se dirigió a la doncella.

—Necesitamos un abrigo y ahora, cuando regreses, quiero que le hagas llegar al señor Revees la carta que estoy escribiendo.

—Sí, milord. —La doncella se fue.

—¿Estas enfadado con esa mujer? —preguntó Gael acercándose a Darren despacio.

—¿Qué mujer? ¿La empleada? —ella asintió—. ¿La he tratado mal o le he faltado el respeto de alguna manera?

—No.

—Entonces no sé qué es lo que quieres decir.

—A que le hablas enojado.

Él frunció el ceño.

—De verdad que no te entiendo. No estoy enfadado. Tal vez un poco nervioso. Pero me he dirigido a ella normal.

—Solo digo que podías ser más amable.

Él dejó lo que estaba haciendo y la miró con fijeza.

—La doncella no me ha dado ninguna confianza para tratarla de otra manera. ¿Tú has visto que ella sea amable conmigo?

—Amable no, pero...

—Ella solo es servicial —la interrumpió—, y es así porque se le paga por ello. No soy ningún ogro, Gael.

—De acuerdo, no eres ningún ogro. —Mientras él terminaba de escribir, ella recorrió el

despacho mirando la decoración. Sobre la repisa de la chimenea había un retrato de Elisa.

—¿La conoces? —le preguntó Darren.

—Alguna vez la he visto. Todo el mundo habla de ti y de ella. Es muy hermosa.

Él se acercó a mirar el retrato sobre el hombro de Gael y enseguida regresó a la carta que escribía.

—La gente siempre habla de todo —afirmó él con la cabeza.

Gael siguió con su registro hasta llegar a los visillos. Iba a descorrerlos cuando Darren, de una zancada, llegó a su lado y la detuvo tomándola de la mano.

—No lo hagas. Es mejor que nadie sepa que estamos aquí.

—Has dicho antes que no vigilarían este sitio. —El pecho de él estaba tan pegado a su espalda que comenzó a agobiarse. Sentía el aliento en su oreja. La calidez de su mano.

—No he dicho que sea imposible.

Gael tragó con dificultad. Estaban tan cerca el uno del otro que el aire no pasaba entre ellos.

—Por favor —susurró temblando como una hoja—. Has dicho que no debo preocuparme por mi honor y te he creído.

Darren la soltó y le puso las manos en la cintura haciéndola girar. Ella lo miró embelesada. Él era tan guapo y atractivo que se hubiera dejado llevar con toda la alegría del mundo. Pero ni era el lugar, ni las circunstancias.

Otra vez sonaron los golpes en la puerta. Darren se alejó de ella en un abrir y cerrar de ojos. Cuando la doncella entró, él estaba al otro lado del despacho.

—Aquí está el abrigo. —La criada echó una mirada a Gael con expresión indiferente—. Espero que sirva este.

Gael se lo cogió de las manos. Era más basto y feo de los que solía usar, pero para protegerla del frío podía servirla.

—Gracias.

La doncella no dijo nada y se volvió al conde.

—George dice que os comunique que ha llegado un individuo que está rondando la entrada desde hace unos minutos.

—Lo imaginaba. —Dobló la carta y la metió en un sobre. Se la entregó—. Hacedle llegar esto al señor Revees. Es muy importante que lo reciba esta misma noche. Usted se ganará una paga extra si lo consigue.

La mujer se apresuró a guardarlo en su delantal y salió del estudio.

—¿Puedo comer algo? —preguntó Gael metiendo la mano en la cesta.

—Sera mejor que lo dejemos para más tarde. Ahora lo importante es salir de aquí. —Le ayudó a ponerse el abrigo. Seguidamente comenzó a abotonárselo igual que si fuese una niña pequeña.

Ella le apartó los dedos de un manotazo.

—Yo puedo sola. —Se frotó el cuello.

Darren le dobló la solapa hacia fuera.

—Tienes la piel muy delicada.

—Lo sé.

Él pasó los dedos con suavidad bajo su barbilla. Gael se alteró. Como Darren continuase tocándola al final no iba a poder resistirse e iba a terminar por olvidarse del decoro, de su honor y de lo más importante, de su tío.

Con las piernas temblando como la gelatina y el corazón pugnado por salir de su garganta, se apartó de él y tomó la cesta. Necesitaba calmarse y olvidar el fuego que Darren despertaba en ella.

—Es posible que te salga un sarpullido —dijo él.

—¿Por qué no te hiciste doctor como tu padre?

Darren alzó las cejas y se mordió el labio inferior de una manera muy seductora.

—Algo aprendí de él, sin embargo, no sirvo para ello.

—¿Por qué?

—Empatía.

—¿Tienes empatía?

Él alzó la cabeza al techo con los ojos cerrados. Dejó escapar con fuerza el aire de su boca y se quedó en silencio unos segundos. Después volvió la vista hacia ella.

—No sé por qué te sorprendes. Los hombres también tenemos sentimientos.

Era cierto, solo que Gael no los esperaba por su parte.

Darren le cogió la cesta de las manos.

—Vámonos.

Atravesaron la parte baja de la casa por las cocinas, la carnicería y la lechería. Luego cruzaron por una despensa y finalmente llegaron a la leñera. Anduvieron en silencio hasta alejarse bien de las luces de la residencia. La llevó por sitios de la ciudad donde Gael no había estado nunca. Las barriadas eran parecidas y diferentes. Cada una marcada con el estilo de personas que las ocupaban y de su clase social o económica.

—No creo que pueda seguir caminando mucho más —le confesó ella entre jadeos.

—No falta mucho. Estamos llegando al puerto. Nos alojaremos en una pensión y mañana viajaremos en coche.

—No sé por qué todavía me fío de ti.

Darren la miró con expresión compasiva.

—Quizá porque no hay muchas opciones.

Empezaba a cansarse de escucharle decir aquello. Ella podía emprender el camino a casa de sus tíos. Si no lo hacía era porque no quería dejarle solo en ese momento. Sentía mucha curiosidad por lo que su padre habría podido descubrir y por el doctor Bestman que, si era hipnotizador de verdad, tal vez podía ayudarla en sus propósitos.

Capítulo 8

Una suave brisa con el aroma salado del mar soplaba a través de las ventanas abiertas de la habitación de la posada.

Gael devoró, más que saboreó, el pollo. Tenía la impresión de haber estado deambulando toda la noche de un lado a otro con un enorme agujero en la barriga.

—¿No tienes hambre, Darren?

—No. He perdido el apetito.

Él se había quitado la chaqueta y la estaba colocando en el respaldo de la silla con cuidado. Se sentó frente a ella con la mirada perdida.

—¿Te preocupa que alguien descubra que estamos aquí? —insistió con los labios brillantes por la grasa del pollo.

Darren lanzó una servilleta a su regazo, cogió un mendrugo y pellizcó una miga.

—Hasta que no salgamos de Londres no estaremos seguros en ninguna parte. Dejó vagar sus ojos verdes por el dormitorio—. ¿Estarás bien aquí sola?

Ella lo imitó. Era una habitación limpia con visillos de encaje y escasos muebles. La cama parecía bastante mullida. Cuando regresó su vista a él, sus ojos se encontraron. No terminaba de comprender cómo un hombre como él no se había casado todavía, ni tenía su propia familia. «¿Para qué?», se dijo. Tenía todo lo que quería. Además, no debía ser fácil soportarle. Se ruborizó y se limpió los labios con la servilleta.

—Parece un sitio seguro. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

—Solo unas horas, espero.

—Entonces supongo que estaré bien.

—Philip no creo que tarde en venir. Dará algunos rodeos para que no le descubran.

—¿Quién es Philip?

—Es un hombre que trabaja para mí. La mayor parte de las veces se encarga de la seguridad de mi casa, pero también me ayuda en los papeleos y formalidades que surgen de las tierras. Este último año ha sido un gran soporte para mí. No sé qué habría hecho sin él.

Gael se lamió los dedos, eligió un trozo de pechuga y señaló el queso.

—¿Te molesta partirme un poco? —Darren torció la boca con una sonrisa, agarró un cuchillo y con destreza cortó varios pedazos—. ¿Confías mucho en ese hombre?

—Nunca se termina de confiar demasiado en nadie.

—¿Tienes madre?

—Sí. Ella está fuera de Inglaterra, en Europa. ¿Tú confías en tu familia, Gael?

Ella asintió con la boca llena. Tragó:

—¡Por supuesto que sí! Lo haría con los ojos vendados.

—¿Y en mí?

La había pescado. ¿Qué podía decirle? Él era un tipo importante y uno de los solteros de oro de la ciudad. Nunca había imaginado que pudiese tener una faceta tan distinta a la que estaba mostrándole esa noche. Pero en realidad seguía sin conocerle.

—No mucho.

—Hasta ahora te he mantenido con vida.

—Sí, lo sé, no te ofendas. Pero si no fuera por ti, yo no estaría en peligro —le recordó—. De todas formas, si continúo contigo, es porque ahora siento demasiada curiosidad por saber qué fue lo que descubrió tu padre. ¿Dónde trabajaba? ¿En su casa?

—Tenía montado un laboratorio en un almacén del centro.

—¿Lo registraste? Allí puede haber algo.

Darren asintió entregándole el queso con la punta de los dedos.

—No hay nada fuera de lo normal. Tubos de ensayo, mecheros, potingues y polvos, pero no guardaba las notas allí. Supongo que debe tenerlas alguno de sus socios.

—¿Y no has hablado con ellos de tus sospechas? Es posible que ellos también puedan estar en peligro.

—No soy tan tonto, Gael. Fue lo primero que hice. —Sacudió la cabeza—. Bestman es uno de ellos. Dice que no tiene nada y que dejaron el trabajo cuando murió mi padre. Su otro socio, Hugh Orwens, es el que guarda todas las anotaciones y los libros. Le he pedido verlos, pero se niega a mostrármelos.

—¿Puede hacerlo?

—Está en su derecho. Toda la investigación se hizo con dinero privado, lo que quiere decir que hay alguien más por ahí que aportó una cantidad económica bastante importante —contestó con tono apagado.

Gael agitó la cabeza, incrédula.

—¡Era tu padre! Esos hombres debían creerte y ayudarte a descubrir que fue lo que pasó en verdad.

—Pues siento decepcionarte. Orwens lo guarda todo en la caja fuerte de su casa y no es tan fácil conseguirlos.

Ella arqueó una ceja.

—¿Serías capaz de robárselos?

—No soy un ladrón, sin embargo, si tuviese la oportunidad los tomaría prestados.

Gael se metió un trozo de queso en la boca. Debía de haber algún modo de conseguirlos.

—¿Tu madre sabe que estás en peligro?

—Lo sabe y es por eso por lo que prefiero que viva fuera del país hasta que pase todo. Gael, solo tú, Philip y un amigo, sabéis realmente qué es lo que estoy haciendo. Ante el resto de la sociedad solo soy otro noble más.

Un noble muy mentecato, pensó ella. Sonrió. Estaba gratamente sorprendida con lo que estaba descubriendo de él.

—¿Por qué no has contratado nunca a un detective? Tienes dinero para hacerlo.

—Mi padre siempre decía que las cosas importantes las debe hacer uno mismo y no relegar en nadie. —Clavó los ojos en ella con intensidad. Gael vio en él a un depredador voraz y hambriento. Se estremeció.

—Yo también espero que descubras pronto la verdad.

—Lamento mucho que te veas envuelta en todo esto. Nunca fue mi intención arrastrar a nadie conmigo.

Esa disculpa hizo que el corazón de Gael comenzase a latir descontrolado. Con disimulo señaló la mesa, en especial el queso. Se habían acabado las porciones que él había cortado.

—Está muy tierno y sabroso. ¿Sabes a qué me recuerda?

Darren puso el codo sobre la mesa apoyando la barbilla en la mano. La miraba fijo, sabedor de que cada minuto que pasaba con ella más irresistible se volvía ante sus ojos.

—Me lo vas a decir de todas formas, de modo que dispara.

—A mi casa. En verano solemos hacer muchos picnics. La pradera se llena de gente y es muy divertido.

—Me alegro de que al menos disfrutes con el queso. —Se incorporó, recogió su chaqueta y se la echó sobre el hombro—. Voy a descansar un rato. Te aconsejo que comas deprisa y hagas lo mismo. En cuanto llegue Philip con el coche, vendré a despertarte.

Ella asintió.

—Ya no voy a comer más. Lo guardaré todo para mañana. —Se levantó y al poner el pie en el suelo, se torció el tobillo.

Darren estaba caminando hacia la puerta cuando la escuchó exclamar. Se volvió al tiempo de ver la expresión de dolor que cruzaba su cara. Arrojó la chaqueta sobre una silla. Llegó hasta ella en dos pasos y la ayudó a ponerse sobre la cama.

—Estoy bien, de verdad. Solo me he torcido el tobillo. Esta noche hemos caminado mucho.

—Deberías haberte descalzado en cuanto hemos llegado. —Le quitó los botines sin que ella se opusiera y observó sus pies con el ceño fruncido—. Están muy hinchados.

—Mañana estaré bien —le aseguró—. Márchate a descansar.

—No puedo dejarte así, Gael. ¿Quieres que te ayude con la ropa?

—¡Claro que no! Aún no me he vuelto tan loca.

Darren se echó a reír.

—Estaba bromeando. Relájate. —Se inclinó sobre sus pies y le levantó la falda unos

centímetros.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó recelosa.

—Las medias te están oprimiendo la circulación.

Gael sintió cómo una ardiente descarga de fuego recorría su cuerpo por entero al oírle hablar de algo tan íntimo, como sus medias.

—Yo misma soy muy capaz de quitarlas.

—Tranquilízate. No pretendo hacerte nada. Ahora que he pasado contigo este tiempo, reconozco que me atraes mucho. Pero lo cierto es que si no hubiera ocurrido nada de esto, habiéramos seguido caminos diferentes y tratándonos como dos desconocidos.

Esas palabras llenas de verdad la desgarraron el corazón. Y tonta de ella, hubiera seguido soñándole.

—Si te marchas, me pondré lo más cómoda posible —le dijo señalando con impaciencia la puerta—. Necesito pensar y estar un rato a solas.

—No vas a poder apoyar el pie —insistió.

—Me las apañaré —respondió, testaruda.

¡Solo era un tobillo, aún le quedaban otro pie y ambas manos!

—¿Necesitas alguna cosa? Puedo pedir abajo que me consigan algo de alcohol.

Ella soltó un suave gruñido y le enfrentó con la mirada.

—Te conozco, Darren. Pretendes emborracharme otra vez.

Él tomó asiento sobre el colchón, a su lado.

—Te confundes. Si empapas un trapo en alcohol y te masajearas el tobillo, la hinchazón se reducirá. —Las mejillas de Gael enrojecieron—. Esa noche yo no dije que fueses alcohólica ni nada por el estilo. Debes creerme. No soy tan rastroso.

Gael apartó la vista porque la expresión de su rostro era la de un hombre del todo sincero.

—No quiero hablar de eso.

—Puedes no creerme, pero te prometo que demostraré tu inocencia.

Antes de que ella pudiese reaccionar, antes de saber lo que él pretendía hacer, Darren comenzó a masajearle los pies. El calor de sus dedos y la presión que ejercían en la carne hinchada la hicieron claudicar. Con las manos apoyadas en el colchón levantó la vista al techo y suspiró con placer.

—Ahora me interesa más quitarnos primero este problema de encima. Después quizá la gente ya haya dejado de hablar de mí. —Se encogió de hombros—. Regresaré a Norfolk y olvidaré todo.

Él la miró sin levantar la cabeza, tan solo elevando los ojos.

—¿Te vas a marchar a tu casa entonces?

—Sí. Creo que Londres no está resultando como yo había imaginado.

Él presionó con más fuerza el pie arrastrando el pulgar sobre la planta. Ella gimió de placer. Se soltó las agujas del cabello y la larga melena cayó suelta sobre los hombros y la espalda.

Ese solo gesto envió toda la sangre del cuerpo de Darren a su entrepierna. Gael hacía, sin darse

cuenta, unos ruiditos muy sensuales con la garganta. Ronroneos cargados de erotismo.

Intentó centrarse en lo que estaba haciendo. Pero ella había cerrado los ojos y parecía estar de lleno entregada al masaje. Se atrevió a subir las manos un poco más hasta abarcar sus pantorrillas, blandas y suaves a través de las medias. Ascendió varios centímetros más y entonces ella se tensó.

—No se te ocurra hacerlo —dijo abriendo los ojos y agitando la cabeza.

—¿Hacer el qué? —inquirió él con un graznido irreconocible. Una repentina y brutal llamarada de deseo lo golpeó con potencia.

—No te hagas el tonto, Darren. Soy de una población pequeña, pero no he nacido ayer.

Él frunció el ceño.

—Reconoce que te estaba gustando.

—¡A ti más que a mí!—respondió escandalizada.

Deslizando una insaciable mirada sobre Gael, Darren soltó un profundo suspiro.

—Será mejor que me marche. Nos queda un camino muy largo por delante. —Se levantó.

—Todavía no me has dicho dónde vamos a ir.

—Es una casa solariega en el condado de Dorset. Te gustará.

Gael le miró con recelo.

—¿Es tuya?

—No, la casa pertenece a un buen amigo y a su familia. Ellos nos acogerán y así nunca nadie podrá decir que has estado conmigo a solas. Por nada del mundo me gustaría deshonrarte —dijo con ironía.

Gael echó las piernas a un lado de la cama para bajarse.

—Darren, me confundes mucho. Me dijiste que yo no era la clase de mujer que te atraía y en cambio me estás demostrando lo contrario. ¿Aquel día me mentías o es ahora cuando lo haces?

—¿Dónde está la libertad si uno no puede cambiar el criterio cuando le dé la gana? —respondió incómodo. No le gustaba que ella pudiese ver sus sentimientos con tanta facilidad. No era un hombre que los fuera escondiendo, pero tampoco los solía mostrar tan sin tapujos. Se dirigió hacia la puerta—. Será mejor que cierres con cerrojo. Vendré a buscarte en cuanto llegue Philip.

Con una escueta y formal despedida abandonó el dormitorio. Al llegar al suyo se maldijo por haberse dejado llevar de esa manera. Pensó en Elisa y en que ninguna de sus conversaciones con ella lo atraía y le fascinaba tanto como las de Gael.

Se acostó en la cama, pero fue incapaz de dormirse. Cansado de dar vueltas sobre sí mismo se apostó cerca de la ventana y desde allí observó la calle hasta que las primeras luces violetas comenzaron a inundar el cielo. Se sintió aliviado cuando vio llegar a Philip. Sabía que no iba a fallarle, aunque a decir verdad temía que la doncella no lo hubiese localizado. Le hizo una señal desde el piso de arriba y el hombre subió a la habitación.

—Decían que la señorita Roswet se había quedado atrapada entre las llamas. Su prima aseguró que estaba en la biblioteca al igual que otras personas que había en ese momento. De ti no decían

nada. ¿De veras crees que ha sido intencionado? ¿Que han intentado mataros?

—¡No me cabe la menor duda de ello! Muy tonto tendría que ser para no notar que alguien nos estaba disparando. Los vi con mis propios ojos y cuando fui a Silverstone House estaban vigilando la casa.

—He alertado a varios hombres por si ven a alguien sospechoso, para que lo sigan. Sin embargo, cuando he pasado por la calle no he visto a nadie y me estuve fijando a propósito.

—Deberás estar atento, Philip.

—¿Tú que vas a hacer, Darren?

—De momento voy a esconderme mientras tú vas preparando mis funerales. Quiero que piensen que nunca pude salir de la biblioteca.

Continuaron hablando una hora más sobre los pasos a seguir. Después despidió al hombre y fue a buscar a Gael.

El vehículo era tan confortable y los asientos tan blandos, forrados en una tela cálida y suave, que se permitió cerrar los ojos varias veces durante el trayecto.

Cerca de tres horas más tarde atravesaron un portón y después de cruzar dos diminutos y pintorescos puentes de madera llegaron a una bonita mansión de paredes de ladrillos. El lugar era muy luminoso y llamativo, con vistosas columnas blancas que soportaban un alto mirador, rosales en flor custodiando las dobles puertas de la entrada principal, celosías en los muros donde las enredaderas escalaban... Los tonos blancos, malvas, rosas y los verdes de las hojas de los árboles contrastaban con el ladrillo rojo de la moderna fachada.

Darren intentó despertar a Gael, que había caído rendida a los brazos de Morfeo. Estaba en la fase de sueño profundo y no sirvió de nada zarandearla. No tuvo más remedio que cogerla en brazos y llevarla hasta una de las habitaciones de la casa. Se sorprendió de lo liviana que era.

Él aún no había tenido la oportunidad de visitar a su amigo Smithers Genoveva en su casa nueva. Se habían conocido hacía muchos años. Smithers era negro. Había nacido en África empero siendo un crío lo habían secuestrado y vendido como esclavo en la isla La Española. Allí había conocido a quien más tarde se convirtió en su esposa, Marina. Ella también era una esclava proveniente de uno de los países del sur de América. Ambos habían sufrido y luchado hasta que pudieron comprarse su libertad. Viajaron hasta Alabama, donde explotaron una mina de oro con un éxito tan fructuoso que se habían hecho ricos de la noche a la mañana. Pero a pesar de su fortuna, allí en Inglaterra, donde se habían trasladado cuando nació su hijo Bruce, no se les tenía en mucha consideración debido al color de sus pieles.

Su hogar, una casa a la que llamaban *Le manoir sans temps*, la mansión sin tiempo, era como un santuario. Un lugar que nadie se atrevía a profanar sin el permiso de ellos.

—Me acaban de decir que has venido con una hermosa beldad —dijo Smithers llegando hasta él con una esplendorosa sonrisa. Darren había pasado a una sala donde le estaba esperando. Ambos se abrazaron con fuerza y sendas palmadas en la espalda—. Dime, amigo, que te has casado por sorpresa.

—¿Casarme yo? —Darren se echó a reír agitando la cabeza—. Te aseguro que aunque hubiera sido por sorpresa, habrías sido la primera persona en enterarte.

—Me decepcionas.

—No lo creo. Me conoces muy bien para saber que no soy nada impulsivo.

—¿Y quién es ella? Ven, vamos mejor a mi estudio. Nos tomamos unos tragos y hablamos. Me apetecía mucho volver a verte.

Capítulo 9

Estaba bajando el sol cuando Gael despertó. El recuerdo del contacto de Darren en su pierna se había grabado a fuego en su piel y varias veces había soñado con lo mismo. No podía ser verdad que el día anterior hubiera despotricado de él con su prima y ahora estuviesen juntos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué deseaba con toda su fuerza que Darren fuese el estúpido estirado que ella había creído?

Sin querer profundizar en la batalla que se fraguaba en su mente, Gael se levantó. El tobillo le palpitaba haciéndole recordar el torpe accidente de la noche pasada. Se agarró a un grueso y lustroso poste de la cama y sus ojos grises recorrieron el dormitorio con admiración. Ese gabinete, poco iluminado por los últimos rayos de sol y que cubría todo de una calidez ambarina, era uno de los más hermosos que había visto; Suelos de mármol blanco, paredes enteladas en rasos brillantes con motivos florales en verde agua, metros y metros de tela de cortinas cubriendo el altísimo mirador, la chimenea que ocupaba prácticamente una pared entera, la cama de cuatro postes situada en el centro, las espesas alfombras persas de un blanco inmaculado, el gigantesco ropero...

Su prima pequeña, Emily, hubiese silbado durante al menos treinta segundos largos. Lo habría hecho ella de haber aprendido alguna vez, pero era muy torpe para eso.

Se puso todo lo presentable que pudo, preguntándose cómo no había notado que Darren, no podía ser otro, la cargaba en sus brazos hasta allí y la metía en la cama. Excepto cuando lograba mover algún objeto durante su vigilia, que al día siguiente no era capaz de abrir los ojos, solía tener un sueño bastante ligero.

Con disgusto observó que su vestido estaba arrugado. No presentaba un aspecto muy deplorable pero tampoco era lo que le hubiese gustado. No tenía más remedio que ponerse el que la criada le había prestado. Un modelo gris claro con tablillas en el pecho y cintas negras que se apretaban en los puños. Se peinó un moño flojo bajo la nuca y salió del dormitorio esperando encontrarse con alguna cara conocida.

El corredor, muy largo y serpenteante, con las paredes tapizadas en azul celeste era abrumador. Su nota predominante era la multitud de retratos en miniatura dignos del mejor pintor.

Apoyándose con cuidado en una de las paredes para no plantar el pie dañado, llegó hasta donde el pasillo se abría en dos. Indecisa, se detuvo. De pronto escuchó voces que provenían de su

izquierda y caminó hacia allí. En una de las habitaciones descubrió un niño. Su piel era negra y su cabello estaba lleno de pequeños y negros rizos. Hablaba con alguien que ella no podía ver.

—Hola.

El chiquillo alzó la vista y la miró con sorpresa. Gael le sonrió.

—Hola, ¿podrías ayudarme por favor? Me encuentro un poco perdida. —Con lentitud fue caminando hasta él—. He venido con el conde de Silverstone, pero no sé dónde puedo encontrarlo.

Una doncella vestida con un sobrio uniforme azul marino asomó a su campo de visión y se colocó tras el niño. Ella también tenía la piel negra.

—Mi nombre es María, señora. —Saludó con una sonrisa—. Milord dijo que cuando vos despertaseis tendríais bastante hambre. Llevaré al joven Bruce con su nana y os acompaño abajo.

—No debes molestarte por mí, si eres tan amable de indicarme...

La doncella negó al tiempo que, divertida, intercambiaba una mirada con el niño.

—No conocéis la casa, señora, seguro que os perderíais. Os puedo asegurar que no seríais a la primera persona que le sucede. ¿Verdad, Bruce?

—Sí. —El niño se acercó a ella. Sus dientes blancos resaltaban en su cara. Era muy guapo, con unos enormes ojos del color del caramelo fundido—. ¿Por qué has venido con tío Darren?

—¿Bruce! —La doncella le llamó la atención—. La indiscreción es un pecado.

Gael le acarició el cabello. Bruce tenía un cuerpo flacucho y desgarrado.

—No se preocupe, María. Él solo siente curiosidad. ¿Es su hijo?

—No, no. Él es el señorito Genoveva, hijo del patrón.

Gael se ruborizó y pidió disculpas, abochornada. Solo había visto a unas pocas personas con ese color de piel, y desde luego no eran adinerados.

—Mucho me temo que el conde no me dijo dónde estamos, María.

—Os encontraréis en La manoir sans temps. Enseguida vuelvo. Bruce, despídete de la señora.

El niño tendió una larguirucha mano hacia Gael y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Gael, Gael Roswet —respondió mientras se la estrechaba—. Espero volver a verte pronto, Bruce.

El muchacho sonrió y sus ojos brillaron alegres.

—Seguro que sí, Gael.

María agarró con fuerza la mano de Bruce y comenzó a tirar de él hacia el corredor.

—No me voy a demorar mucho, señora, solo voy a asegurarme de que este pillín se queda con su nana terminando las tareas.

—Esperaré aquí, no tenga prisa.

La doncella regresó unos minutos después. Guio a Gael hasta un amplio comedor. Bruce y María llevaban razón. Era fácil extraviarse allí.

—¿Deseáis que os sirva ahora? Los señores hace rato que comieron, pero ordenaron que

dejásemos el bufé aquí hasta que vos os levantarais. —María tomó un plato y se acercó a una mesa colocada bajo un ancho ventanal—. He notado que estáis herida. —Señaló con el mentón a su pie.

—Una torcedura, nada más.

—En cuanto pueda os doy una pomada que hace milagros.

Gael caminó tras ella. A través de la ventana observó cómo los últimos rayos de sol bañaban el jardín acariciando los setos geométricos que se alzaban a un metro del suelo. Descubrió unas bonitas caballerizas y sintió deseos de salir a conocer la zona.

—Esto es muy bonito y parece bastante tranquilo.

—Hay mucho terreno a nuestro alrededor, por lo que no suele entrar casi nadie de no ser que el patrón los invite. Seguro que os gustará conocerlo. —Señaló los platos que estaban sobre la mesa—. ¿Os apetece algo en especial?

—Si no le molesta, me gustaría servirme yo misma. No deseo importunar a nadie.

—Vos no molestáis, señora Roswet, además no solemos recibir muchas visitas y nos alegramos cuando eso sucede.

—Soy... señorita.

—Disculpe, no lo sabía. —María bajó la mirada avergonzada. Pero Gael soltó una risita.

—No tiene ninguna importancia, de verdad. Además, sé qué impresión puedo dar viniendo junto al conde.

La doncella le devolvió la sonrisa.

—¿Puedo preguntaros algo, señorita Roswet?

—Por supuesto.

—¿Cómo habéis hecho para tener ese color de cabello?

Gael se llevó una mano a la sien. No era la primera vez que le preguntaban aquello.

—Nací con él. Sé que es algo que no se ve mucho, pero yo podría decir lo mismo de su tono de piel.

María sonrió.

—Yo soy de la ciudad de Arequipa.

Gael dejó el plato en la mesa y tomó asiento. Se había servido un pedazo de pastel de carne con un esponjoso y dorado hojaldre, un par de huevos revueltos y un manojo de espárragos verdes.

—Eso está muy lejos.

—¿Vos sois de aquí?

—Nací en un pueblecito de Dinamarca, pero mis padres murieron cuando yo era muy pequeña y me acogieron mis tíos que viven en Norfolk. Ellos dicen que por eso tengo el pelo tan rubio. Porque al parecer es un rasgo bastante característico de allí.

—Oh, qué pena por sus padres.

—Yo no los recuerdo.

—Con permiso —dijo una voz desde la puerta. Era Darren. Se inquietó al verlo e hizo el amago

de levantarse, pero él no se lo permitió—. Sigue comiendo por favor.

—Milord, ¿puedo servirlos algo? —ofreció María.

—No, gracias. —Se dirigió hacia Gael—. ¿Cómo se encuentra tu tobillo?

Darren vestía de negro excepto por la camisa de seda castaña que asomaba bajo el chaleco. Su cabello de hebras doradas, unas más oscuras que otras, cubría su cuello de una forma muy atractiva. Parecía relajado.

—Está mucho mejor. ¿Y tú? ¿Has logrado descansar algo?

—Sí. —Le guiñó un ojo con burla—. Aunque llevo un buen rato esperando a que te despiertes.

¿Dónde estaba el mentecato estirado que miraba a todos los mortales sobre el hombro? Aquel hombre que tenía frente a ella era un dios atractivo y encantador.

—Lo siento, estaba tan cansada que era incapaz de levantarme.

María salió del comedor en silencio cerrando la puerta tras de sí.

—No, si entiendo que estuvieras agotada. Lo extraño sería lo contrario.

—¿Había algo importante que querías decirme? ¿Tienes alguna noticia de esos hombres?

—No, en realidad se trata del diario de mi padre. He pensado que tal vez te gustase echarlo un vistazo. Quizá logres ver algo que se me haya pasado por alto.

Gael se sorprendió. Comprendía que él estuviese impaciente por acabar con todo aquello cuanto antes. Pero estar esperándola todo el tiempo solo para pedirle que mirase el diario, le resultaba un poco extraño.

—¿Quieres que lo mire ahora?

—No me gustaría que te sintieses obligada...

—¡No, claro que no! Estoy deseando hacerlo. —Le señaló la silla contigua por si quería sentarse. Él tomó asiento y miró de pasada lo que ella estaba comiendo.

—¡Vaya, estás hambrienta! ¿Cómo es posible que con lo que comes te veas así de delgada y pequeña?

—Imagino que eso pretende ser un elogio, sin embargo, debo decirte que es de muy mal gusto comentar todo lo que puede comer una mujer. —Inconscientemente apartó el plato. Todavía quedaba un poco de pastel de carne.

—Discúlpame, Gael. Soy un grosero y está visto que tú no me permites ni un solo desliz. —Empujó el plato hacia ella—. No pierdes la oportunidad de atacarme.

Ella se ruborizó. Un poco mezquina sí que era.

—Yo no ataco, Darren, solo me defiendo.

—¿Lo ves? Contradices todas mis palabras. ¿Por qué te caigo tan mal?

—No me caes mal. Además, estoy muy agradecida contigo por no dejarme morir quemada o asfixiada.

—Pero aún sigues resentida conmigo. ¿Verdad? ¿Por lo de la noche del baile? Ya te dije que yo no...

—No, no fue esa noche. —Él arqueó las cejas—. En realidad, todo comenzó con el primer día

que fuimos presentados. Me pareciste demasiado... arrogante. Como se dice en casa «un gallito de corral». —Se encogió de hombros—. Verás, me saludaste con desgana y después no correspondiste a ninguna de mis sonrisas. Me temo que me convencí de que eras una persona fría, orgullosa, mal educada, sin sentimientos...

La interrumpió:

—No hace falta que seas tan detallada.

—Sí, lo siento, tienes razón. Me he dejado llevar.

—¿Sabes cuantas personas me presentan al día? —Ella negó con la cabeza. No la importaba demasiado—. En casi todas las temporadas son muchas jóvenes las que tratan de conocerme para conseguir de mí una proposición de matrimonio. Lamento si pensé que tú eras igual. De haber sabido que estabas en Londres por... trabajo, te hubiese incluso ayudado. Admiro a las personas que se proponen retos antes de agarrarse a lo fácil, a un buen marido con posición y dinero y a vivir del cuento el resto de sus vidas. —Volvió a empujar de nuevo el plato para que siguiese comiendo—. Ni siquiera recuerdo que me sonrieras.

—No lo hice —admitió sincera, levantó la delgada nariz—, pero no puedes recordarlo porque no me miraste ni una sola vez.

Darren la contempló con una sonrisa burlona.

—¿Entonces todo se resume a que no te gusto porque no coqueteé contigo?

Gael se mordió el labio inferior. Visto así, su excusa era ridícula. Enrojeció con violencia.

—¡Siempre exageras las cosas! No he dicho eso, he dicho... —Él se estaba riendo y ella se quedó prendida de su boca. De la suave hendidura de sus labios. ¡Con esa sonrisa no había forma de concentrarse en nada!—. Ahora me agradas un poco más. Pero solo un poco.

Darren alzó las cejas con sorpresa.

—Viniendo de ti lo tomaré por un cumplido.

Podía hacerle muchos cumplidos más. De hecho, su mente no había dejado de hacerlos desde que lo había visto aparecer en el comedor. Era una pena que no hubiese conocido a Darren en un ambiente diferente al de una velada. Tal vez no habría tenido tantos prejuicios con él.

—Aprovéchalo porque no suelo decir muchos —le dijo.

—Cuando me conozcas bien, cambiarás de opinión.

Gael soltó una carcajada.

—Eres tan arrogante...

—¡No es cierto, no soy arrogante!

—Y vanidoso.

Darren frunció el ceño.

—Yo más bien diría irresistible.

Gael negó con la cabeza. Sin saber qué hacer con las manos comenzó a jugar con el tenedor sobre los espárragos.

—Dominator.

—Seductor.

Gael volvió a reír.

—No necesitas a nadie que te adule.

—Nunca he necesitado a nadie, cierto. Bueno, ahora te necesito a ti. —Ella achicó los ojos hasta convertirlos en dos rendijas y él se encogió de hombros con burla—. Para lo del diario. ¿Recuerdas?

—¡Ah sí! ¡Lo del diario! —Se estremeció. ¡Qué tonta! Se había imaginado algo mucho más romántico. Tenía que calmarse—. Darren, no me gustaría ser una entrometida, pero ¿qué sucederá cuando tu amiga Elisa sepa que tú y yo vamos a trabajar juntos?

Él arrugó el ceño.

—Nadie tiene por qué saberlo.

—Sus empleados se lo dirán. Es mejor que ella sepa que somos socios a que imagine... otras cosas ¿No crees?

Los ojos verdes se clavaron, serios, en ella.

—¿Por qué te importa tanto aclarar eso? ¿Qué es lo que temes, Gael?

Ella habló con vacilación.

—Lo siento, es que no sé aceptar críticas y a ella parece encantarle hacerlas.

—¡Vaya, eso es lo más sincero que he escuchado en mucho tiempo! ¿No te das cuenta que, de publicar ese artículo en el diario, vas a recibir muchas y de bastante gente?

—No todas serán malas.

—O sí.

Gael frunció el ceño.

—La gran mayoría nunca llegarán a mis oídos.

Darren arqueó una ceja castaña, sus ojos verdes fulguraron con risa.

—Harás como los avestruces y meterás la cabeza en tierra para no escuchar, ¿verdad?

Ella encogió los hombros en un gesto despreocupado.

—¿Me puedes culpar por ello?

Él negó:

—No te preocupes, Gael, los sirvientes de la casa de Elisa no saben ni siquiera quién eres tú.

Pese a esas palabras, ella lo dudaba. En Londres todos sabían quiénes eran todos. Los criados hablaban y murmuraban al igual que los cocheros, las damas de compañía y los nobles.

—¿Ella no es celosa? —le preguntó—. Porque poniéndome en su lugar no me gustaría que mi... —se detuvo de golpe dándose cuenta de que iba a decir la palabra amante—, llevara a mi casa a otra mujer.

—No creo que Elisa sea celosa. La tontería de los celos es para los jóvenes. ¿Tú lo eres?

—Soy joven.

—Eso lo veo. Me refiero a que si eres celosa.

¿Celosa?

¡Por supuesto que lo era! Había estado celosa el día anterior en cuanto puso los pies en casa de Elisa. Sí. Era celosa y lo malo era que no entendía por qué. Darren no era suyo, no lo había sido, y nunca lo sería. Y en ese momento el solo hecho de hablar de su amante la ponía celosa.

—No —mintió con una suave carcajada que esperaba que él creyese—, como bien dices, eso no es más que una chiquillería. Y, aunque soy joven, no son una cría.

—Sí, una chiquillería, por eso debo suponer que cuando algún día tu esposo lleve a otra dama al hogar...

Gael frunció el ceño, rechazando la idea.

—Si se atreviese a hacer eso, le arrancaría la piel a tiras, pero todo ello sin una pizca de rencor.

El conde soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! Eres muy previsible, Gael, y también muy inocente.

—No sé qué pretendes probar con eso.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Admiro a la gente sincera.

Ella se terminó de comer el pastel de carne para mantener la boca ocupada y no entrar en provocaciones. Darren, por su parte, aprovechó para sacar el diario e ir leyéndole algunas frases que parecían importantes. Poco después, ambos, codo con codo, comentaban el contenido de las páginas deliberando y tratando de descifrar qué era eso que parecía tan oculto.

Sin darse cuenta habían pasado tanto tiempo absortos en el diario que la noche había rodeado la casa y apenas entraba un resquicio de luz por el ventanal. La iluminación de una pequeña lámpara que Darren había encendido dejaba todo el comedor, excepto donde ellos estaban, en las más absolutas de las penumbras.

La palabra «sustitución» se repetía muchas veces entre las líneas del cuaderno. Al principio ninguno de los dos supo darle importancia, pero luego Gael tuvo que admitir que no sabía muy bien a que se refería cuando la nombraban.

—Un poco extraño, sí —dijo él, mirándola pensativo con sus intensos ojos verdes—. ¿Qué puede ser?

—Da la sensación de que habla de un objeto. —Gael leyó en voz alta—: «No hay nada más fácil que cambiarlo. Todo se define en una sola palabra: sustitución.» — Levantó la vista de la libreta—. ¿Pero sustituir el qué?

—Podría tratarse de un mueble o un lugar —respondió él encogiéndose de hombros—, también repite mucho «temperatura», y aquí, en las últimas páginas del diario. —Pasó las hojas entre los dedos buscando una página en particular—. Estos números y signos parecen coordenadas, algo así como un mapa, sin embargo, he estado investigando y tan solo coincide con un punto orientativo en la Antártida. Exactamente donde las temperaturas son más bajas que en el resto del globo terráqueo.

Gael hizo un gesto hacia la ventana.

—¿Salió tu padre de viaje en los últimos años?

—Imposible. Me habría dicho algo o me hubiese enterado. Además, no quería salir del país.

—Estoy segura de que no sabes que hay múltiples formas de viajar sin salir de un lugar. — Antes de que él intentase descubrir qué había querido decir con eso, comentó—: Solo un loco iría a la Antártida. Nadie podría sobrevivir en un clima parecido, y es posible que en un par de días muriese por congelación.

—¿Cómo has dicho?

Gael le miró con cautela. ¿Qué había dicho?

—Lo de la manera de viajar...

—No, lo último.

Gael echó la cabeza hacia atrás, con la vista puesta en un grandioso cuadro de un paisaje campestre.

—Morir por congelación.

—¡Es una locura, pero puede tener sentido!—exclamó emocionado.

La agarró de la mano con fuerza, la hizo levantarse y la arrastró casi a la carrera por la planta baja hasta llegar a una espléndida biblioteca.

Ella llegó jadeando y comenzó a reprocharle hasta que se dio cuenta de cómo era la sala y no tuvo más remedio que exclamar. Olvidándose del fuerte dolor de su tobillo, su mirada recorrió las largas hileras de estanterías cubiertas de libros haciendo un intrincado recorrido, en cuyo centro había un par de divanes y una mesa de té con dos altas lámparas.

—¡Esto es impresionante!

Darren silbó sorprendido. Gael lo miró con el mismo afecto que si hubiese sido su prima pequeña. Una vez más le confirmaba que era humano.

—¡Smithers se ha superado con creces! Este lugar es maravilloso.

—¿No habías estado aquí, Darren?

—No. Es la primera vez, aunque de haberlo sabido habría venido antes. Esta mañana me dijo que debía pasar a verla. No sé cómo lo ha hecho, pero esto es un tesoro.

Mientras hablaba, sus manos recorrían los tomos de una balda superior. Sacaba uno, le echaba un vistazo y volvía a dejarlo en su sitio. Hizo eso mismo cuatro veces hasta que puso uno sobre la mesa, abierto por una bella ilustración de una ardilla.

Gael se acercó a mirar, cojeando. Él se sintió culpable de haberla llevado corriendo.

—¿Te sigue doliendo? He sido un insensible, Gael, olvidé tu tobillo.

—Un insensible del todo, estoy de acuerdo. María me iba a dar algo para el dolor. Seguro que también se ha olvidado de mí.

—Iré a buscarla.

—No hace falta. Espera un poco. —Ojeó la página del libro que él había abierto. Estaba escrito en latín y, lamentablemente, no entendía nada—. ¿Qué es?

Darren se acercó de nuevo.

—Es una fábula sobre una ardilla que quiere saciar su sed con el agua del río, mas esta está

congelada. El animal se resbala y se rompe una extremidad. Al tratar de salir, rueda a una hondonada de nieve y el viento la entierra. Muere congelada. —Darren no pudo por menos que sonreír cuando vio que Gael lo miraba anonadada—. Cuando la nieve se descongeló, también lo hizo el corazón de la ardilla y, sobrevivió.

Gael pestañeó varias veces.

—No lo entiendo. ¿Esto es por lo que me has hecho venir hasta aquí corriendo? ¿Qué tiene que ver esta fábula con el diario?

—Puede que mi padre tuviera alguna referencia sobre que si congelaban de algún modo a un enfermo durante un tiempo indefinido, este podría resucitar. De ahí que anotara las coordenadas de la Antártida.

Ella negó, incrédula.

—En el supuesto de ser cierto, que yo no lo creo, seguiría estando igual de enfermo que antes de congelarlo, ¿no?

—No si le despertasen cuando la ciencia estuviese tan avanzada que existiese alguna clase de cura.

—Es descabellado —dijo Gael tomando asiento en uno de los divanes—. No digo que eso no pueda ocurrir algún día, tal vez dentro de miles de años, pero no desde luego en un futuro cercano.

—Tampoco es tan descabellado. Imagina que alguno de tus órganos fallase. Por ejemplo, los pulmones. —Darren se sentó junto a ella y, sin llegar a tocarla, su dedo dibujó una línea horizontal sobre su pecho. Gael dejó de respirar—. Supón que yo te congelo hasta que aparezcan otros pulmones que te pueda poner.

—¡Eso es un sacrilegio! ¡No se puede hacer! ¡Sencillamente es horrible!

—¿Horrible dices? ¿Por qué? Sería una forma de salvarte la vida. Sería sustituir un órgano dañado por uno sano. Medicina, Gael.

Ella abrió sus enormes ojos grises. Se pasó la mano por la frente.

—Sustitución de órganos —musitó—. ¿Como el sujeto que pierde una pierna y le ponen otra de palo?

Darren alzó las cejas en señal de asentimiento.

—¡Es una aberración! —Gael se cubrió la boca con la mano—. Iría en contra de la naturaleza.

—¿No es acaso a eso a lo que se dedican los científicos? —preguntó él. Antes de poder seguir hablando unos fuertes pasos le interrumpieron. Darren fue el primero en levantarse. Sonrió a Smithers con alegría—. Amigo, es admirable lo que has hecho aquí. ¡Ni en mis sueños más remotos habría creído que podías organizar tal biblioteca!

—Me alegro de que te guste. —El hombre se acercó al centro y, con una inclinación de cabeza dirigida a Gael, le preguntó al conde—. ¿No piensas presentarme a la hermosa señorita?

Ella le tendió la mano con las mejillas sonrosadas.

—Tienes razón, Smithers, perdona mi descortesía. Señorita Roswet, él es uno de mis mejores amigos, Smithers Genoveva. Un luchador, superviviente y un apasionado de la literatura, como has

podido comprobar.

—Es un placer, señor Genoveva. Vuestro hijo se parece mucho a vos.

Smithers besó el dorso de su mano con galantería.

—Por favor, ante todo háblame de tú. Darren me ha contado lo que ha sucedido, y los amigos de él son amigos míos. —Sonrió—. ¿De modo que has conocido al diablillo?

Gael asintió.

—Es un niño encantador.

—No te dejes engañar, no es tan dulce como parece.

Gael no sabía por qué la mayoría de los padres tendían a exagerar sobre sus hijos, ya fuesen muchachos buenos o traviosos. Sus tíos también habían tenido siempre esa costumbre.

—Tienes una casa preciosa —le dijo. Hasta ese momento todo lo que había visto era soberbio.

—Gracias. Es una lástima no poder lucirla tanto como quisiera mi esposa.

—¿Por qué no?

Smithers paseó la mirada por la biblioteca.

—No soy una persona a la que le guste hacer reuniones y tener invitados.

—Yo no quisiera molestar —dijo incomoda. Miró a Darren, pero él estaba entretenido leyendo la fábula.

—Por supuesto que no lo haces. Deja que te diga que conocer a un amigo de Darren es un grato placer para mí. Como ya sabrás, él no posee muchos.

Darren alzó la vista del libro y lo miró con una ceja arqueada.

—¿Desde cuándo sabes tú de mis amistades?

—Leo los periódicos, *mon ami*.

—No creas todo lo que digan.

—De haberlo hecho ya os hubiese dado por muertos a ambos. —Smithers volvió la cabeza hacia Gael con una sonrisa amable—. He venido a buscaros para avisar que en treinta minutos cenaremos todos juntos en el comedor, y nos encantaría a mi familia y a mí que nos acompañaseis. Ya mañana podréis seguir investigando esto.

Darren asintió. Se frotó la cara con las manos.

—Tienes razón, Smithers. Creo que Gael se merece una tregua. No la he dejado descansar en toda la tarde. —Le ofreció el brazo. Gael apoyó la mano sobre su manga.

—Me encuentro bien. Además, se me han pasado las horas volando —respondió. Bajo sus dedos sentía el calor y la fortaleza del brazo de Darren. Era duro como una piedra—. ¿Os conocéis desde hace mucho?

—Desde hace varios años —reconoció Darren—. Se puede decir que me desahogo con él.

—Así es —respondió este—. Soy su paño de lágrimas.

—¿Y también conociste al padre de Darren?

Smithers asintió.

—Era una gran persona. La pena fue que coincidimos muy pocas veces antes de que sufriese el

terrible accidente.

Capítulo 10

La cena se convirtió en una velada muy grata y familiar. Los señores Genoveva eran personas comprensivas y cordiales que en todo momento hicieron sentir a sus invitados como si estuviesen en su propia casa. A Gael incluso María le había subido varios vestidos que la esposa de Smithers no había usado. Había sido una locura de su esposo querer regalarle prendas tan bonitas cuando recién había dado a luz a Bruce y su cuerpo hinchado no entraba en la ropa. Solo aquella noche cuando había buscado algo para poder dárselo a su invitada se había dado cuenta de que seguía guardando esos vestidos en el ropero.

A Gael le estaban algo largos, sin embargo, la destreza de María ayudó a que aquella noche vistiese correctamente con un modelo azul y blanco sin desentonar con el resto.

Darren no tuvo duda de que Gael era una mujer muy bonita, obviando su terquedad. Sus ojos eran dos esferas de plata líquida rodeados de largas y rizadas pestañas en color humo; la cara delicada, de rasgos finos; mejillas tersas, más sonrosadas cuando él la miraba. Todo en ella era delicioso: los labios, la nariz ligeramente respingona de un modo casi gracioso, su cuerpo... Y, sobre todo, y para remate, su estupendo cabello de espesa melena rubia que caía sobre su espalda como una capa de armiño. La belleza de Gael no surgía hasta que no se la conocía. Él no habría reparado nunca en ella si Megan Roswet no le hubiese confesado que su prima había espantado a los rufianes aquella noche.

Después de compartir un ambiente muy distendido y relajado se retiraron a descansar. Darren acompañó a Gael hasta la recámara aconsejándole que durmiera bastante, ya que al día siguiente iban a trabajar duro para intentar desentrañar el misterio del diario. En la puerta se atrevió a cogerle de la mano para posar los labios en el dorso. Gael enrojeció y se tuvo que recordar que cerca de aquel hombre peligraba su virtud, aunque él mismo no lo sabía.

Volvieron a resonar en su cabeza las palabras de Megan diciéndole que el conde y ella hacían buena pareja. Quiso apartarlas. Existía una extraña conexión entre ellos, eso no podía negarlo. Bastaba con que la mirase para hacer que sus piernas flaquearan. Mas sabía que si en ese momento estaban juntos era por el propio interés de cada uno. El del Darren, averiguar sobre su padre; el de ella, sobre su don.

Estaba agotada y enseguida se quedó dormida. Empero despertó en el plano astral e hizo lo más estúpido que podía hacer. Fue al cuarto de Darren.

Él estaba acostado con el torso descubierto y un pantalón holgado de algodón oscuro. Si vestido tenía un cuerpo admirable con su hechura y sus proporciones perfectas, semidesnudo le recordaba al rey David. Una escultura de Miguel Ángel Buonarroti que representaba al rey poco antes de enfrentarse a Goliat.

¿A qué sabría su piel?

¿Cómo sería su tacto?

¿Cuán firmes y duros eran sus músculos?

Con dedos temblorosos recorrió su amplio pecho. No pudo sentir los rizos castaños, aunque imaginó que eran suaves.

Darren se movió, apretó la mandíbula y su respiración se volvió más pesada.

Ella retrocedió, avergonzada. No tenía ningún derecho de invadir su intimidad. Cerró los ojos con fuerza y pensó en la residencia de Megan. Cuando volvió a abrirlos respiró aliviada. Se encontraba en su alcoba en Londres.

Lo primero que hizo fue observar detenidamente que nada hubiese cambiado en el dormitorio. Estaba segura de que Megan había dejado algo para ella. Alguna vez se había comunicado con un miembro de su familia en ese estado.

Vio que el cajón del tocador se encontraba ligeramente abierto. En su interior había una carta escrita por su prima.

Necesito con premura que me hagas saber que te encuentras bien, de lo contrario comenzaré a lanzar tus cosas por la ventana y no tendré más remedio que decírselo a mis padres. Un señor llamado Philip me trajo una carta escrita por Darren pero no es suficiente. Tú me entiendes.

Te quiere,

MEGAN

Pd: Estoy preocupada.

Sonrió divertida.

La carta estaba escrita sobre un papel de arroz rosado que no dudó en estrujar con fuerza. Lo arrojó bajo la cama. De ese modo le probaba a Megan que había estado allí.

Atravesó la recámara en dirección al dormitorio de su prima y en el camino se detuvo a observar por la ventana. Como un calco de hacía dos noches, la carreta seguía estacionada en la calle.

Preocupada cruzó la puerta de la habitación de Megan. Estaba iluminada con una lámpara de sobremesa lacada en marfil que había sobre la cómoda. Las paredes forradas en satén rosado hacían juego con las cortinas del dosel de cuatro postes y las que cubrían las dos ventanas. La luz que emitía era dorada y tenue, lo suficiente como para ver sobre la cama, tan desnudos como sus madres los trajeron al mundo, a Megan y Louis haciendo el amor.

Gael cerró los ojos con fuerza mas no se pudo quitar de la cabeza la imagen de las nalgas de Louis.

Se tapó los oídos para no escuchar los suspiros ni los escandalosos gemidos de los amantes y

les dio la espalda. Había ido allí con toda la intención de tranquilizar a Megan y ¿qué hacía ella? Hacer el amor con Louis. ¿Y si realmente hubiese muerto? Enojada caminó hacia la salida.

—¡Gael! —exclamó Megan saliendo de debajo de Louis—. ¡Sé que estás aquí! Puedo sentirte.

Gael la miró sobre el hombro.

«Puedes sentirme», se dijo furiosa. Tiró contra el suelo la lámpara, al pasar junto a ella.

En la oscuridad vio que Louis se incorporaba, así a Megan de la cintura y le decía:

—No te preocupes, querida. Ella aparecerá. Seguro que es como tú dices y no estaba dentro de la biblioteca cuando se incendió.

Megan le ignoró, apartándole las manos. Corrió a recoger la lámpara y la encendió de nuevo. Sus ojos azul cobalto recorrieron el dormitorio con el ceño fruncido. Comenzó a murmurar y miró a Louis de arriba abajo. Se puso colorada.

—¡Tápate, por Dios! Ella puede verte.

Diciendo esto Megan agarró la bata y se la puso.

Louis frunció el ceño. En un acto reflejo tiró de las sábanas y se la colocó alrededor de sus caderas.

—¿Quién puede verme?

—Ella, Gael.

—¿Te encuentras bien, querida?

Megan se puso más roja. Se giró a él con una sonrisa tierna y le empujó a la cama.

—Me encuentro divinamente, amor, no te preocupes. Ahora mismo regreso. No puedo entender qué me ha pasado. —Se tocó la sien—. Voy a por un poco de agua.

Gael la siguió cuando esta salió y fue directa al tocador de la alcoba. Megan buscó la hoja rosada y la sacó de debajo de la cama. La arrugó todavía más y suspiró.

—Espero que tengas una buena excusa para hacer esto, Gael. Primero el susto que me diste. —Se cruzó de brazos y habló en todas direcciones—. Y ahora no se te ocurre otra cosa que entrar cuando... cuando Louis y yo... ¡va a pensar que estoy loca!

Megan no supo la suerte que tuvo de no poder escucharla.

Era la primera vez que Gael veía a dos amantes retozando y la escena no era para nada ofensiva o vulgar. Se imaginó a sí misma con Darren y despertó de golpe en su cama. Sus mejillas ardían.

Se obligó a dejar de pensar en él y tras lavarse, untarse el ungüento de María en el tobillo y vestirse, bajó al comedor. Estaba agotada y sus movimientos eran lentos. Apagar las luces del dormitorio de Megan y cambiar la carta de lugar había supuesto un esfuerzo enorme.

Era temprano pero el objeto de su deseo ya estaba allí.

—Darren.

—Buenos días, Gael. —Él se puso en pie para recibirla—. ¿Qué tal has descansado?

—Bastante bien, gracias. ¿Y tú? Advierto que eres muy madrugador.

Él sonrió.

—Me gusta levantarme temprano y ver amanecer. —Señaló el ventanal. El sol comenzaba a asomar tras el tejado de las caballerizas—. Tú también te levantas pronto.

—En la casa de mis tíos tengo la costumbre de salir a cabalgar todas las mañanas.

—Si lo deseas podemos salir. Smithers tiene unos ejemplares preciosos.

Gael se miró su vestido amarillo pálido y negó con la cabeza.

—De haberlo sabido me habría puesto mi ropa. No me gustaría estropear la de la señora Genoveva.

Él enarcó una ceja oscura de manera inquietante.

—Si te encuentras en esta situación es mi culpa, de modo que no te preocupes por eso. Si algo se rompe yo correré con los gastos.

—Eres el responsable, sí, y no pienso negártelo, pero no quiero seguir reprochándotelo. Reconozco que yo también he aportado mi granito de arena. Por otro lado, tampoco pienso aceptar nada que no sea indispensable.

Darren se acercó hasta ella. Tanto que pudo sentir su aliento en la cara.

—No te lo he preguntado, Gael. Es mi deseo.

Ella tragó con dificultad. Tenía que concentrarse en la conversación, de otro modo él se iba a dar cuenta de que todo su cuerpo palpitaba al tenerlo tan cerca. Enderezó los hombros y caminó hacia la ventana. Los rayos de sol la bañaron, inundándola de un calor agradable.

—Insisto, Darren. No quiero, ni necesito, que nadie me mantenga. Esto solo es algo provisional. Además, aún me molesta un poco el tobillo para cabalgar.

—Gael. —Ella dio un respingo al escuchar el susurro junto a su oído. No le había oído acercarse. Una fuerte corriente eléctrica atravesó su cuerpo. Una descarga atterradoramente sexual—. Estoy obligado.

—No, no lo estás —dijo con el corazón galopando en su pecho con furia.

Sus cuerpos se rozaron.

—Sabes que sí.

Desconcertada, se dio la vuelta y, a modo de defensa, le puso una mano en el pecho. Otra vez volvió a sorprenderse. Fue como tocar una roca sólida. ¿De qué estaba hecho ese hombre?

—De acuerdo, por mí está bien, salgamos a cabalgar un poco —dijo alejándose de él.

—Qué fácil me ha resultado convencerte. —Darren regresó a la mesa y cogió una rebanada de pan tostado—. Gael, no temas. No pienso seducirte en un comedor que no es el mío.

Ella lo miró.

—¿Quieres decir que esto ha sido un plan para salirte con la tuya? —Él no respondió y siguió masticando la tostada—. ¡No puedes hacerme eso!

—Tienes razón.

—Siempre me das la razón, pero luego vuelves a hacer lo que te da la gana. Me tratas como si

fuese tonta, y estás muy confundido conmigo. Si estoy aquí, tú lo has dicho antes, es porque ambos, los dos, estamos metidos en un lío.

—Es mi mayor deseo que se solucione rápido. —Darren salió por las dobles puertas sacudiéndose las migas de pan de las manos.

A Gael le costó varios minutos tranquilizarse. Odiaba que jugase con ella de aquella manera.

Salió a buscarle al porche y sin pronunciar palabra caminaron hacia las caballerizas. El conde eligió un hermoso caballo castaño y a ella le entregaron una preciosa yegua moteada. Un lacayo se apresuró a ayudarla a montar.

Como era de esperar él, era un jinete magnífico, pero Gael no se le quedaba atrás. Cabalgaba desde que apenas levantaba un palmo del suelo. No tenía la elegancia ni la clase de Darren, sin embargo, según dijo él después cuando se reunieron de nuevo en el comedor, ella era soberbia.

Más tarde, tras saludar y departir un poco con la familia Genoveva, se encerraron en la biblioteca, dispuestos a continuar con la investigación.

—¿Por dónde vamos a empezar? —preguntó ella con el diario en la mano. Se había sentado en uno de los divanes y Darren ocupaba el del frente.

—Había pensado que podíamos elaborar las preguntas que le vas a hacer a Charly Bestman. Debemos pensar en tu publicación, pero es obvio que necesitamos sacarle la información que precisamos. Varias cuestiones deberán estar relacionadas con el trabajo que compartía con mi padre. Como si de algún modo quisieras honrarle o nombrarle por su trabajo. Ya me entiendes, una especie de mención al antiguo conde de Silverstone.

—¿Me lo vas a presentar tú? Si es así, es posible que sospeche algo —apuntó ella.

—Lo sé, por eso he pensado que Smithers sea el que se ponga en contacto con el periódico de Cornualles y ellos que se encarguen de presentarte, con la excusa de que colaboras para un nuevo artículo.

Gael arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Podéis hacer eso?

—Con influencia se logra cualquier cosa. Por cierto, se me ha olvidado preguntarte ¿sabes pelear?

Los labios de Gael formaron una mueca irónica.

—Define la palabra pelear.

Él frunció el ceño.

—¿Debo explicarlo?

—¿Darren, por Dios! ¿Acaso piensas que el señor Bestman querría hacerme daño sin conocerme?

—Eso no responde a mi pregunta.

Gael asintió con la cabeza. No entendía a dónde quería llegar.

—Sé manejar un revólver, ¿eso es suficiente?

—Deberá serlo. Te conseguiré uno.

—Como quieras.

—Gael, ¿de dónde has salido tú?

Ella se sorprendió.

—¿Cómo dices?

—¿Qué dama sabe manejar un revólver, se levanta temprano para ejercitarse y quiere escribir un artículo sobre lo paranormal?

Tardó unos segundos en responderle. ¿Su pregunta era una ofensa o un halago?

—Reconozco que soy un tanto peculiar en mis aficiones —respondió.

—¿Un tanto? —repitió él con un toque de humor—. Yo diría que bastante. —Dejó de sonreír para mirarla con fijeza—. Tienes un don especial.

Ella se estremeció y su corazón se saltó un latido.

—¿Cómo lo sabes? —Al ver que él la miraba intrigado, se apresuró a decir—: Para el resto del mundo soy un bicho raro.

—El resto del mundo es estúpido.

Gael apretó los labios para contener una sonrisa. Comenzaba a pensar que podía confiar en él con el corazón en la mano y contarle su secreto.

Continuaron planificando la entrevista con el señor Bestman y luego se dedicaron a buscar en los libros temas relacionados con la descongelación en seres vivos. También Gael aprovechó para escribir una carta a Megan para que se la entregasen a Louis y este se la pudiera dar a ella sin que nadie sospechase.

—¿Te fías mucho de Philip? —preguntó ella.

—No es la primera vez que me lo preguntas, Gael. Pero sí, bastante.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de su fidelidad?

—Porque de lo contrario ya tendría aquí mismo a mis enemigos.

Gael admitió que él llevaba razón. Si Philip no fuese de fiar ya habría vendido esa información a los asaltantes.

Capítulo 11

En ningún libro, tomo o revista se recogía la experiencia de que algún humano hubiese resucitado tras morir congelado. Teórica y físicamente, en cuanto el corazón dejaba de latir el sujeto fallecía sin más.

Gael pensaba que no estaban estudiando bien la idea del diario, pero Darren estaba empeñado en seguir por ese camino. Como no había otras vías por donde continuar la investigación, y ya llevaban más de una semana confinados allí, ella comenzó a salir de vez en cuando de su encierro para conocer la casa y charlar con Bruce o con la señora Genoveva. A Smithers no lo veía mucho por casa.

En la biblioteca con Darren no todo era trabajo. Él le contaba cosas de su niñez, anécdotas sobre sus padres.... Comenzó a comprender lo horrible que debía ser sentirse siempre el centro de atención. Era algo inevitable por el hecho de ser el hijo de un científico al que la sociedad tachó de loco. Ella no lo hubiera soportado. Tal vez hubiera emulado al señor Genoveva y a su familia y hubiera construido su propio Edén para no tener que ver a nadie más. Porque la propiedad era un hermoso paraíso: los impresionantes jardines de setos geométricos; las torretas que acariciaban el cielo y que recordaban las altas almenas de los castillos de los cuentos de princesa; los enormes ventanales altos; las curvas y bóvedas de los techos; los elaborados detalles barrocos que componían el mobiliario... Cada cosa, cada lugar y objeto tenían su personalidad. Smithers no se había privado de nada, pero sin duda, para Gael, su lugar preferido era el patio central de la casa. Su silencio solo era roto por el sonido burbujeante de una cascada artificial donde sus aguas caían en un ovalado estanque con peces de colores.

Aquella noche volvió a abrir los ojos en el plano de los sueños y escuchó unos extraños ruidos. Golpes secos y ahogados que venían desde algún lugar de la casa.

Fuera se había levantado una ventisca que arrastraba hojas y palos secos por el sendero de gravilla. Las ramas de los árboles del jardín exterior también se agitaban al son de una dulce melodía.

Gael se dejó llevar por el sonido. Era un ruido constante pero desigual. A veces apagado y en otros momentos como fuertes pisadas sobre el suelo.

Pasó cerca de la recámara de Darren y resistió el impulso de entrar. No quería invadir su intimidad ni sucumbir a la tentación que él le producía. Seguramente su tía Katia le diría que por

sus pensamientos pecaminosos iba a acabar ardiendo en la hoguera del fuego eterno. Y a esas alturas no le extrañaba en absoluto. No podía dejar de pensar en él ya fuese despierta o dormida.

Haciendo el esfuerzo de alejar aquellos pensamientos de sí continuó caminando por el oscuro corredor. Lo que encontró al atravesar el muro la dejó boquiabierta.

Darren se hallaba en medio de una sala en penumbras. Solo vestía un ancho pantalón de algodón que se sujetaba en sus caderas. De cintura hacia arriba era todo músculo y piel dorada. Pecho amplio, abdomen fuerte... La imagen era tan espectacular que por un momento creyó que era fruto de su imaginación impura y obscena.

Él entrenaba con un par de sacos de arena que colgaban de unas vigas bajas del techo. Con la agilidad de un felino golpeaba los sacos con los puños y las piernas. Toda su piel brillaba por el sudor. Los ligamentos, los tendones, la musculatura en general se contraía y estiraba como las cuerdas de un arco.

Le sorprendió su fuerza, las líneas firmes y duras que conformaban su torso, sus abdominales rectos y planos.

Le temblaron las piernas cuando imaginó ese cuerpo sobre el suyo. Igual que había estado el de Louis sobre el de su prima. Quería hacer el amor con Darren. Quería tenerlo para ella.

Asustada de sus tórridos pensamientos necesitó huir de allí y respirar. Al darse la vuelta vio de reojo varios documentos sobre una mesita, junto a una jarra de agua y un vaso. Se acercó a mirar para distraerse en algo que no fuera el magnífico cuerpo del conde. Los papeles eran varias notas y una carta que había enviado la gaceta de Cornualles donde Charly Bestman daba su consentimiento para que le entrevistase.

Llevó la vista hasta Darren tratando de descifrar por qué se lo había ocultado. Su rostro ferozmente apuesto se veía furioso mientras luchaba contra los sacos. El cabello húmedo le caía sobre el cuello en desorden y con algunos movimientos le azotaba las mejillas.

Gael respiró hondo y, armándose de valor, colocó su mano sobre el nombre de Bestman. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando los abrió de nuevo le costó ubicarse. Todo a su alrededor era extraño y grande. No se parecía a nada de lo que hubiese visto antes. Se trataba de una sala llena de máquinas de hierro y acero que se asemejaban a enormes surtidores de agua como los que recogían la lluvia en algunas ciudades. Amplias cisternas que iban desde el suelo hasta el techo. Contra las paredes había mesas con tubos de ensayos, mecheros, potes... todo bien etiquetado con nombres y fechas.

El centro de la sala estaba ocupado por dos altísimos estanques artificiales cuadrados llenos de lo que parecía ser agua. Dentro de cada uno de ellos, invadiendo casi toda la piscina, poseía otro un poco más pequeño fabricado en un material transparente. Esas cajas contenían tres aberturas redondas en la superficie y por ahí bajaban varios tubos de goma amarilla en uno, y de goma roja en el otro. Toda esa estructura contenía pasarelas oscilantes sujetas al techo con gruesos cables para poder admirarlo todo desde arriba.

Gael se llevó las manos a las mejillas. Se estremeció. No le gustaba el sitio. Le provocaba un

temor asfixiante.

Más allá, en un cuarto adyacente había multitud de camillas de acero.

«Una sala de hospital», pensó intrigada.

Escuchó voces y seguidamente entró un número bastante importante de personas. Todas parecían estar visitando el lugar. Algunas con dudas, otras más emocionadas. Había hombres, mujeres y niños. Todos ellos coincidían en sus humildes maneras de vestir. La mayoría pobres indigentes, ladronuelos o rameras que salían por las noches a la calle en busca de alimentos o algunos chelines que llevarse al bolsillo.

Un hombre con bata blanca de rostro enjuto y pelo cano les guiaba por una de las pasarelas. No parecía que le gustara mucho dirigir a esas personas y lo hacía con desgana.

—Estos tubos de aquí son el oxígeno —explicaba señalando las gomas que entraban en las urnas de cristal. La gente observaba lo que él indicaba—. Estos receptáculos —señaló las cisternas—, contienen alcohol isopropílico y tienen la capacidad de alcanzar temperaturas extremadamente bajas. —Se volvió al grupo con rostro inexpresivo—. Podría congelar cualquier cosa.

Los niños y las mujeres exclamaron excitados.

—¿Cuándo nos van a pagar? —preguntó alguien que no parecía muy interesado en lo que le estaban diciendo.

—Más tarde, señores. Primero deberán cumplir con sus trabajos.

—¿Por qué no se deja de necedades y nos dice qué tenemos que hacer? Estoy comenzando a pensar que esto es una pérdida de tiempo —dijo otro con impaciencia.

El señor de la bata blanca se ofendió.

—¿Una necesidad? ¿Cómo osa decir algo igual? ¡Esto es un avance de la ciencia y ustedes serán los primeros en demostrarlo! ¿No quieren vivir más tiempo? ¿No están aquí por eso?

—Pero también por nuestro dinero. Nos ha prometido bastante dinero.

El resto de la gente comenzó a preocuparse dando la razón a su compañero.

—Y así será. —Él guía señaló a un hombre de exquisita elegancia que acababa de entrar en la sala seguido de varios tipos—. El señor Pembroke es el dueño de estas soberbias instalaciones y quien tendrá el gusto de pagarles.

Todos se giraron hacia el recién llegado, que se había colocado de un modo estratégico en una especie de alto pódium para observar al público desde una posición privilegiada. Gael apreció que era un hombre guapo y bien parecido. Joven, delgado, alto, con el cabello oscuro recortado sobre la nuca y un corto bigote sobre una boca bonita. Por su manera de vestir y sus ademanes adivinaba que se trataba de una persona importante y adinerada. Un aristócrata seguramente. La escolta que llevaba no era como los tipos que habían querido entrar en Silverstone. Estos, aseados y bien vestidos, mantenían el cuerpo firme, la cabeza en alto y la mirada fija en algo que solo ellos podían ver.

—Ante todo me gustaría darles las buenas noches por haber accedido a ayudarme con tanta

generosidad —comenzó a decir fuerte y claro el señor Pembroke. Tenía un timbre de voz amable y encantador, y parecía estar dispuesto a recitar el discurso que se había aprendido de memoria, cuando alguien le interrumpió.

—¡No os confundáis! —La gente comenzó a inquietarse—. Estamos aquí porque nos ha prometido una bolsa.

—De acuerdo. —El señor Pembroke, encogiéndose de hombros con indiferencia, hizo una señal a un tipo que se había quedado algo más alejado—. Luke, cierra las puertas.

Todo el cuerpo de Gael se tensó al escuchar el nombre. Volvió la cabeza hacia él. ¿Podría ser Luke, el mismo que quería matarlos? Lo observó con fijeza intentando memorizar cada detalle. Era de construcción fuerte, aunque de estatura más bien baja. Tenía unos ojillos pequeños y redondos como dos canicas, una boca ancha y desdentada.

Por un momento la sala quedó en completo silencio cuando el hombre pasó una gruesa cadena entre los pasadores de las dobles puertas. Poco a poco comenzaron de nuevo los murmullos.

—Doctor Bestman, cuando quiera puede empezar —ordenó Pembroke.

Con interés, Gael siguió al doctor. Fue fácil identificarle con la bata blanca y unos lentes bastos con un cristal tan gordo que sus ojos se veían enormes. No tenía ningún aspecto de hipnotizador, sin embargo, a una palabra suya consiguió que todos los presentes guardasen silencio de nuevo y dieran un paso adelante. Cogió un tubo de goma amarillo.

—El aire se coge por la boca —explicó.

Ante los atónitos ojos de Gael, la gente comenzó a introducirse uno a uno en los tanques transparentes, por las aberturas. El agua en el que estaban sumergiéndose debía estar caliente para que nadie se quejase, al contrario, muchos parecían sentir placer al hundirse.

Reparó en que no había suficientes tubos de oxígeno para todos. ¿Por qué nadie se daba cuenta? Aguantó la respiración, aterrada.

La gente que estaba hundida esperaba que les llegase el turno de aspirar por la goma. Se pasaban el oxígeno los unos a los otros como si fuera una pipa de tabaco.

Aquello era confuso e irreal, tanto que Gael pensó que estaba dentro de un sueño. De una pesadilla. Tuvo un ataque de pánico. No podía respirar. No podía moverse ni reaccionar. Y mientras tanto, todas aquellas personas se acomodaban en el interior de las urnas tratando de no flotar y mantenerse quietos.

Bestman cerró las tapas redondas de los tanques y la chusma comenzó a ponerse nerviosa. Ahora ya no se pasaban las gomas de los oxígenos con amabilidad. Luchaban por ellas.

Gael sentía que se ahogaba. La ansiedad apretaba con fuerza su garganta. Corrió hacia la escalera que llevaba a las pasarelas. En frente, el señor Pembroke anduvo hacia una máquina y manipuló una de las palancas.

Se desató el infierno en los tanques. La gente se agitaba, gritaba en el agua golpeando las urnas. Se ahogaban.

Gael estuvo a punto de vomitar al darse cuenta de que habían cerrado el oxígeno. Los niños...

las mujeres... todos se estaban muriendo.

Escuchó la voz del señor Pembroke:

—Cuando estén todos, ya sabe lo que tiene que hacer, Bestman.

—No debimos traer a tantas personas. La gente comenzará a hacerse preguntas.

—No lo creo. Nadie echará de menos a estos pobres desgraciados de Whitechapel.

Charly Bestman se quitó la bata. Iba a decir algo más, pero clavó sus ojos en los de Gael.

Ella reprimió una exclamación. Se mantuvo quieta cual estatua de granito. No podía verla. Era imposible que el hombre la viese. ¿Lo era?

El doctor frunció el ceño, miró en derredor y pasó en dirección de las cisternas.

Con un suspiro de alivio los ojos de Gael se fueron una vez más a las urnas. Los cadáveres flotaban. Se mecían con suavidad, chocando los unos con otros. Sus rostros se hallaban desfigurados por el sufrimiento.

Se culpó de no haber podido hacer nada para salvarlos.

Darren se vació la jarra de agua sobre la cabeza. Después se secó el torso con una toalla. Había intentado cansarse para poder conciliar el sueño, pero relajarse y dormir parecía imposible esa noche.

Se disponía a vestirse y hacer una escapada nocturna a lomos de alguno de los caballos. Tal vez galopar y dejar que el aire le golpease en la cara le iba hacer bien.

Un grito femenino le hizo agudizar los sentidos. Reconoció la voz de Gael y corrió hasta la alcoba. Empujó la puerta con violencia y penetró en la estancia buscando cualquier cosa que supusiera un peligro. Pero no encontró a nadie más que a ella revolviéndose entre las sabanas. De dos largas zancadas se acercó.

—Es solo una pesadilla, Gael. Despierta.

Ella abrió los ojos y rompió a llorar. Todo su cuerpo temblaba.

—¡Los han matado a todos! ¡Yo no podía hacer nada, no he tenido tiempo de reaccionar! Ni siquiera sabía qué se proponían.

—Ha sido solo un sueño.

Gael sacudió la cabeza con violencia.

—¡No! ¡Era real! —exclamaba entre sollozos. Darren se sentó a su lado—. Había niños... y... algunos eran tan pequeños.

—Escúchame. —Le levantó la cara y acarició su mejilla con el pulgar—. Mira a tu alrededor. Solo ha sido un sueño. Compruébalo tu misma. Voy a prender la lámpara.

Gael dejó de llorar.

—Los han matado —balbuceó aterrada.

La habitación se iluminó de repente. La cama crujió cuando Darren se sentó nuevamente sobre

el colchón, no sin antes asegurarse de que en verdad no había nadie más en la habitación a parte de ellos.

—Todo es fruto de la mente, que a veces nos juega una mala pasada. Gael, mírame. —Le puso una mano sobre la nuca—. Estamos solos.

Ella asintió y su llanto fue cesando.

—Lamento haberte molestado, Darren.

—No lo has hecho. —Atrapó entre sus dedos una lágrima y la estudió como si nunca hubiese visto nada parecido—. Estaba al lado y te oí gritar. ¿Te encuentras ya mejor?

Gael asintió y negó a la vez.

—¿Y si es verdad que el señor Bestman tiene el poder de hipnotizar? De ser así podría hacer lo quisiera con quien quisiera. Sería capaz de dominar la mente de las personas.

—No creo que sea capaz de hacer eso. Imagina un poder como el suyo. Eso lo podría convertir no solo en el hombre más rico y poderoso de Inglaterra, si no del mundo entero. Y sin embargo no lo es.

Ella lo miró pensativa.

—Tienes razón.

No pudo evitar fijar su mirada sobre los rosados labios femeninos. Estaban húmedos y brillantes y lo llamaban como el canto de una sirena. Hilos invisibles tiraban de él para que los saborease, para lamerlos y probarlos. La cercanía le turbaba, le encendía la sangre.

—Será mejor que me marche y te deje dormir tranquila. —Se puso en pie y se alejó hacia la puerta. Allí se giró a observarla—. Escúchame bien, si tienes miedo de hacer esa entrevista, lo comprendo. No tienes por qué hacerlo.

—No tengo miedo —respondió—. ¿Cuándo podré verle?

Darren se frotó las manos.

—Mañana lo hablamos con tranquilidad.

—Como quieras.

—Bien, entonces está todo arreglado.

—Muchas gracias por haber acudido tan aprisa.

Capítulo 12

A la mañana siguiente Gael trató de disimular las ojeras con un poco de polvo de arroz. No había querido volver a dormirse de nuevo y había pasado el resto de la noche escribiendo una carta a sus tíos.

Cuando las primeras luces inundaron la habitación se cepilló el cabello y lo recogió en un moño ahuecado.

El pie ya no le dolía en absoluto. Salió de dormitorio. Necesitaba distraerse con algo. Cada vez que cerraba los ojos veía cuerpos flotando en el agua; miradas enloquecidas de aquellos que se estaban dando cuenta de que iban a morir.

—Buenos días, Gael. ¿Qué tal estás?

Sonrió a Bruce. El niño vestía un elegante traje con pantalones bombachos y medias de hilo fino hasta las rodillas. Su nana le había peinado una perfecta raya en el lado izquierdo de la cabeza después de humedecerle el pelo.

—Bien, gracias.

—Hoy tenemos visita.

—¿Ah, sí? ¿Se trata de algún familiar tuyo?

Él niño negó con la cabeza.

—Es la señorita Taylor. Una amiga de tío Darren. Yo todavía no la he visto pero mi madre dice que es muy hermosa. ¿La conoces?

Gael se detuvo a medio camino y juró con el pensamiento. ¡Maldita la gracia de tener que ver a esa mujer! Aspiró profundamente ocultando su desagrado.

—He coincidido con ella en alguna ocasión, pero no recuerdo que hayamos hablado. Tu madre tiene razón, la señorita Taylor es muy bonita.

—Seguro que no tanto como tú.

—Vaya, muchas gracias. Tú también eres muy guapo, Bruce.

Él sonrió feliz y al hacerlo asomó en su boca una hilera de dientes blancos y pequeños.

—Gael, ¿cómo conociste a tío Darren?

—Su residencia y la de mi prima están una frente a la otra. Somos algo así como vecinos.

—Ah.

—Iba al comedor. ¿Quieres que vayamos juntos?

Bruce asintió.

Con el corazón latiéndole en la garganta bajó al salón en compañía de Bruce. Por suerte, Darren y Elisa habían salido a pasear por la pradera. Almorzó algo con la familia Genoveva. Después la nana llegó llevándose al niño para sus clases matutinas y Smithers se excusó diciendo que tenía cosas que hacer. La anfitriona acompañó a Gael a la biblioteca y, en vez de marcharse como otras veces, prefirió quedarse a hacerle compañía.

Marina Genoveva no sabía leer, pero acudía a la biblioteca a menudo porque le gustaba ver las ilustraciones. Ella, como María, la doncella, también era de la ciudad de Arequipa, situada en el medio de América del Sur.

—Muchas veces me digo que debería aprender a leer, pero creo que es más fácil convertirme en hechicera que en lectora.

—¿En hechicera? —preguntó Gael entre risas.

—¿No has oído nunca hablar de hechiceros, chamanes o curanderos?

Gael se encogió de hombros. En realidad, había leído varios libros sobre ellos.

—De pasada.

—Sus orígenes vienen de ritos prehistóricos formados por danzas mágicas que efectúan en sitios ceremoniales como costumbres de iniciación y demás celebraciones. Algunos aún siguen utilizando la lengua arcaica debido a que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Pueden expulsar demonios, remediar enfermedades y fabricar amuletos de buena suerte.

No había imaginado que Marina entendiese sobre ese tema y le sorprendió.

—¿Pero cómo es posible que hagan todo eso? ¿Los demás los creen o piensan que son puros inventos? —Quiso saber Gael con la mirada fija en ella—. ¿Es demostrable?

Marina asintió al tiempo que le sonreía con amabilidad.

—Allí en Arequipa todos creemos en ellos. El chamán posee conocimientos individualizados y capacidades especiales.

—¿Pero cómo? Disculpa que pregunte tanto. Me interesa mucho por mis artículos.

—No importa, Gael, me gusta hablar contigo. Me transmites seguridad. Cuando he contado estas cosas a otras personas que me han preguntado, siempre he notado la incredulidad, y hasta la risa que les da.

—A mí no me parece gracioso y en verdad me interesa mucho. Además, dentro de poco me entrevistaré con alguien que dice que hipnotiza a las personas y me hace sentir un poco intranquila.

—Lo sé, Darren también comentó su preocupación. ¿Qué es lo que querías preguntarme?

Gael frunció el ceño. Sabía que entre él y Smithers no había secretos, pero no estaba muy segura de si Marina era conocedora de todo.

—¿Cómo consiguen los chamanes sus poderes?

—Estos poderes principalmente provienen de su facultad de comunicarse con los espíritus, sobre todo los espíritus que poseen un poder y un control. La mayoría de los chamanes también

dicen tener una visión remota. Predicen el futuro.

—Pero entonces... ¿Nacen con ese don o lo desarrollan a lo largo de la vida?

—Se les otorga por la divinidad durante algún ritual después de una iniciación. Pero también hay quienes los heredan de algún familiar, padres o abuelos. —Gael nunca había escuchado que sus parientes lo tuviesen, pero podía ser posible ya que no sabía mucho de ellos—. Otros hechiceros los adquieren al ser curados mágicamente de una grave enfermedad.

—Marina, ¿usted conoce a alguien? ¿Ha vivido alguna experiencia... sobrenatural?

—Mi abuelo está considerado como uno de los dioses de nuestro pueblo, sin embargo, en mi familia no se ha dado más casos —manifestó con pesar—. A mí me hubiese gustado heredarlo. Sé que quieres escribir un artículo para demostrar que esta clase de dones no existe. Si lo deseas, yo te invito a que conozcas a mi abuelo.

Gael se ruborizó. Era obvio que Darren había hablado de ella.

—En realidad... bueno... yo no digo que no existan. Es cierto que le dije a Darren que... —Se sintió muy incómoda—. En realidad, sí que creo en ellos y lo que me gustaría demostrar es todo lo contrario. Le menté porque me dijeron que él no creía en esas cosas y...

—Lo comprendo. No deseas que piense que estás loca o algo así.

—Algo así —musitó.

—Querida, muchos tienden a empeñarse en querer ver todo lo que no son capaces de entender. Poco a poco anhelarán abrir las mentes y comprender por qué algunas calabazas se pudren y no se secan como otras. O por qué los buitres presienten la muerte de alguien antes de que llegue. Así hay montón de situaciones que no tienen explicación.

Gael sonrió, animada.

—Estaría encantada de conocer a tu abuelo. Creo que lo estoy deseando.

—Seguro que un día de estos. —Se vieron interrumpidas por las voces que venían del pasillo acercándose a la biblioteca—. Creo que ya viene el conde y su compañía.

Con un suspiro inaudible Gael se levantó al mismo tiempo que lo hacía Marina, justo en el momento que Darren y Elisa entraban.

—Buenas tardes, milord, señorita Taylor —saludó Marina con jovialidad—. ¿Habéis disfrutado del paseo? ¿Señorita Taylor?

—Mucho, señora. Dejadme decir que tenéis una hermosa propiedad, me encanta.

Darren carraspeó, se acercó a Gael y con suavidad le tomó del brazo.

—Elisa, te presento a la señorita Roswet. Me salvó de unos asesinos en Londres y por ello le estoy sumamente agradecido.

Lanzando una risa gutural, Elisa asintió tendiendo una mano de largos dedos hacia ella.

—Lo recuerdo, me alegro mucho de que fuéis tan valiente y... temeraria. Muchas gracias por salvar a mi querido conde de la muerte.

Gael tuvo la extraña sensación de que Darren se tensaba a su lado. Estrechó la mano de Elisa con una ligera inclinación de cabeza.

—Si me hubiese parado a pensarlo, es posible que no lo hiciera.

Sin mirarla, Darren sonrió burlón. Ella iba a replicarle, pero decidió callarse. No quería mostrarse irrespetuosa delante de Marina.

—Me alegro entonces de que no os detuviésteis —gorjeó Elisa.

—Darren, ¿es seguro que la señora Taylor haya venido? —inquirió Gael sin poderse morder la lengua—. ¿No es probable que la hayan podido seguir hasta aquí?

Elisa no se tomó muy bien sus palabras, pero a Gael no le importó. Su propia seguridad estaba por encima de todo.

Respondió Marina:

—La señora Taylor ha sido muy imprudente por su parte, pero diremos que ha venido en persona para comunicarnos del fallecimiento del conde. Mi esposo ha ido al pueblo a hablar con el reverendo para que en el próximo sermón haga alguna referencia a milord.

Gael se enojó. Ella tenía el mismo derecho que Darren de poder ver a sus personas más queridas. De haber expresado sus pensamientos en alto habría sonado infantil, y lo último que quería era eso.

Con el porte de una reina salió de la biblioteca disimulando su rabia. Caminó sin rumbo fijo. Necesitaba salir, respirar y calmarse.

—Gael.

La voz de Darren tras de ella la sorprendió, no obstante, no se detuvo, no le apetecía hablar con él o enzarzarse en ninguna disputa.

—Por favor, Gael. ¿Te puedes detener? Me gustaría hablar contigo.

Ella paró con un suspiro hondo.

—¿Qué es lo que quieres?

—No sabía que Elisa iba a venir, pero se va a marchar ya.

Gael se encogió de hombros como si no le importase.

—¿Le has contado que te estoy ayudando en la investigación o solo que por salvarte la vida me veo metida en este embrollo?

—Digamos que solo sabe lo que necesita saber.

Gael se cruzó de brazos y arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Darren le posó una de sus grandotas manos sobre un hombro.

—Desconoce por qué esos tipos quieren asesinarlos —susurró en su oído.

El calor de su aliento la hizo estremecer.

—Quieren asesinarte a ti. Yo soy un efecto colateral.

Él se echó a reír con un sonido cálido y grave.

—Siempre llena de positividad. Me gusta.

—¿Acaso he dicho alguna mentira?

Darren también se cruzó de brazos. No entendía cómo podía ser ella tan cabezona. Estaba

empeñada en decir que le había salvado la vida cuando la verdad era que él estaba preparado para todo desde hacía mucho tiempo. Se le ocurrió que tal vez ella estaba molesta porque en el fondo sentía celos de Elisa. Al pensarlo, algo dentro de él se encendió como una bombilla. Gael estaba enamorada de él, pero no dejaba fluir esos sentimientos.

—¿No me vas a decir nada más? —preguntó ella alzando el mentón con soberbia.

Tenía una barbilla preciosa y tierna que daban ganas de morder y saborear...

—Te agradezco mucho todo lo que estás haciendo por mí, Gael. No sé de qué modo, pero te juro que te compensaré por ello.

Ella lo miró con asombro durante unos segundos. El enojo desapareció de pronto de su rostro.

—¿Te puedo preguntar algo, Darren? —Él asintió—. ¿Dónde está Whitechapel?

Por unos segundos lo dejó descolocado.

—En Londres. Es uno de los peores barrios en cuanto a pobreza y delincuencia. Harían lo que fuese por unas monedas. ¿Por qué quieres saberlo?

—Es solo curiosidad. Escuché el nombre en algún lugar.

—Te aconsejo que nunca vayas a conocerlo. Voy a despedir a Elisa y nos vemos en un rato, ¿te parece?

Ella se encogió de hombros con una mueca de indiferencia y asintió. Pero se volvió a irritar cuando él salió de su vista. ¿Cómo era posible que la convenciese tan pronto? En vez de decirle con claridad lo que la presencia de Elisa le había parecido, se dejaba engatusar por cuatro palabras de disculpa.

Con una maldición poco femenina se marchó a pasear a los jardines exteriores. Cuando volvió a ver de nuevo a Darren su visita se había ido. Gael sabía por Marina que el conde se había enfadado mucho esa mañana al haber visto llegar a Elisa. Saberlo no la hacía sentir bien del todo. Hubiera preferido poder ser visitada también por su prima.

—Philip le comunicó a Megan que te encontrabas bien y le explicó un poco la situación por encima. Imagino que el señor Allen también recibiría tu carta.

—¿Tanto se me nota que estaba pensando en eso? —preguntó ella entrando en la biblioteca. Varias lámparas iluminaban el centro donde estaba la mesa baja con una bandeja de bebidas.

—Me temo que sí.

—Lo siento, Darren, no estoy acostumbrada a estar tan lejos de mi familia. —Tomó asiento en un diván y se sirvió un vaso de agua—. He estado pensando en tu padre. Si hubieran tenido éxito con el supuesto elixir de la vida se habría hecho público enseguida, o como mínimo, el rumor estaría en las calles. Por lo tanto, creo que deberíamos suponer que aún están experimentando.

—¿Experimentando?

—Dijiste que se congelaban los órganos, imagino que con alcohol...

—O nitrógeno.

—¿Cómo dices?

—Existe una forma de nitrógeno puro en estado líquido. Es un gas inerte que desplaza el

oxígeno. Incoloro e inodoro. Se produce en grandes cantidades por destilación fraccionada del aire líquido.

—De acuerdo, puede ser por nitrógeno.

—Continúa, por favor.

—Después de congelar esos órganos se intentan poner en un paciente que los necesite. —Daba escalofríos solo hablar de ello—. Necesitarán un lugar donde llevar a cabo estos... —Darren la miraba fijamente y ella enrojeció—. ... experimentos, propiamente dicho.

—Todo eso solo eran conjeturas, Gael.

—Lo sé —se apresuró a decir—, pero demos por hecho que fue así. Esta explicación es lo que más se parece a lo que cuenta tu padre en el diario.

Él no estaba muy convencido, pero asintió.

—De acuerdo. No será muy difícil saber quién mueve el nitrógeno o el alcohol en grandes cantidades. Podría servirnos de base, sí.

—Si quisieras conseguir un corazón vivo, ¿dónde irías a buscarlo?

Darren se encogió de hombros.

—Si pensase como un médico, primero probaría con el órgano de un animal. Tal vez con los del cerdo que son los más parecidos al de los hombres. —Ella negó con la cabeza—. ¿Te refieres a dónde conseguiría un corazón humano?

—Así es.

—Pues tirando por lo drástico secuestraría a alguien... —Gael volvió a negar—. Me sorprendes. Veo que realmente has estado dándole vueltas al tema. Dime cómo lo conseguirías tú.

—Si fueses secuestrando a una persona cualquiera, es posible que alguien sospechase. Si fuese yo, engañaría a un grupillo que necesitase dinero con desesperación y los llevaría a mi laboratorio. Por supuesto sería gente que no se pudiese echar de menos, por lo que no sucedería nada si no regresan nunca más.

Le parecía increíble, por no decir macabro, lo que Gael estaba diciendo. ¿Cómo era posible que esa carita de ángel, de bellas y delicadas facciones, pudiera estar hablando de un asesinato en masa? Recordó de pronto su pregunta de esa tarde.

—Los buscaría en Whitechapel.

Ella afirmó con la cabeza y bebió un gran sorbo de agua. Darren ojeó con intriga el diario de su padre.

—Hay algo que no me cuentas, Gael. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? ¿Has oído o visto algo en algún lugar?

Ella bajó la vista sobre sus faldas. Murmuró:

—Anoche soñé con ello. Esa fue mi pesadilla.

Durante un rato Darren la observó. Ahora podía comprender el estado tan alterado en el que la había visto. Muchas veces los sueños nada tenían que ver con la realidad. Aunque en ocasiones el subconsciente dejara caer esa clase de pinceladas. El suyo propio le advertía de lo mucho que le

gustaba Gael. Era locuaz, inteligente, cada vez más bonita, terca como una mula, valiente. Seguro que su madre hallaría a la honorable señorita Roswet la candidata perfecta como nuera.

Con desconcierto se sirvió un vaso de whisky y lo apuró casi todo de un trago.

—Todo fue fruto de la imaginación. Pero para quedarnos más tranquilos, ambos, enviaré a alguien a Whitechapel a que averigüe algo. Desde luego, ese sería el barrio ideal, sin dudar.

Ella asintió. Lo que más la preocupaba en ese momento era conocer al señor Bestman. Hipnotizador o no, seguía teniendo la sensación de que él había podido sentir su presencia.

—¿Cuándo podré conocer al doctor?

—En un par de días. El encuentro será en un sitio público. Un café muy cerca de un puesto de flores y un parque. Marina quiere acompañarte y habrá alguien más vigilando.

Gael sintió alivio al saber que Marina estaría con ella.

Continuaron hablando cerca de una hora, volviendo a leer fragmentos del diario. Ella se sentía embargada por el aroma varonil que él desprendía. Era muy agradable. Tanto como lo era su voz cuando citaba alguna frase de la lectura. Lo escuchaba ensimismada.

—Creo que va siendo el momento de dejarlo por hoy —dijo él cerrando el libro.

Gael echó un vistazo hacia la ventana. Estaba oscureciendo. Además, tenía hambre.

Se levantó alisando las faldas. Darren guardaba varios tomos en una de las estanterías.

—Si no te importa, voy a ir adelantándome. Necesito asearme antes.

—Por supuesto. —La llamó antes de que llegase a la puerta—. Espera, Gael. —Se sacó algo del bolsillo—. Esto es para ti.

Con intriga se acercó. Descubrió que sostenía una pistola en la mano. Era pequeña y el metal brillaba como la plata pulida. La examinó con atención y dejó que le explicase el mecanismo. Darren tenía unos dedos largos y elegantes de uñas bien recortadas.

—¿Lo has entendido?

Ella alzó la mirada a él y sus ojos se encontraron. Tragó con dificultad. Le observaba los labios con fijeza.

—Sí —musitó sonrojándose. Tendió la mano para recoger el arma. Se sentía incomoda.

Darren de repente la envolvió entre sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó mientras él la besaba en el cuello. Por inercia, Gael cerró los ojos. Tenía miedo, pero algo dentro de ella le impedía apartarse.

—Pruebo tu piel —murmuró.

—Espera, esto no está bien.

Darren subió su mano hacia arriba ahuecándola sobre su pecho, sin dejar de saborearla.

—¿Por qué?

Gael gimió. Dejó de pensar y por un momento cedió el control a su cuerpo y envolvió sus manos alrededor de su cuello.

Él tomó su boca en un beso apasionado al tiempo que la apretaba más con él. Sus caderas comenzaron a empujar contra las de Gael. Ella se estremeció con el deseo estallando en su

interior. Era tan placentero sentir cómo la boca invadía la suya, cómo su lengua la acariciaba con fuerza, aunque también con gentileza, al igual que su agarre en la espalda y sus movimientos eróticos y lujuriosos. Ya no eran el conde mentecato ni la desconfiada señorita Roswet.

Darren se apartó de su boca y gruñó.

—Porque tú quieres que te bese, ¿verdad?

Gael asintió, extasiada. Nunca se había sentido igual. Estaba más que dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiese.

Darren deslizó la cabeza hacia abajo y posó sus labios sobre el pecho. A pesar de estar sobre la ropa, Gael se sintió arder. La sensación explotó a través de ella y gimió. Introdujo los dedos en la espesa cabellera castaña. Aquello era mucho mejor que sus sueños.

Darren alejó la cabeza de su pecho y se inclinó sobre ella. Volvió a capturarle la boca de nuevo. Lamió y mordisqueó sus labios. Enredó la lengua en la suya, chupando, absorbiendo.

No supo quién puso fin al beso. Supuso que él porque ella no hubiese tenido la fuerza de voluntad suficiente para hacerlo. Acababa de hacer una porción de su más preciado sueño realidad.

Abrió los ojos y se encontró con que él seguía mirándola, estudiándola con satisfacción. Todavía la sujetaba contra su torso e incluso creyó escuchar los alocados latidos de su corazón. ¿O eran los de ella? Gael parpadeó, aturdida.

Darren la soltó con los ojos oscurecidos por el deseo y la entregó el arma

—Si necesitas de nuevo que te explique cómo funciona, yo...

—¿El beso? —preguntó sorprendida.

Él señaló la pistola.

—El arma.

—¡Ah! —Gael, abochornada, dio un paso atrás poniendo una distancia prudente entre ellos—. Creo que lo he entendido todo —respondió huyendo de la biblioteca.

Era eso o lanzarse a sus brazos como una desvergonzada para ser ella quien iniciara esa vez un nuevo y apasionado beso. Y dudaba que solo se conformase con eso.

Llegó a su dormitorio, cerró la puerta y se apoyó en ella jadeando. Esperó un poco hasta que el pulso comenzó a descender su velocidad.

Se acercó al espejo y con manos temblorosas se retocó el moño. Sentía que se le iba a salir el corazón del pecho. Entonces pensó en Elisa y fue como una bofetada en plena cara.

—El maldito conde de las narices —musitó con los dientes apretados. ¿Por qué la había besado si seguramente ese día también había besado a su amante? ¿Tal vez quería comparar? Se preguntó pasándose los dedos sobre los labios—. No, eso no puede ser. Yo no tengo ninguna experiencia con hombres y se ve a kilómetros. Entonces... ¿por qué?

Capítulo 13

Durante la cena Darren no podía apartar la vista de ella. Era como si tuviese un potente imán que lo atraía en contra de su voluntad. Gael, sin embargo, le evitaba. No hacía falta ser adivino para notarlo. Charlaba con Marina, con el pequeño Bruce y con el mismo anfitrión. Pero no con él.

Cuando lograrse averiguar quiénes eran los que estaban detrás de él y de la muerte de su padre, tal vez se plantearía hablar con ella más en serio. Puede que hubiese llegado la hora de sentar la cabeza y formar su propia familia.

Era un necio si decía que la amaba con locura porque no era así. Gael le gustaba mucho. Le parecía hermosa, por no hablar de su gloriosa y dulce boca. Le atraía y despertaba en él extraños sentimientos que bien podían llegar a definirse como amor, con el tiempo. También era una de las pocas personas que se atrevían a desafiarle sin miedo de ofenderle ni herirle. Era como una gatita: mimosa, juguetona y arisca. Pendiente de todo, pero fingiendo no darle importancia a nada. Nunca había conocido a nadie igual. Eso le intrigaba y la hacía diferente al resto de las damiselas que ansiaban cazarlo.

Después de cenar se ofreció a acompañarla hasta el dormitorio. Smithers le recordó que no debían pasar tanto tiempo a solas. Ya no era porque algún criado se pudiese ir de la lengua —era extraño—, todo el personal que trabajaba allí era muy leal. Era más bien porque estaban educando a Bruce con los valores de un caballero y un caballero nunca pondría en compromiso a una dama con la que no tuviera serias intenciones.

Darren apreciaba mucho al niño. Lo conocía desde el mismo día de nacer. Él había estado con Smithers liando cigarrillos y bebiendo whisky en la sala adyacente donde estaba teniendo lugar el alumbramiento.

Bruce se fijaba mucho en él. Lo tenía como referencia. Aquella misma mañana había conocido a Elisa, que le había presentado como a una amiga. Pero también conocía a Gael. Era un poco pequeño para explicarle que no era muy normal que una acudiese a visitarlo sin compañía, y que otra se encerrase con él tantas horas en la biblioteca. Aunque a Darren le constaba que tanto Marina como la propia Gael le habían dicho a Bruce que ambos trabajaban juntos en algo importante y peligroso que debían llevar en secreto.

Caminaron por los largos corredores un junto al otro. Ella no hablaba y Darren no sabía muy bien qué decir. No pensaba disculparse por haberse propasado. Además, tenía la seguridad de que

ella lo había disfrutado tanto como él.

—Espero que esta noche no tengas pesadillas —fue lo único que se le ocurrió decir.

Gael se detuvo y lo miró muy seria.

—¿Por qué lo has hecho, Darren? ¿Por qué me besaste antes?

«¿No puede dejar las cosas como están? ¿Al menos hasta que todo se calme?», pensó él.

—No lo sé —contestó abrumado.

—No quiero pensar que estás jugando conmigo, porque si esta es la manera en que piensas agradecerme la ayuda, puedes ir olvidándolo. No pienso convertirme en tu amante.

—Solo ha sido un beso. ¿Por qué te pones así?

Los ojos grises brillaron salvajes y ella se irritó.

—¡Porque siento que me estás utilizando!

—No juego a nada, Gael, de veras. Sentí el deseo de besarte y lo hice. Y lamento mucho si esperas otra explicación diferente a esta, porque no la hay.

—¡Esperaba una disculpa! —respondió indignada—. ¡No quiero que vuelvas a hacerlo nunca más! ¡No tienes ningún derecho!

—No te prometo nada.

No tenía que haberle dicho eso. Solo sirvió para que ella se llenase de rabia y, sin previo aviso, le agarrara de las solapas de la chaqueta e igual que un perro rabioso le mostrase los dientes. Darren se sorprendió tanto, que sin poder evitarlo le dio la risa. Soltó varias carcajadas al tiempo que la cogía de las manos para que no se le ocurriese abofetearle o agarrarle por el cuello.

—Ten cuidado, Gael, no quiero que te hagas daño.

Ella se enojó más todavía. Si sus ojos hubiesen sido rayos de hielo él habría caído en el acto convertido en pequeñas piedras de granizo.

—¡Eres un patán engreído! ¡Mentecato!

Darren vio cómo se preparaba para darle una patada. Con un pequeño salto se alejó de su trayectoria. Pese a saberla tan enfadada no podía dejar de reírse.

—Ven conmigo —dijo atrapando su mano.

Ella se resistió, pero Darren consiguió llevarla al lugar donde Smithers y él entrenaban. Una amplia sala adaptada con útiles de boxeo, situada cerca del acceso al patio de la casa. Una vez en el centro de la habitación soltó a la mujer de la mano y le señaló un saco de tierra envuelto en suave cuero.

—Golpéalo, Gael.

—¿Por qué iba hacer yo eso? —preguntó recorriendo todo con la mirada, confundida. El gris de sus ojos había adquirido una tonalidad semejante a la plata líquida.

—Para calmar tu rabia. Vamos. —Agarró el saco que colgaba de la viga del techo y lo mantuvo firme delante de él—. Desahógate. —La vio dudar, sin embargo, apretaba el puño con fuerza—. Te sentirás mejor.

Ella lo estrelló en el saco de un modo tan débil que Darren apenas lo notó.

—¡Dale más! —prosiguió incitándola.

Ella obedeció. Los puñetazos fueron ganando velocidad y seguridad. Pero a medida que pasaban los minutos fueron perdiendo potencia.

—¿Estás bien? ¿O quieres continuar?

—Preferiría que fuese tu cara —respondió ella entre jadeos.

¡Había que jorobarse! ¡Todavía seguía teniendo ganas de provocarlo!

—Imagina que lo es. ¡Golpea bien con la derecha!

Gael puso toda la carne en el asador. Pero estaba tan cansada que trastabilló. Dio varios manotazos en el aire. Darren estaba cerca y pudo cogerla antes de que cayese al suelo.

No fue su intención besarla de nuevo, empero con solo ver sus labios entreabiertos y sentir el aliento agitado de aquel que acaba de hacer deporte, se excitó. Sin poder contenerse atrapó sus labios y absorbió su sabor con ansia.

Despertó del trance al sentir que ella le clavaba las uñas en la nuca. Se apartó para observarla. La mujer aspiró una enorme bocanada de aire y soltó:

—¡Me ahogas! ¡No me dejas... respirar!

Darren se maldijo por no poder controlarse. La ayudó a que adquiriese el equilibrio para mantenerse en pie y con dulzura rodeó sus mejillas. Los ojos grises estaban dilatados y las mejillas coloradas.

—Lo siento mucho, Gael. No me di cuenta. —Avergonzado se alejó de ella y la miró preocupado—. ¿Cómo estás? ¿Necesitas que avise a alguien?

—No —contestó acercándose a él, decidida. A Darren no le sorprendía si le abofeteaba. Se lo merecía. Sin embargo, le desconcertó que le echase los brazos al cuello e intentase empujar su cabeza hacia la de ella—. Bésame otra vez.

Sin hacerse de rogar la complació. Exploró su boca y bebió de ella. Acarició su lengua al tiempo que Gael hacía lo mismo con la de él, cada vez más audaz.

Darren la deseaba mucho. Tanto que le dolía. Mas no pensaba hacer nada que ella no quisiera. ¡Dios bendito! ¿Cómo iba a resistirse?

Gael le echó la chaqueta hacia atrás. Él se apresuró a desabotonarla para que saliese fácil. Después comenzó a sacarle los faldones de la camisa del pantalón. ¡Claro que no iba a poder resistirse!

Antes de que ella pudiese desprender los botones, Darren se abrió la camisa haciendo que estos volaran en todas direcciones. Contuvo el aliento cuando empezó acariciarle el torso. Sentía las yemas de sus dedos rozándole la piel, abrasándole.

Él gimió porque Gael no era consciente de lo que hacía ni de lo que eso suponía. Le besaba los labios, la cara, el cuello.

—Gael —murmuró. No quería que parase. Tampoco quería que se arrepintiese al día siguiente.

Dos veces dijo su nombre. ¿O fueron más?

Darren perdió el control que le quedaba y se lanzó a ella como un hambriento. Sin dejar de besarla y acariciarla le quitó la ropa hasta que su piel brilló a la luz de las lámparas. Su cuerpo le dejó temblando y sin aliento: las piernas largas y torneadas daban paso a unas caderas perfectas y una cintura estrecha; su piel marfileña, suave; la delicia de sus dedos y caricias; sus pechos hermosos, erguidos. Toda ella poseía la gracia y la belleza de una pantera joven.

Cuando él la cogió del talle y Gael se aferró a su cuerpo con las piernas, se dio cuenta de que pese a lo mucho que la deseaba no podía hacerle el amor de cualquier manera.

Con delicadeza la llevó hasta el muro donde estaban colocadas unas colchonetas, con las que solían montar un improvisado cuadrilátero. Desplazó una con el pie y fueron cayendo todas al suelo. Gael seguía besándole sin pudor ni vergüenza. Eso lo enloquecía.

La recostó sobre una de las colchonetas y, aun sin soltarla, porque ella prácticamente no se lo permitía, se bajó los pantalones lo suficiente para poder entrar en su cuerpo.

Era virgen. Lo notó al poco de empezar a introducirse en ella. Le dio miedo.

Miedo de hacerle daño.

Miedo de no cumplir como hombre, de no dejarla satisfecha.

Miedo de arruinar su primera vez. Su fantasía.

La obligó a que dejara de besarlo y lo mirase a los ojos. En su rostro había deseo y calma.

—Tengo que ir más despacio —murmuró él con respiración pesada.

Ella no dijo nada. Temblaba bajo su cuerpo.

Darren acarició cada recodo, cada sitio, cada rincón. Tocó la piel de Gael como un ciego haría con un libro de braille. Estudiaba su reacción apuntándose mentalmente cuándo aceleraba la respiración o la contenía brutalmente. Su carne era deliciosa, blanda, suave. Terciopelo entre sus manos.

La sintió preparada y dispuesta, y entonces se dejó caer sobre ella terminando de romper su barrera virginal. Gael abrió más los ojos por la impresión, lo que le causó tanta ternura que tuvo que detenerse unos segundos.

—¿Estás bien?

Ella asintió. Se había recuperado. Darren volvió a embestirla y, dichoso, se maravilló cuando Gael comenzó a acompañar su ritmo con el movimiento de sus caderas. Dejó de pensar.

Él le puso su chaqueta por encima y la llevó al dormitorio en brazos. Estaba tan cansada que no podía mantener los ojos abiertos, aunque notó, como en un sueño, que la metía en la cama y la tapaba con los cobertores. Se debió de quedar completamente dormida, porque Bruce apareció ante su puerta a las ocho de la mañana del día siguiente, listo para bajar al comedor.

Mientras Gael se terminaba de peinar la esperaba paciente con una sonrisa en los labios.

—Hoy tío Darren no está en casa. Se marchó muy temprano y me dejó encargado que debía

cuidarte.

Ella se sorprendió:

—¿Se ha ido?

—Sí. Yo no pude verlo, pero padre dijo que iba muy gracioso disfrazado de labrero.

Gael frunció el ceño.

—¿No dijo dónde iba?

El niño agitó la cabeza.

—No, porque seguro que es un secreto. Hasta que él venga yo iré contigo, si quieres.

Gael había deseado salir a cabalgar un poco antes de llevarse algo al estómago, pero no podía hacerle ese feo a Bruce.

—¡No faltaría más! Será todo un placer pasar el día contigo —le dijo agarrando la manita que él le ofrecía.

Se preguntaba dónde había podido ir Darren sabiendo que su vida estaba en peligro. Le preocupaba y no debía hacerlo. Él era mayorcito para saber lo que hacía. Además, lo que había pasado entre ellos la noche anterior no iba a cambiar nada. Asumía que había sufrido un ataque de locura, acrecentado, básicamente, por la curiosidad y el deseo. ¡Y porque él era guapísimo además de atento, y sobre todo porque estaba enamorada como una loca! Había sido muy tierno con ella. Pero debía ser práctica y admitir que no estaban hechos el uno para el otro. Eran como el agua y el aceite. La noche y el día. La vida y la muerte.

Suponía que su tía no estaría nada orgullosa de ella si se enteraba de todo. No le habían enseñado a comportarse así.

Se abanicó las mejillas recordando su aventura nocturna. Bruce la miró con intriga arqueando sus cejas negras.

—¿Tienes calor?

—Así es —respondió.

—Padre dice que es posible que hoy llueva. —En ese momento pasaron junto a una ventana estrecha que iba desde el suelo hasta el techo. En el exterior, el cielo era un tejado gris claro hasta donde alcanzaba la vista—. Podíamos jugar a algo después.

Capítulo 14

Cubierto por una larga capa, Darren esperó a Philip junto al quiosco de periódicos en Cavell Street. Estaba en la calle que delimitaba por el este Whitechapel. Nadie tenía porqué reconocerle. Llevaba ropa sucia y desgarrada y no era un lugar que soliese frecuentar.

La calle olía a excrementos de animales y al agua que se estancaba en la acera. A esas horas no había mucha gente: el repartidor de leche que tiraba de un carro de botellas de vidrio, un tipo barriendo los adoquines, otro abriendo una barbería...

Philip se detuvo a escasos centímetros de él. No parecía muy contento.

—Dime lo que estamos haciendo aquí, Darren.

En aquel barrio se concentraban las peores actividades de la ciudad y se había convertido en una zona marginada. Sus calles oscuras y llenas de ramales donde se concentraba la suciedad y la delincuencia atraían a muchos indigentes.

—Necesito que averigüemos algo. Gracias por venir.

—¿Por qué precisamente me has citado aquí? Odio este lugar. Solo hay miseria y chusma.

Darren trató de tranquilizarle y le contó el sueño de Gael sin decirle que era tan solo eso, un sueño. A Philip le pareció tan espeluznante como a él. Pero aceptó ayudarlo. Ambos fueron preguntando a todos aquellos con los que se cruzaban. Al principio nadie echaba de menos a nadie. Sin embargo, después comenzaron a conseguir cierta información. Se trataba de un tipo que había buscado gente para trabajar la semana anterior.

Casualidad o no, el sujeto se llamaba Luke.

Siguieron tirando un poco más del hilo hasta relacionarlo con James Stuart Pembroke. Un caballero sin título, pero con suficiente dinero como para poder comprarse su entrada donde quisiera. Darren nunca había oído hablar de él. Tal vez porque siempre había estado centrado en otras cosas y no habían coincidido. Philip, en cambio, creyó reconocer su nombre por las esferas de los negocios. Pembroke invertía en tierras que más tarde vendía a diferentes instituciones. No le pareció extraño que buscasen trabajadores.

—¿De veras sabes lo que estás haciendo, Darren? Comprendo que quieras mantener a la chica escondida por su seguridad. Pero si no reapareces es posible que los que te persigan no necesiten hacer más movimientos.

—Sé que tienes razón. Tan solo necesito tiempo para poder sacar algo en claro del diario sin

que me molesten o intenten matarme antes de acabar.

—¿Cuánto puede llevar eso? La señorita Roswet me pregunta a todas horas por su prima. Lleváis escondidos más de una semana, y te recuerdo que ella tiene familia.

Sabía que Philip llevaba razón. No podían mantenerse ocultos toda la vida.

—Mañana es la reunión con Bestman y es posible que ella consiga su artículo. Tal vez debería pagarle algún pasaje para que salga del país.

—¿Ella va a acceder?

—No lo sé. —Se pasó una mano por la frente y echó un último vistazo al callejón de Dorset. Caminaban hacia el centro de Londres—. Es muy terca, pero tal vez sus tíos puedan convencerla.

—¿Irás a hablar con ellos?

—Sí. Deben saber que su sobrina está bien.

El encuentro con el doctor Bestman aterraba a Gael. No paraba de decirse que solo era un hombre normal y corriente, pero no podía quitarse de la cabeza que había algo más en él.

María fue a avisarle al dormitorio de que Darren había llegado. La mujer cargaba en sus brazos unos paquetes grandes y Gael se apresuró ayudarla. Dejaron todo sobre la cama.

—¿Qué es, María?

La doncella se encogió de hombros.

—Lo trajo milord para vos. Dijo que son cosas que necesitáis.

Las elegantes cajas estaban adornadas con cintas de seda naranja. Gael las abrió con curiosidad. Contenían varios vestidos, ropa interior, prendas de dormir y complementos.

Sonrió agradecida. Ni siquiera le importaba que él hubiese pagado todas aquellas cosas. Por fin iba a dejar de usar la ropa de otra persona y eso la alegraba, tanto como la llenaba de seguridad.

—Os ayudaré a vestiros para la cena.

—¿Y Marina? ¿No se molestará?

La doncella negó con la cabeza. Entre las dos comenzaron a sacar todas las prendas de las cajas. Había tres vestidos mañaneros y uno de cena.

—Poneos este. —María levantó el último para que lo viese bien. Era de color melocotón con cintas negras—. Es precioso.

Gael estuvo de acuerdo. El vestido era una maravilla. Dejó que la doncella se lo pusiese y le arreglase el cabello.

Mientras tanto, por dentro, moría de los nervios. Tenía ganas de ver a Darren, pero al tiempo sentía vergüenza. No sabía cómo iba a ser su primer encuentro después de la intimidad que habían compartido.

Imaginar estar con él, como había fantaseado poco tiempo atrás, no era en absoluto igual que estar con él de verdad. Un hombre escéptico como él teniendo relaciones con alguien que poseía

un extraño don. Era tan imposible como subir a la luna.

Apartó, una vez más, todos esos pensamientos de su cabeza. A pesar de su juventud se consideraba lo bastante adulta como para saber lo que podía acabar bien, o mal.

Salió del dormitorio y descubrió a Darren en el inicio del descenso de la escalera. No sabía si la estaba esperando o simplemente era coincidencia. El corazón comenzó a golpear en su pecho con fuerza.

Él le dedicó una gran sonrisa.

—Te ves preciosa, Gael.

Ella se ruborizó.

—Gracias por la ropa, Darren. Me gusta todo mucho.

—Pensé que te gustaría llevar algo que fuese tuyo y, para serte sincero, estas prendas te sientan mucho mejor.

—Sí. —Ella se pasó la mano por la cintura. La tela se ajustaba a su talle formando una bonita figura—. ¿Estabas esperándome?

Darren le tendió el brazo con galantería.

—Te he echado mucho de menos todo el día, Gael. No podía esperar a verte.

La emocionó escucharle decir eso, sin embargo, disimuló su alegría. Todo dentro de ella era una corriente de sensaciones.

—Pues no he sido yo quien se ha marchado.

Él la miró de soslayo con esa sonrisa que hacía que la temblasen las piernas.

—¿Estás riéndome?

—Si no me hubieses traído la ropa, sí.

—Eso me pillaba de camino. Tenía otras cosas que hacer.

—¿Ah, sí?

¡Qué soberbio era! Estaba esperando a que le preguntase directamente qué era lo que había estado haciendo todo el día. Se iba a quedar con las ganas.

Darren se echó a reír. Bajaron la escalera y, cuando llegaron al rellano, él la miró llenó de diversión.

—Parece que no te interesa mucho saberlo.

—¿El qué? ¿Saber cómo conoces mi talla?

—No —agitó la cabeza—. Eso no tiene mucho misterio, de no ser que pienses que se calcular a ojo de buen cubero.

Gael se encogió de hombros, sorprendida. Eso era lo que había pensado.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Me las ingení para que tu prima llevase las medidas a una modista. Yo solo fui a recoger los encargos.

Gael exclamó con emoción.

—¿Y cómo está Megan? ¿Qué sabes de ella?

—No llegué a verla, lo lamento. Todo lo hicimos mediante terceros.

—Vaya —murmuró Gael desilusionada.

—Tienes que saber que todo está bien.

Gael asintió. No era eso lo que esperaba, pero debía conformarse.

—Muy pronto acabará todo esto y podrás salir de aquí. Philip y yo estuvimos averiguando en Whitechapel. Hay gente que se ha marchado, pero no parece que sea nada sospechoso. Por allí siempre se mueven personas. Unos que vienen, otros que van... En cuanto al tema del nitrógeno, solo es posible elaborarlo en laboratorio o en un entorno bien dispuesto. Este gas sale del oxígeno, de modo que cualquier persona con conocimiento y medios puede disponer de ello. Philip va a ir a la morgue. Conoce al forense y quiere entrevistarse con él.

—Es muy buena idea, aunque dudo mucho que lleven todos los cuerpos a la morgue de una vez.

—Estás dando por hecho que tu pesadilla es real, y eso no me gusta —dijo, serio.

Gael apretó los dientes. Era real. Tan real como tenerle a él enfrente.

Incapaz de contarle su secreto, guardó silencio.

Después de cenar, Darren la acompañó hasta la puerta del dormitorio. Ninguno de los dos habló de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior.

Esa noche Gael volvió a despertar en sueños, una vez más. Todo estaba en silencio en aquella ala de la casa. Excepto por el tic tac de un reloj que parecía venir de alguna de las salas.

Gael tenía que comprobar si el laboratorio que usaba el difunto conde era el mismo que utilizaba el doctor Bestman. Para ello necesitaba el diario de Darren. Y el diario lo tenía él en su recámara.

Entró en la habitación atravesando la puerta. Aquella noche no podía permitirse mover nada. Necesitaba todas sus fuerzas para el día siguiente.

La luz de la luna penetraba a través del visillo delineando las siluetas de los muebles. Y a Darren. Él dormía a pierna suelta. Su rostro miraba al techo y había colocado un brazo justo por encima de la cabeza sobre la almohada. Su respiración, suave, rompía el silencio.

Gael encontró el diario sobre la mesilla y puso la mano sobre él. Se concentró cerrando los ojos.

Al abrirlos de nuevo, su escenario había cambiado completamente. Una sala grande y espaciosa se abrió ante ella iluminada por los rayos de luna que penetraba por dos ventanales.

Sobre la repisa de la chimenea había una abundante capa de polvo, así como rastro de tierra sobre el piso. Había pocos muebles. Todos ellos cubiertos.

Aquel no era el laboratorio donde ella había estado.

Se acercó a la ventana. Había varios edificios enfrente. El lugar no era reconocible, sin embargo, no debía ser un mal sitio. Las fachadas se veían cuidadas y los alféizares estaban decorados con macetas floridas.

Se desilusionó. Había esperado encontrar algo.

Llegaron a la cita de Charles Bestman diez minutos antes de tiempo. Marina y ella se sentaron alrededor de una mesa redonda con pies de hierro macizo. Se encontraban en una terracita muy pintoresca cerca de un puesto de flores. El aire arrastraba el agradable aroma de los ranúnculos mezclado con pensamientos, jancitos y lirios. De unos jardines cercanos que adornaban un parque llegaba la fragancia de las begonias. Un batiburrillo de olores que flotaba en cada rincón.

—Gael, tenías que haberte tomado algo para calmar los nervios.

—Lo sé, pero es que no me entraba nada en el estómago. Tengo un nudo que me llena por dentro.

—Yo no conozco a ese señor, pero es un tipo normal y corriente. Si lo que te ocurre es que sientes miedo porque pienses que pueda hipnotizarte, no debes preocuparte. Eso no funciona así.

Gael no había pensado en eso. Su preocupación era que de alguna manera él supiese quién era ella. Porque era obvio que lo que estaba haciendo el doctor no era nada lícito. No sabía si él lo hacía porque en verdad quería o si alguien lo obligaba. En ese caso, el señor Pembroke.

—Te agradezco mucho que hayas querido acompañarme, Marina.

—No tienes que agradecer nada. En el fondo también siento curiosidad.

—¿Jocelyn Stuart? —preguntó un hombre acercándose a ellas.

Gael enseguida lo reconoció. Se puso con rapidez en pie. El nombre de Jocelyn era el que iba a usar para entrevistarle. Marina también se incorporó.

—Doctor Bestman, es un placer conocerlos al fin. He oído hablar mucho de vos. —Le tendió la mano y él estrechó sus dedos a la vez que inclinaba la cabeza en una corta, pero elegante genuflexión—. Espero que no os moleste que haya venido acompañada por mi querida amiga, la señora Espinoza.

—Al contrario, para mí es todo un placer ser acompañado por dos damas tan hermosas. —Saludó a Marina con las cejas ligeramente arqueadas—. No sois de aquí, ¿verdad? Diría que vuestro apellido es español. ¿Me confundo?

—Soy de Centroamérica —respondió Marina, que usaba su apellido de soltera.

—Bueno, no estoy muy confundido entonces. Los españoles colonizaron aquellos países hace años. Sentémonos, por favor.

Gael lo miró con precaución mientras él tomaba asiento a su lado. Intentaba no ceder al pánico. Todavía no se encontraba preparada para la sensación de terror que la aporreó al verle. Recordaba cómo ese hombre hacía que todo el mundo se metiese en las bañeras gigantes.

—¿De modo que vos estáis escribiendo un artículo?

—Así es.

—Tenía ganas de conocerlos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es la primera vez que una mu... dama, me entrevista.

Había algo en él que no terminaba de convencer a Gael. El doctor la miraba de una manera extraña. Como si fuese capaz de leer dentro de ella hasta sus más oscuros secretos. Sus ojos la atemorizaban.

—Muchas gracias por haber aceptado —dijo en un hilo de voz—. ¿Me permitís? —Sacó una libreta y una pluma y esperó la aprobación del doctor para ponerlas sobre la mesa.

Un camarero llegó con una bandeja. Ofreció el té a gusto de ellos y se marchó a servir a una pareja que ocupaba otra de las mesas.

Gael seguía teniendo el nudo en el estómago y era incapaz de tomarse nada. Pero se obligó a fingir que lo hacía para que él no se diese cuenta de lo alterada que estaba y las ganas que tenía de acabar con aquello. No soportaba estar en su presencia. La cercanía del doctor hacía que toda su piel se erizase.

El doctor Bestman, a pesar de su apariencia seria, tenía algo de bohemio. Sus movimientos no eran cuidadosos, ni cuando se echó la melaza que hizo rebosar la bebida de su taza, ni cuando lo removi6 con la cucharilla. Cogió un par de pastas y no se preocupó de que las migas cayeran sobre su pechera.

—Decidme, señorita Stuart, ¿qué es lo que queréis saber de mí?

Ella tragó con dificultad.

—Todo. —El doctor frunció el ceño solo unas décimas de segundo y enseguida su boca formó una sonrisa divertida. Gael no sabía qué podía estar pensando. Él tenía diferentes expresiones en el rostro, pero ninguna de ellas transmitía nada—. ¿Cómo empezó todo esto de hipnotizar? ¿Es un don?

Él asintió.

—Creo que sí. Nunca le he dado muchas vueltas a este tema. Puedo sugestionar, y lo hago.

Eso no era una respuesta que valiese de algo.

—¿Cuándo os disteis cuenta de vuestras capacidades?

—¿Eso importa mucho, señorita Stuart?

—A mí sí. ¿Vos no sentís curiosidad de conocer por qué podéis hacer algo que los demás no pueden?

Él volvió a sonreír con suficiencia.

—Saberlo no va a cambiar nada.

—¿Y podéis hipnotizar a cualquier persona?

—No. —Se llevó la taza a los labios ayudándose del platillo. Su mano temblaba ligeramente. Después de beber volvió a dejar todo sobre la mesa y la miró con fijeza—. Solo a aquellos que estén convencidos. A vos no podría hacerlo, aunque, creedme, me encantaría.

—¿Por qué a mí no podríais? —preguntó curiosa.

—Sentís demasiado miedo. ¿Permitiríais que lo intentase?

—No —se apresuró a responder.

Él se echó a reír y Marina se encogió de hombros con una mueca. Gael se llamó estúpida

mentalmente. No tenía que haber contestado tan rápido. Por lo menos tenía que haber disimulando que lo estaba pensando.

—Tenéis razón —le dijo—. Creo que siento demasiado miedo.

—Vos sois una persona a la que le gusta tener todo bajo control. Vuestro inconsciente sería demasiado fuerte para mí —admitió el doctor.

Escucharle decir eso la hizo sentir alivio.

—¿Os temen, doctor Bestman?

Él se pasó la mano por el mentón, pensativo.

—No lo sé. Supongo que eso deberéis preguntarlo entre las personas que me conocen. ¿Cuál es vuestro don, señorita Stuart?

Cuando le preguntó eso la dejó tan helada que si alguien hubiese abierto una puerta a la Antártida, no hubiese sentido tanto frío. Tragó nerviosa. Era capaz de leer en su cara que él lo sabía. Aquella noche sí la había visto. No sabía cómo, pero lo adivinaba.

—No sé a qué os referís ,doctor Bestman, yo no...

—¡No, por favor! ¡No podéis decirme que no lo tenéis! Si no fuese así, yo no podría explicarme cómo habéis conseguido que el periódico os publique, ni cómo yo he aceptado.

Marina lo entendió como un halago y soltó una risita. Pero Gael estaba convencida de que el hombre mentía. Su sexto sentido le gritaba al oído que estuviese en alerta.

De pronto él agarró la libreta y ojeó las preguntas que Darren y ella habían perfilado. Eran cuestiones que no les comprometían de ninguna manera y por eso el doctor no tuvo reparo en contestar.

Capítulo 15

Cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión de los Genoveva, Marina bajó del coche como alma que lleva el diablo. Había visto algo a través de la ventanilla, que Gael, desde su posición, no podía ver.

Escuchó risas y gritos de alegría. Con curiosidad se acercó a la puerta y antes de darse cuenta, Darren le estaba tendiendo la mano para ayudarla a descender.

—¿Qué está ocurriendo?

—Son parientes de Marina. Seguro que te gustará conocerlos. —Entrelazó sus dedos y la guio a ellos con una sonrisa.

Ella pudo haberse soltado, pero le gustaba sentir su calor. Sobre todo, después de haber estado con uno de los mayores asesinos de la historia.

Como si fuese algo completamente natural se aproximaron a la familia de la mano. Gael sabía que debía aprovechar cada momento que le estaba dando la vida para estar cerca de Darren, porque era consciente de que todo aquello iba a acabar algún día. Y su sueño de amor y fantasía terminaría más pronto que tarde.

—Aquí está Gael. —Marina la cogió del brazo—. Estos días le he estado hablando mucho de vosotros. —Le presentó a sus padres y a su hermana pequeña, que debía de tener unos dieciséis años, como su prima Emily, y a su abuelo. Él fue el que más la sorprendió. Había esperado una persona grande y fuerte, sin embargo, ante ella había un anciano pequeño y delgado con ropas sencillas. Su nombre era Maximiliano, pero todos le llamaban amistosamente Max. A Gael la obligó a llamarlo así.

Con desgana, Darren dejó que Gael disfrutase de la familia de Marina. Había estado esperándola toda la tarde, deseando saber cómo había ido la entrevista con el doctor Bestman. Pero comprendía que después de estar tanto tiempo encerrada en la mansión, necesitase salir y despejarse un poco.

Durante toda la cena, Max y ella estuvieron charlando muy animados, y de no ser por Cindy, la hermanita de Marina, él se hubiese unido a ellos. Sentía curiosidad por saber qué decían y de qué podían estar hablando tanto tiempo.

—¿Es tu novia, Darren? —susurró Cindy cuando estaban sentados en el comedor. La muchacha se había colocado a la derecha y Bruce a su izquierda, por lo que le habían dejado algo apartado

de Gael.

—No. Es... una socia.

Cindy frunció el ceño.

—¿Una mujer, socia? —preguntó incrédula y a un tiempo con una chispa de orgullo en sus ojos oscuros. De donde ella venía era impensable que una mujer manejase alguna clase de negocio, excepto si era viuda y tenía que hacer frente a los negocios del marido. Y, aun así, siempre había algún pariente que se hiciese cargo.

—Gael y tío Darren están investigando algo muy importante que nadie debe saber —contestó Bruce por él—. ¿Verdad?

—Así es.

—Gael es una mujer muy hermosa —afirmó Cindy observando la belleza de los cabellos platinos. Darren también miró hacia ella y no pudo por menos que darle la razón. Gael se había lavado un poco antes de cenar y llevaba un vestido de tonos amarillos con diminutos capullos ocres—. ¿Te gusta?

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió.

Cindy soltó una risilla maliciosa y le dio suavemente con el codo.

—No hace falta que me contestes porque se te nota mucho.

Nervioso, bebió un trago de su copa de vino y se humedeció los labios. Hablar con Cindy sobre lo que sentía por Gael no era algo que estuviese dentro de sus planes.

—No digas tonterías y come las habas.

—¡No digo tonterías! ¿Verdad, Bruce, que se nota?

El pequeño sonrió encogiéndose de hombros. No quería quedar mal con Darren, por eso prefirió guardar silencio.

—¿Y si os casáis me vais a invitar a la boda?

Estuvo a punto de atragantarse.

—¿De dónde sacas que vaya a casarme?

—¡Yo lo haría! Además, a ella también le gustas. Te está mirando mucho.

Volvió la vista a Gael y ella apartó la mirada en cuando entró en contacto con la suya. Darren sonrió y terminó asintiendo.

—Si me casase con ella, tú serías la primera en saberlo.

—¿Lo prometes? —asintió—. Entonces debes decidirte antes de que regresemos de nuevo a casa.

—No, Cindy. Las prisas nunca son buenas para nada.

Más tarde pasaron todos a una sala, excepto Cindy y Bruce que se despidieron y se marcharon a dormir.

Marina tocaba fenomenal el clavicordio y deleitó a los presentes con varias melodías.

María ofreció jerez para las damas y whisky a los hombres. Darren aprovechó la oportunidad de sentarse en el diván a lado de Gael. Le gustaba sentirla cerca y respirar de su fragancia. Cindy

no llevaba razón, del todo. Gael no solo le gustaba, sino que se estaba enamorando de ella.

—¿Lo pasas bien? —le susurró junto al oído. Sintió que ella se estremecía, lo miraba con una sonrisa en sus labios de frambuesas y asentía.

—Muy bien —respondió—. Todo esto me hace olvidar el peligro que corremos, y dejar de añorar tanto a mi familia.

—¿Los echas muchos de menos?

—Muchísimo.

—¿Te vendrías a vivir a Londres, Gael?

Ella se encogió de hombros y de repente su mirada se volvió triste.

—No lo sé.

—Pero no te gustaría, ¿verdad?

—No soy chica de ciudad. Soy lo que se denomina bicho raro.

—¿Cómo te gusta exagerar!

Ella abrió la boca para decir algo, pero en ese momento terminó Marina. Dejó el vaso de cristal sobre la mesa y aplaudió.

—Abuelo, ¿por qué no nos cuentas un cuento? —le preguntó Marina a Max.

La madre de Marina se sentó en el mismo diván donde estaban él y Gael, acomodándose al lado de ella.

—A mi hija siempre le ha encantado escuchar a Max contar historias. Muchas de ellas son románticas.

—A mí también me gustaría —añadió Gael pasando dos dedos por detrás de su oreja de una manera encantadora.

Max se acomodó en una butaca y todos se colocaron en torno a él empujando divanes y sillones. Smithers bajó la intensidad de las luces.

En verdad Darren no prestó mucha atención a lo que narraba. Estaba más pendiente de los gestos de Gael, de sus sonrisas y de la manera en que se ruborizaba cuando notaba que él la miraba más de la cuenta.

Sí, definitivamente le gustaba mucho.

Cuando Max terminó su historia, Darren acompañó a Gael hasta su dormitorio. Le hubiese gustado mucho poder quedarse más tiempo con ella, pero era imposible estando en una casa que no era la suya.

Por el camino ella le fue contando la entrevista de Charly Bestman. Él apreció que el hombre no era de su agrado, pero Gael no supo decirle por qué.

—Darren, ¿has tenido noticias de Philip? —le preguntó unos segundos antes de llegar a su puerta.

—Me mandó una carta. —La sacó del bolsillo de la chaqueta. La había recibido en el momento en que llegaban los padres de Marina a la mansión. Apenas la había leído por encima. Se la entregó—. Me da un par de direcciones donde han visto entrar a un tal Luke, que casualmente se le

vio por Whitechapel hace poco ofreciendo trabajo. Podía ser uno de nuestros hombres. Trabaja para un caballero importante.

Ella releyó las direcciones varias veces. Le hizo gracia. Era como si por algún motivo se las estuviese aprendiendo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó alzando la vista hacia él. No supo por qué le atraía tanto su barbilla. La veía tan tierna y suave... tan *mordible*. Quería sentir entre los dientes su piel. Probar su sabor con la lengua. Dejar su marca sobre ella—. ¿Darren?

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Que qué vamos a hacer ahora?

Se sintió un poco estúpido. Ella lo miraba con curiosidad.

—No sé. Supongo que deberíamos visitar esos sitios por si acaso.

Ella asintió.

—De acuerdo. Buenas noches, Darren, nos vemos mañana.

Se dio la vuelta para entrar, pero él no se pudo resistir y la cogió del brazo haciéndola girar de nuevo.

—Llevo toda la noche deseando hacer esto —dijo antes de tomarle la boca con los labios. La besó profundamente y ella devolvió su beso con el mismo entusiasmo que el suyo.

—Yo también estaba deseando que lo hicieras.

Se besaron una vez más antes de despedirse. Darren se iba a reunir con Smithers, el suegro de este y Max. No le apetecía mucho, pero no podía retirarse sin más. Hablarían un poco de política, fumarían unos cuantos cigarrillos acompañados de unas cuantas copas y, con un poco de suerte, esa noche dormiría de un tirón.

Quien no durmió de un tirón, o al menos no pensaba hacerlo, fue Gael. Había memorizado las direcciones que le había enseñado Darren y, antes de que se la olvidasen, las apuntó en una hoja. Esa noche iría a visitar algunos de esos lugares.

Se echó en la cama sin quitarse el vestido y se quedó por un buen rato mirando el techo. Tenía un montón de sentimientos que no sabía muy bien cómo gestionar. Suspiró profundo. La situación parecía que se le estaba escapando de las manos. Vivía el momento tal y como Megan le habría dicho que hiciese. Pero no podía hacerse ilusiones, y eso era precisamente lo que Darren provocaba en ella.

Llamaron a la puerta con suavidad y pensó que podía ser él que habría olvidado algo. Era Max.

—Buenas noches —le saludó ella—. ¿Ocurre algo?

—¿Puedo hablar contigo? Es solo un momento.

Gael le terminó de abrir la puerta para que entrase. El anciano caminó despacio hasta la silla del tocador. Llevaba una camisa blanca impoluta, de algodón, bastante holgada introducida en la

cinturilla de un pantalón que también parecía quedarle demasiado ancho. Era como si aquella ropa se la hubiese comprado con prisa solo para ir a visitar a su nieta.

—¿Te importa que me siente? Tengo las piernas muy cansadas ya y el viaje ha sido agotador. No sé cuántos paseos de estos me quedan.

—¡No diga eso! —Ella se acercó a retirar la bata que colgaba del respaldo de la silla—. Adelante, siéntese.

—Por favor. —Le señaló la cama también—. Acomódate.

Gael le obedeció. Sentía curiosidad por saber qué quería decirle. Max era un hombre muy amable y había mucho afecto en su mirada oscura.

—Ese hombre es muy peligroso —dijo él mirándola fijamente.

Un escalofrío recorrió la columna de Gael desde la cintura al cuello. Los pelillos de la nuca se le erizaron.

—¿Quién?

—El que habéis ido a ver tú y mi nieta.

Ella preguntó, extrañada.

—¿Conoce al doctor Bestman?

—No. Solo sé de él lo que me trasmites con los ojos y con la expresión de tu cara. Veo cómo se dilatan tus pupilas cuando hablas o piensas en él. ¿Por qué? ¿Qué es eso tan malo que ha hecho?

Fingió que no sabía de lo que hablaba y sacudió la cabeza.

—Nada.

—Dame tu mano, Gael.

Ella era reacia a hacerlo. Sentía miedo. Marina le había hablado de los supuestos poderes adivinatorios de su abuelo.

—¿Qué es lo que temes? Yo puedo ayudarte a conocer quién eres en realidad. Eso es lo que más deseas en el mundo. No puedes engañarme, ven —insistió tendiéndole la mano.

Gael cogió aire con fuerza y fue hasta él. Max cogió su palma y colocó la suya encima. Cerró los ojos.

El silencio en la habitación fue aterrador durante largos minutos. El corazón de Gael luchaba por no escapar por su garganta. Max la miró.

—¿Conoces el significado de las runas? —preguntó estudiándola con atención.

—No.

—Pero has oído hablar de ellas, ¿verdad?

—Sí. En los libros.

—Tu madre las conocía y las dominaba.

Gael se estremeció con fuerza y tragó saliva.

—Ella murió cuando yo era muy pequeña.

El anciano asintió.

—Tus ancestros eran venerados vikingos. Poseían magia y eran capaces de comunicarse con sus

dioses.

Gael retiró la mano de la de Max.

—Yo no creo más que en un dios. Los demás no existen.

Él arqueó las cejas y sonrió.

—Pero sí crees en ese doctor que puede dominar mentes. ¿En qué otras cosas crees también?
¿Hablar con espíritus? ¿Predecir el futuro?

—Viajar fuera del cuerpo —admitió.

Max agitó la cabeza de arriba abajo.

—¡Ah, voladores!

Gael le miró con curiosidad.

—¿Ha oído hablar de ello?

—La sensación de flotar proyectado fuera del cuerpo —asintió—. Tiene varios nombres: proyección astral, desdoblamiento astral, viaje del alma... Nosotros preferimos llamarlos voladores.

—Pero ¿por qué ocurre esto?

Él se encogió de hombros.

—Se puede deber a muchos motivos. Uno es haber estado cerca de la muerte o haber tenido alguna experiencia con ella. Pero también puede surgir por alguna clase de trauma. Hay gente que lo posee sin saber.

—¿Eso es posible?

—Personas que durmiendo se quedan paralizadas y aunque tratan de despertarse no pueden. Ellos no lo asocian a este hecho, si no que prefieren pensar que es una pesadilla. Tú, en cambio, te relajas y te dejas llevar, ¿no es cierto? —Gael se pasó la lengua sobre los labios y asintió—. ¿Desde cuándo te sucede?

—Desde siempre.

—Es un don precioso. Puedes ayudar a mucha gente.

—¿Cómo? —Se arrodilló ante la silla donde estaba él sentado.

—Puedes buscar personas y objetos desaparecidos. Tan solo debes volar hasta ellos.

—No es tan fácil. Debo concentrarme teniendo algo que me lleve a donde quiero ir. —Y casi siempre tenía algo para hacerlo. Una carta, una dirección, una pertenecía... No. En realidad, no era tan difícil—. ¿Por qué me pasa esto a mí?

—A tu madre también le sucedía —respondió—. Y a tu abuela. Ellas estaban bastante involucradas en estos temas. —Max se cruzó de brazos—. Si de veras hubieras querido saber la verdad, habrías ido a descubrir los orígenes de tu familia materna. Sin embargo, si no lo has hecho, es porque sientes más miedo a saber la verdad que a tener este don.

Él llevaba razón. Siempre había sabido que su respuesta estaba en Dinamarca. En el lugar donde había nacido.

—¿Y puedo deshacerme de esto?

—Sí. Solo tienes que estar segura de que eso es lo que quieres.

Gael se levantó del suelo muy pensativa. Durante mucho tiempo se había maldecido por no ser alguien normal. Ahora, después de tanto tiempo, le decían que podía prescindir de ese don y no sabía qué era lo que quería hacer.

—¿Qué hizo ese hombre? ¿El doctor? —preguntó él retomando la conversación del principio.

—Convenció a muchas personas para que se metiesen en unas bañeras gigantes. Él y otros más los ahogaron.

Max frunció el ceño, despavorido.

—¿Con que intención?

—Robarles órganos para poder congelarlos y meterlos en otros cuerpos. —Solo eran conjeturas, pero bastaba con sumar dos y dos para llegar a esa conclusión.

—¿Darren lo sabe?

—Más o menos. No pude decirle que yo vi cómo morían. —Tragó nerviosa—. No pude hacer nada mientras ellos golpeaban las paredes de cristal. Había niños... —Hizo una pausa. Recordarlo era doloroso—. Familias enteras. Podía sentir su dolor, su angustia, su miedo. Pensé en mis primas, en que no podría perderlas de aquella manera. —Se pasó las manos bajo los ojos y se retiró las lágrimas que habían comenzado a rodar por sus mejillas—. Si se lo contase a Darren no me creería. Pensaría que solo soy una chiflada.

—Él es un escéptico en todo esto y no, no te creería, es cierto —respondió seguro. Se levantó de la silla con movimientos lentos y perezosos—. Dale algo demostrable y despertarás sus dudas. Si aun así no te cree, significa que no es la persona apropiada para estar a tu lado.

—Solo pretendo ayudarle a resolver este misterio, no que...

—Entonces ¿qué te importa si te cree una chiflada?

Porque todo lo que pensara Darren de ella le importaba mucho. No contestó.

—Antes de decidir que quieres dejar ese don, piensa si querrás vivir sin él. Pero todo pasa por algún motivo, así está escrito en el destino. Y esto no tiene nada que ver con tu dios, ni con el mío, ni con los de tus ancestros.

Capítulo 16

Si a Darren, un tiempo atrás, alguien le hubiera dicho que iba a buscar cualquier excusa, por mínima que fuese, para estar cerca de una mujer, no lo hubiera creído. Pero allí estaba, en la biblioteca, esperando que Gael se reuniese con él, solo para decirle que había decidido ir a investigar él mismo a los lugares de la lista de Philip.

Claro que un tiempo atrás no sabía lo seductora que podía ser ella. Ni el perfecto cuerpo que tenía. Tampoco había adivinado a simple vista que era inteligente, divertida y pasional.

Escuchó pasos en el corredor y fingió estar inmerso en la lectura. En todos esos días que llevaban allí había aprendido a reconocer sus pasos y sabía que era ella quien se acercaba.

—Buenos días, Darren. ¿Se puede pasar?

Él levantó la cabeza de libro.

—Buenos días. Me dijeron que habías salido a cabalgar.

Ella se acercó con esos pasos elegantes y gráciles que parecían hacerla levitar.

—Tú aún no te habías levantado.

—Cierto. —Apartó el libro a un lado—. Culpa de Smithers y su suegro, que me mantuvieron despierto hasta altas horas de la madrugada. Terminamos jugando a las cartas.

Ella tomó asiento junto a él y Darren sintió cómo el deseo tomaba el control de su cuerpo. Se humedeció los labios.

—Quería verte para decirte que Philip y yo comenzaremos a mirar en Dorset. Es el primer lugar de la lista y a Charly se le ha visto entrar y salir varias veces de un edificio de allí.

Gael asintió.

—Necesito hablar contigo, Darren. Hay algo que debo contarte y no sé cómo hacerlo.

—Tú dirás.

—El laboratorio está en Somersby.

Darren sacó la carta del bolsillo. Somersby era el segundo lugar mencionado.

—¿Otro sueño? —preguntó curioso.

—No es un sueño. Anoche estuve allí, al igual que lo estuve el día que mataron a todos esos pobres. —Se llevó la mano a la boca queriendo ocultar el temblor de sus labios.

Darren se tensó con furia.

—¿Quién te llevó? ¿Fue el cochero? —Iba a ir a buscarlo cuando ella le puso la mano en el

brazo, deteniéndolo.

—No puedo culpar a nadie, Darren. Viajo sola cuando estoy durmiendo.

Él arqueó una ceja y sonrió aliviado.

—¡Qué susto me has dado! ¡Creí que hablabas en serio y que salías de la casa por las noches!

—Así es. Pero no soy yo quien sale, si no mi alma.

Darren la miró con atención. Ella tenía las pupilas normales y no parecía tener síntomas de que hubiese ingerido nada extraño. Tal vez Gael se estaba tomando demasiado en serio la existencia de los temas paranormales. Quizá estaba demasiado agotada.

—Sé que es muy difícil de creer —continuó diciéndole—. Y si yo estuviera en tú lugar tampoco lo haría. Al menos no al principio. Yo no puedo explicar la razón o el motivo, sin embargo, mientras duermo, mi alma se despega de mi cuerpo y puedo transportarme.

—¿A dónde?

—No sé. A cualquier lugar que me lleve algún objeto, o simplemente por los alrededores de donde me halle.

—Yo también sueño cuando duermo. No siempre, y a veces hasta me olvido de lo que...

—¡No, Darren! ¡No me escuchas! ¡No se trata de eso! La noche que hice huir a esos bandidos, yo estaba en la calle. Te vi llegar. También vi cómo se preparaban para asaltar tu casa. Los oí hablar, por eso sabía sus nombres y que querían matarte. La noche de mi supuesta pesadilla, pasó de verdad todo lo que dije. Allí estaba Luke, al que ahora puedo reconocer. Lo acompañaba el doctor Bestman y un hombre que llamaban Pembroke.

Darren la miró incrédulo. ¡Ella mentía! ¡No podía estar diciendo la verdad!

—¿Me estas tomando por tonto?

—Te prometo que es lo último que querría hacer. Puedes comprobar lo que te digo. Yo te acompañaré esta noche a Somersby. Verás las bañeras y las cisternas, y la sala de las camillas. Te darás cuenta de que no miento.

Darren guardó silencio durante unos largos segundos. Pensando. Acabó asintiendo:

—De acuerdo, iremos esta noche. ¿Tienes el arma que te di?

—Sí —asintió ella—. La tengo en mi dormitorio.

—Entonces llévala.

Gael esperaba impaciente que llegase la noche. Estaba satisfecha. No podía decir que Darren la hubiese creído, pero tampoco se había negado en redondo a aceptarlo.

No había concebido contarle la verdad, y si lo había hecho, era porque ahora sabía que podía desprenderse del don. No hacía falta que lo pensase, como había sugerido Max. Lo tenía decidido. Por fin iba a ser una persona normal.

Salieron hacia Somersby pasada la media noche y el carruaje se detuvo a recoger a Philip en el cruce principal del pueblo. En ningún momento Darren le contó a su socio por qué iban a ir primero a Somersby.

La dirección señalada era una antigua fábrica. Las ventanas estaban cubiertas con tablas y

parecía abandonada.

—Quédate aquí, Gael —advirtió Darren bajando del coche. Habían llevado el vehículo al lugar más oscuro de la calle.

—No, yo prefiero ir contigo.

Él le puso las manos sobre los hombros y la volvió a sentar en el banco. Vestía de oscuro. Unos pantalones holgados y un jersey de lana de cuello alto. Philip también iba de negro, pero él había optado por una chaqueta sobre la camisa.

—No es cuestión de lo que prefieras. Te necesito aquí vigilando por si viene alguien. ¿Tu arma dónde está?

Gael la sacó del bolsillo de la capa y él asintió.

—No se te ocurra entrar bajo ningún concepto.

—¿Y si os tienden una trampa u os descubren?

—Nadie sabe que estamos aquí excepto tú —le respondió—. ¿Se lo has dicho a alguien, Gael?

Ella frunció el ceño. ¿Qué es lo que estaba insinuando? ¿Creía que ella era una compinche de Pembroke?

—¡No! ¿A quién se lo iba a decir?

Darren cerró la puerta y se marchó dejándola sola y con la palabra en la boca. En el pescante, el conductor se quedó aferrando las riendas con fuerza.

Gael sintió cómo le sobrevenía la ira. Antes de aceptar la verdad, Darren quería pensar de ella que era una traidora. ¿De qué iba a servirle que él viese el laboratorio con sus propios ojos, si de igual manera ya la había sentenciado? ¡Mentecato!

Abrió la puerta decidida a descender. El cochero le bloqueó el paso agitando la cabeza.

—Milord me dijo que no os dejase bajar.

—¿Sabe lo que pasa? ¡Que milord no manda en mí! —respondió furiosa.

—Lo siento, señorita, pero... —se interrumpió al ver que ella le apuntaba con la pistola directamente a la cara.

—Me va a permitir salir, ¿verdad?

—No puedo hacer eso —gimió. El hombre estaba aterrado, sin embargo, trataba de disimularlo—. No puedo dejar que pongáis al conde en peligro.

—¡No puedo creer que también piense que estoy asociada a esos tipos! Apártese, por favor. — El hombre obedeció y ella, alzándose un poco el bajo del vestido, descendió sin dejar de apuntarlo. Una vez en el suelo se volvió a él—. Será mejor que espere en el pescante.

Con agilidad corrió hacia el mismo lugar por donde Darren y Philip habían desaparecido. Se trataba de un pequeño callejón con una puerta estrecha al fondo. Una puerta que habían dejado entreabierta. Con sigilo la atravesó y cruzó una antesala sumergida en sombras. Llegó hasta el lugar donde estaban las bañeras. Allí había mucha más luz. Se respiraba humedad, frío y un penetrante olor a cloroformo.

Miró la sala con atención asegurándose de que no había nadie. Los murmullos la atrajeron hacia

la recámara donde se hallaban las camillas. Caminó despacio hacia allí. Habían colocado varios biombos y se intuía movimiento tras ellos.

De pronto Gael sintió que alguien le cubría la boca al tiempo que le rodeaba la cintura y la elevaba unos centímetros del suelo.

—Soy yo, no digas nada.

Reconoció con alivio la voz de Darren. Él la llevó detrás de una cisterna donde estaba Philip. La soltó y le regaló una mirada dura. Pero no dijo nada. Se centró en las camillas.

Estuvieron en silencio varios minutos. No había muy buena perspectiva desde aquel sitio.

—Philip, quedaros aquí —dijo Darren. Señaló la pasarela superior que colgaba del techo por cables—. Voy a mirar desde arriba. —Volvió a dirigir la misma mirada fría de antes a Gael—. No te apartes de Philip.

Con un nudo en el pecho lo vio subir con rapidez las escaleras colgantes y ocultarse tras una delgada columna de hierro.

El tiempo pasó lento hasta que él volvió a unirse a ellos y les hizo una señal para salir de allí. Entraron en el vehículo y Darren se pasó todo el viaje de regreso hablando con Philip. Gael se sintió totalmente desplazada, pero como ya no podía estar más enfadada de lo que estaba, guardó silencio.

Una vez en la casa, Philip acordó quedarse a dormir y salir al día siguiente hacia Londres para informar a la Yard. Darren, en cambio, guio a Gael a un despacho y la hizo sentar.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó yendo hacia la bandeja de las bebidas.

—No, gracias.

Él se detuvo a mitad de camino. Se paseó ante ella con las manos tras la espalda.

—Creerte es complicado, Gael.

—Lo sé, pero Darren, si hubiera querido traicionarte, lo hubiera hecho hace tiempo.

Él se pasó la mano por la boca y se frotó el mentón.

—He llegado a esa conclusión —asintió—. Pero ahora mismo no sé cómo encargarme de esto.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y qué vas a hacer?

Se detuvo ante ella. La miró fijamente.

—De momento no lo sé. Asegúrame que no tienes nada que ver con ellos.

Los ojos de Gael se llenaron de lágrimas, pero él no se inmutó ante ellas.

—No los conozco de nada, lo juro —susurró.

Él soltó un suspiro hondo y sacudió la cabeza. Era como si quisiera creerla, pero no pudiese hacerlo.

—Está bien. Devuélveme el arma.

Ella se puso en pie con el mentón elevado. Con mucho orgullo se limpió las lágrimas con las palmas de las manos. Sacó la pistola y la dejó con un golpe seco sobre el escritorio. Clavó sus ojos en él.

—No te culpo. Estoy acostumbrada a que la gente me tenga miedo. —Darren solo se limitó a tomar el arma sin mirarla—. Me voy a mi habitación. ¿Necesitas algo más? Porque si piensas interrogarme, te diré lo mismo una y otra vez.

Darren alzó sus ojos verdes hacia ella. En su interior había recelo, pero también angustia.

—Seguramente la Yard quiera hablar contigo.

Ella asintió.

—Pues ya sabes dónde estoy. —Caminó hacia la puerta. Se volvió antes de salir y sus miradas se quedaron prendidas—. Buenas noches, Darren.

Capítulo 17

Darren no podía esperar a que Philip fuese a Londres y regresara con noticias. Demasiada paciencia había tenido ya esos últimos años con los asesinos de su progenitor como para esperar más. Decidió acompañarlo. El viaje a la ciudad era de unas cuatro horas si no se detenían en ningún lado. Pero debían hacer parada por Philip. Esos días lo había tenido haciendo recados de un lado a otro y debía estar agotado, aunque no dijese nada.

—¿Por qué no me cuentas lo que te sucede y te desahogas? —le preguntó su amigo al entrar en el camino que cruzaba las verdes y floridas praderas. Acababa de amanecer y se respiraba el olor del rocío al ser tocado por los primeros rayos de sol—. Deberías estar satisfecho por los acontecimientos. Pronto podrás dejar de vigilar tu espalda.

—Lo estoy, Philip. Pero al tiempo tengo una extraña sensación en la boca del estómago. Te soy sincero si te digo que temo que sean alertados de alguna manera y la Yard no pueda hacer nada.

—El inspector Reag sabrá llevar todo esto con discreción.

—Eso es lo que espero.

—¿Y es por eso por lo que has decidido acompañarme?

Darren lo miró frunciendo el ceño.

—Confío en ti, Philip. Sin embargo, necesito saber qué pasos va a seguir el inspector.

—Esto no tiene nada que ver con la señorita Roswet, ¿verdad?

Eran muchos años lo que hacía que se conocían. A esas alturas no podía ocultarle nada. Agitó la cabeza de modo afirmativo.

—Quiero sacarla de todo esto —asintió—. Después de hablar con el inspector iré a visitar a los tíos de Gael para tranquilizarlos y para que la convenzan de que salga unos días de Inglaterra. No sé, que haga un viaje. —No quería que corriese peligro y, sobre todo, tampoco deseaba tenerla cerca de él, donde supusiera una tentación demasiado fuerte. No terminaba de creerse que ella... Ni siquiera podía pensarlo de un modo que no fuera sarcástico. ¡Vóladora!

—¿Ella ya lo sabe?

—Todavía no. Se lo diré cuando regrese.

—Eres consciente de que aún deberás seguir escondido hasta que capturen a Pembroke y sus secuaces.

Darren soltó el aire con fuerza por la boca. Philip no se lo estaba preguntando, lo estaba

afirmando.

—Ya no soporto seguir ocultándome. Voy a colaborar estrechamente con el inspector. Sé que él lo agradecerá. Es más, es posible que lo asciendan, pero sé que, como mínimo, se va a llevar un buen reconocimiento.

Philip sacudió la cabeza.

—No. Si averiguan que estás vivo cerrarán la empresa y volverán a comenzar. Sigue investigando, pero desde las sombras.

—Tienes razón —suspiró—. Tengo tantas ganas de volver a la normalidad que no sé cuánto más voy a poder contenerme. ¿Has tenido noticias de mi madre? —preguntó.

Desde hacía tiempo se comunicaba con ella a través de él. No deseaba que nadie supiese su paradero. Su madre era su mayor debilidad, ahora también lo era Gael, pensó. Apartó de prisa esos pensamientos. Estaba muy confundido.

—Aún es pronto. Está deseando verte. ¿Por qué no te marchas una temporada a visitarla?

—Cuando acabe todo esto. Ella por fin también dejará de esconderse.

—A tu madre le gusta la vida del campo, Darren. Ella no volverá a Londres ni aunque se lo pida la misma reina.

Era cierto. La mujer vivía en una propiedad no muy grande con un par de doncellas que la ayudaban en todo. Cuidaba de su jardín. Las flores eran su pasión. Y paseaba por los campos, charlaba con los vecinos y acudía cada domingo al oficio religioso. Esa era la vida que su madre quería. No el bullicio de la ciudad, ni las habladurías mal intencionadas.

Se pararon en una taberna a una hora y media de llegar a Londres y almorzaron. Solo Philip comió en abundancia. Darren tenía el estómago totalmente cerrado. Pensaba que si Gael le hubiera contado la verdad desde un principio, tal vez habrían podido actuar antes. Era posible que no la hubiese creído, como ahora, pero por curiosidad, habría indagado. No podía sacársela de la cabeza.

Por más que deseaba pasar primero por su residencia para darse un baño y un buen afeitado, ya que la sombra de una barba le cubría el mentón, hizo caso a Philip y se resistió.

—No siempre hay alguien vigilando tu casa. Pero sí que de vez en cuando se detiene un vehículo frente a la puerta. A veces es una carreta.

—¿No has podido ver la cara de nadie? —le preguntó Darren.

—No. Y he tratado de seguirlos, pero son muy listos o... —Philip alzó el dedo índice, como si de repente hubiese caído en algo—. La carreta se recoge en los brazales. En una posada de mala muerte en las afueras. Hacen timbas ilegales y tienen varios juegos clandestinos. No hay que ser socio para entrar allí, ni nada de eso. Solo hay que ser muy estúpido si no se va con alguien que conozca aquello al dedillo. Pero el coche —afirmó varias veces con la cabeza—, ese se detiene en un club de la ciudad. El Paraíso o el Edén, o algo así. No recuerdo bien su nombre.

—¿Has entrado alguna vez?

—Así es, pero el tipo desaparece en cuanto entra por la puerta. Los empleados no saben

decirme quién es. Siempre me responden que no han visto entrar a nadie, aunque haya entrado un minuto antes que yo.

—¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé, pero había pensado que puede haber un pasadizo o algo así.

—Es buena teoría. O simplemente lo esconden por algún motivo. ¿Has investigado quiénes son el dueño o los socios?

Philip negó con la cabeza.

—Pero apostarí que Pembroke es alguien importante allí.

—Amigo, estaba pensando lo mismo que tú —dijo Darren.

Llegaron a Scotland Yard, también conocido como «The Yard». Antes situado en el número 4 de Whitehall Place, y se llamaba así porque había una puerta trasera que daba a la calle Great Scotland Yard. Sin embargo, un par de años antes se habían trasladado al número 10 de Broadway.

Después de pasar varias horas allí y contarle a Reag todo con pelos y señales —quien lo agradecía profundamente, pues tenía a Pembroke en el punto de mira debido a sus negocios—, Darren pasó por casa de Elisa para asearse y descansar antes de viajar a ver a los tíos de Gael.

No tenía ni pizca de ganas de encontrarse con la mujer, pero era un riesgo añadido. Además, tampoco le gustaba la residencia. Era demasiado pomposa y le salía por un ojo de la cara. Aunque el dinero para él no era importante. No a todas sus amantes les había alquilado una casa, pero todas y cada una de ellas se habían llevado un buen regalo cuando habían terminado su relación: gargantillas de oro y diamantes, collares de perlas, brazaletes engarzados... A Gael no la consideraba su amante. Después de todo solo había pasado una vez.

¿Qué estaba diciendo?, se reprochó. Con ella hubiera sido capaz de ir al fin del mundo. Por ella habría hecho la locura de casarse... si no estuviera como una cabra y afirmase que su alma... podía volar.

Elisa no estaba y eso le dio una larga tregua. Cuando estuvo preparado viajó a Great Yarmouth. Era una pequeña población situada al este de Norwich, emplazada en la desembocadura del río Yare, en la costa de Norfolk. La casa de los Roswet era de estilo campestre adornada con un pequeño jardín en la entrada principal.

La primera en acercarse a él fue una muchacha que tendría una edad parecida a la de Cindy. Se daba un aire bastante importante a Megan, por lo que dedujo que esta era su hermana.

—Buenas tardes. ¿Qué se os ofrece caballero? —le preguntó la jovencita, estudiándole con interés.

—Buenas tarde. Desearía hablar con el señor Roswet si es posible. Me han dicho que vive aquí.

Ella asintió.

—Os han indicado bien, pues él es mi padre. ¿A quién debo presentar?

Él echó una mirada a la casa. Era bonita, de formas sencillas y simétricas. En el porche, amplio

con suelos de piedra oscura, había un columpio que se sujetaba del techo por cadenas. Imaginó a Gael sentada allí charlando con sus primas.

—Soy Darren Wentfield, conde de Silverstone.

La muchacha abrió sus rasgados ojos azul cobalto de forma exagerada y enseguida terminó de abrir la puerta ofreciéndole que pasara. Darren entró en un amplio y luminoso vestíbulo.

—Mi padre está en casa. Voy a buscarlo, milord —se apresuró a decir haciendo una rápida y torpe reverencia.

Él disimuló una sonrisa y esperó paciente que lo recibiesen. El señor Roswet no tardó en aparecer. Era un hombre amable y gentil que le tendió la mano nada más verlo.

—Soy Angus Roswet. Seáis bienvenido a mi casa, milord. ¿Os puedo ofrecer algo?

—No, gracias. Solo quiero hablar unas palabras con vos. ¿Tendríais unos minutos?

—Por supuesto que sí. Acompañadme, por favor. —El hombre le guio hasta una salita donde la hermana de Megan llevó una bandeja con té y pastas—. Es mucho mejor aquí que en el despacho. Hoy hace un día espléndido, ¿verdad? —Darren asintió—. Tomad asiento. —Se volvió a su hija—. Gracias, Emily. Dile por favor a tu madre y a tu hermana cuando lleguen que tenemos visita.

—Sí, padre. Estoy al tanto.

—No voy a quedarme mucho —le dijo Darren. Se sentó donde el señor Roswet le decía. Un sillón azul que pareció tragárselo.

—Espero haceros cambiar de opinión, milord. No recibimos muchas visitas y las mujeres de esta casa estarán encantadas de poder disfrutar de vuestra compañía. ¿Tenéis noticia de nuestra sobrina? Nos hicieron llegar una carta de ella y nos contaba que estaba con vos y una familia amiga suya.

—Así es, no debéis preocuparos por ella. Los señores Genoveva han sido muy amables ofreciéndonos su hospitalidad.

—¿Debo suponer que ya no hay peligro? Creedme si os digo que estoy muy inquieto por la seguridad de mi sobrina.

—Por eso mismo he venido a hablar con vos. Hemos localizado a las personas que tratan de hacernos daño y la Yard ha sido advertida. Será en breve cuando puedan apresarlos. Cuestión de un par de semanas mientras finalizan las investigaciones.

—Eso es una estupenda noticia.

—Sí, es fabulosa. Pero me gustaría pedirros un favor. —Angus arqueó la cejas—. Gael necesita salir de este encierro, y puesto que aún no es seguro que ande con libertad por la calle, he pensado que vos deberíais convencerla para que salga del país una temporada. Con un par de meses sería suficiente.

—Sí, tiene razón —contestó pensativo.

—Yo... además, me gustaría comentaros algo. He estado hablando con ella y hay algo que me... ha dejado intranquilo. Es posible que se deba al cansancio, o a la presión de estar en el punto de mira de unos asesinos.

—¿De qué se trata?

—Quizá sea una tontería, pero me... me... —¿Cómo decirle a su tío que su sobrina creía que tenía un don especial?—. Creo que Gael necesita ayuda médica.

Angus se tensó y se arrastró hasta el borde de su sillón para acercarse más a Darren.

—¿Qué sucede?

—No es nada físico —quiso tranquilizarlo—. Es más bien porque piensa que sus sueños se hacen realidad.

Angus frunció el ceño.

—¿Eso os ha contado ella? —Darren asintió. Notaba que al señor Roswet no le había gustado que insinuase que Gael no se hallaba todo lo cuerda que debiera. Normal. Era como una hija para él y le había dado el mismo cariño que a Megan y a Emily—. Mi sobrina es una persona muy sensible y especial, milord. Perdió a sus padres cuando era muy pequeña y una parte de ella desea conocer sus raíces. Nosotros hablaremos con Gael y la convenceremos para que descansa fuera del país una temporada.

¿Qué había esperado que le dijera? ¿Que Gael decía la verdad y no era fruto de su fantasía?

—Ella tiene mucha suerte de tener una familia como la vuestra, señor Roswet.

—Gracias.

Darren no quiso insistir en el tema. Él menos que nadie era el indicado para tacharla de demente. Habían hecho lo mismo con su padre y había aborrecido a cada persona que lo había hecho. Tampoco podía negar que tenía muchos sentimientos por Gael y no deseaba verla sufrir.

—Por cierto, milord, ¿sabéis si mi hija Megan conoce el paradero de Gael? Le he estado preguntado...

—Ella no sabe el lugar exacto, pero sí se le ha tenido informada de su salud en todo momento.

—De acuerdo, entonces me dejáis mucho más tranquilo. —Angus miró de soslayo a través de la ventana—. Comienza a anochecer y los caminos hacia Londres no son los más seguros a estas horas. Os ruego que os quedéis a cenar y a pasar la noche aquí. Es lo menos que puedo hacer después de haber estado cuidando de Gael todo este tiempo.

Darren aceptó.

Tardó dos días más en volver a la mansión de los Genoveva. Cindy le refirió que Gael había estado muy triste desde que él se había marchado, y que apenas había querido comer nada esos días. Esa noche tenía la intención de contarle que había estado con sus tíos y que tenía que marcharse con ellos. Estaba seguro de que eso la animaría.

Iba a ser difícil para los dos dejar de verse. Se habían acostumbrado a pasar mucho tiempo juntos. Ratones de biblioteca encerrados horas y horas, trabajando en las notas; averiguando, indagando, buscando. Sintiendo cómo el silencio era roto por las respiraciones o el calor de las miradas. O sin más, paseando por los alrededores de la casa. Incluso cabalgando por las mañanas. Ambos iban a echar mucho de menos sus conversaciones locuaces, y sus risas cuando bromeaban sobre algo.

—¿Dónde vas, muchacho?

Darren se detuvo al pasar ante la puerta que daba al patio interior de la casa. Max estaba sentado junto al estanque artificial y fumaba de una pipa.

—Buenas, Max. Iba a entrenar un poco —Con la cabeza señaló hacia el corredor—. Me han dicho que Smithers ha salido con tu hijo a ejercitar unos caballos.

—Así es. ¿Tendrías tiempo para dedicar a este viejo?

Darren sonrió con una mueca. Se acercó hasta él.

—El entrenamiento puede esperar, claro que sí. Solo pensaba pasar el rato.

—En ese aspecto eres igual que Smithers. No sé qué puede haber de interesante en golpear unos cuantos sacos.

—El ejercicio hace que uno no piense en otras cosas.

—¿Aunque sean importantes?

Darren se encogió de hombros y asintió.

—Supongo que, por muy importantes que sean, siempre hay que darse un respiro.

—Me ha contado la señorita Roswet que te confesó su secreto. —Darren se tensó—. Veo que no la has creído.

—Es inverosímil.

—No lo es, muchacho. Ella es una voladora te guste o no.

—Con todos mis respetos, Max, no deseo hablar de ello.

—Pero yo sí. —Le hizo una señal para que tomase asiento a su lado.

Darren dudó durante unos minutos. Respetaba mucho a Max, aunque solo se habían visto unas cuatro veces en la vida. Smithers le había contado cosas increíbles de él. Cosas que Darren no creía pero que ni juzgaba ni debatía.

Capítulo 18

El sol descendía lánguidamente tras las montañas. Sus últimos rayos de sol, de un tono fuerte, casi rojizo, bañaron parte de la fachada y las losas oscuras del suelo. Gael observaba cómo la línea que delimitaba la luz de la sombra iba haciéndose cada vez más pequeña. Estaba sentada en los escalones del porche trasero y se extendían ante ella varias zonas ajardinadas. A la derecha se abría un camino de guijarros que iba a parar a las caballerizas.

—Hola, Gael, te he estado buscando.

Ella alzó la cabeza. Darren se acercaba despacio y descendía los escalones para poder mirarla de frente. Sus pies quedaron en la sombra mientras el sol bañaba su espalda y sus cabellos.

—No sabía que habías regresado —le contestó.

Darren unió los dedos de una mano y de otra por delante de su pecho. Gael conocía esa pose. Así se ponía su tío cuando quería contarles algo importante a ella y a sus primas. También lo hacía el reverendo para atraer la atención sobre lo que decía. E incluso los profesores cuando tenían en mente lo que querían decir, pero no encontraban las palabras de cómo hacerlo. ,

—¿Ha ocurrido algo?

—No. —Negó con la cabeza—. ¿Te importa si me siento a tu lado?

—Supongo que la escalera no es mía. —Se movió un poco para girarse ligeramente hacia él. Apretó las faldas contra sus piernas.

—He estado hablando con tus tíos.

Ella alzó las cejas.

—¿Los has visto?

—Sí. Están todos bien.

—¿Qué te han dicho? ¿Megan les había contado algo?

—Quieren que regreses a casa. Ahora Pembroke y sus compañeros están todos vigilados y corres menos peligro.

Gael lo miró fijamente, preocupada.

—¿Y tú qué quieres que haga, Darren?

Él apartó la mirada y la llevó hacia las montañas. La línea del sol ya había salido del suelo enlosado y caía sobre los guijarros y los setos geométricos del jardín.

—Supongo que lo justo es que te vayas y regreses a tu vida. —Se sacó una tarjeta de un bolsillo

superior del chaleco. Vestía tan elegante como cuando lo había visto en alguna reunión—. Esta es la dirección de un periódico de Londres. Te he recomendado para que escribas algunos artículos, si quieres.

Ella tragó con dificultad.

—¿Tú quieres que me vaya? —volvió a preguntarle. Su voz temblaba.

—Sí. Creo que deberías hacerlo.

Gael apretó los labios con fuerza, consciente del nudo que se le iba formando en la garganta y que no la dejaba respirar. Luchaba para que el llanto no brotase.

—¿Tú y yo qué hemos tenido, Darren? —Él se puso en pie y evitó mirarla. Gael habría dado cualquier cosa para ver sus ojos—. Solo he sido una distracción para ti, ¿verdad?

—No es eso. Nunca debió ocurrir y lamento mucho...

—¿El qué? —Gael también se puso en pie. Tenía los ojos anegados en lágrimas, pero no lloró. Aquel mentecato no la iba hacer llorar—. ¿Qué es lo que lamentas?

—Todo —dijo clavando los ojos verdes en los suyos. Estaban llenos de arrepentimiento, pero a ella eso no le bastaba.

—¿Y si no tuviese este don, Darren? ¿Las cosas hubieran sido iguales entre nosotros?

Él le puso las manos sobre los delgados hombros.

—¿Harías eso por mí, Gael? ¿Te desharías de algo que ha nacido contigo solo para estar a mi lado?

—¿Tú no quieres que haga eso?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé, la verdad. No sé lo que quiero.

Ella aguantó un hipo. Sin darse cuenta sollozaba en silencio. Procuró que su voz no temblase cuando dijo:

—Sé por todo lo que has pasado en tu vida, Darren, y tienes razón. Entre nosotros no hay nada. No puede haber nada. Siempre habría prejuicios y reproches y tú te sentirías en la obligación de protegerme todo el tiempo para que el mundo no se me echase encima. —Se encogió de hombros—. Ninguno de los dos querríamos una vida así. —Se pasó las manos por los ojos y las mejillas retirándose la humedad y sacudió la cabeza con toda la dignidad posible—. Darren, me diste un sueño, pero ahora es hora de despertar.

Él no entendió qué quiso decir, pero no hizo el intento de ir tras ella cuando entró en la casa.

Gael se retocó el moño una vez más ante el espejo del tocador. Sobre el hombro miró la valija que María le había prestado. En el interior ya había guardado los vestidos y complementos que Darren le había comprado. Partiría hacia casa de sus tíos al día siguiente. Aquella sería la última noche que pasaría con la familia de Smithers y con el conde de Silverstone.

Una vez más sintió deseos de romper a llorar. Tenía el corazón destrozado. Sin embargo, debía alegrarse de haber conocido de un modo tan cercano al amor de su vida. Sabía que jamás iba a volver a sentir lo mismo que estando con Darren. Pero aquella era la vida que le había tocado vivir.

Suspiró hondo. En ese momento llamaron a la puerta. Aunque quedaban algunos minutos para que sirvieran la cena, imaginó que serían Cindy o Bruce que habían acudido acompañarla. ¿Les habría dicho ya Darren que se marchaba?

Los golpes insistieron de nuevo.

—Voy —respondió levantándose de la silla. Fingió una sonrisa alegre y abrió. En el otro lado estaba Max. Su camisa blanca contrastaba brutalmente con el color de su tez—. Bue... buenas noches. Ahora mismo iba al comedor.

—No voy a entretenerte. ¿Has pensado en mi propuesta?

Gael asintió y le hizo pasar. Como la otra vez que entró en su dormitorio, el anciano se dirigió hacia la silla.

—No estoy segura de querer hacerlo.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que temes?

—En realidad no temo nada. O tal vez dejar de ser yo misma. —Se sentó sobre la cama y pasó la mano sobre el raso de la colcha—. Creo que si nací así, es por algo. Puede que por el destino, o puede que sea cierto, que sirva para ayudar a otras personas y nunca me he dado cuenta de ello. Solo lo usé por propio beneficio hace tiempo para salvar a mi prima. Pero es cierto que tendría la oportunidad de usarlo para hacer más fácil la vida de otros.

—Pero ¿y tu vida? ¿No es más importante intentar ser feliz?

Gael lo miró a los ojos. Max no parecía sorprendido con su respuesta.

—Desprenderme de ello no significa que me vaya a hacer vivir una vida plena y satisfactoria.

—¿Ni por amor?

Ella alzó los ojos al techo. Otra vez las malditas lágrimas llenaron sus ojos. Apretó los labios.

—Me marcho mañana.

—Lo sé. Smithers nos lo ha dicho. No me has respondido.

Gael se cubrió la cara con las manos y sollozó. Max no dijo nada. Esperó hasta que ella levantó de nuevo el rostro hacia él.

—Hay cosas a las que no se pueden renunciar ni siquiera por amor. Yo amo a Darren, aunque a veces piense que es un estúpido orgulloso. Aunque a veces me hiera con sus palabras. La persona que me ame a mí deberá hacerlo con todo lo que soy y todo lo que tengo. Y él no lo hace así. No estamos destinados a estar juntos y contra eso no hay nada que se pueda hacer. —Max alzó una ceja y Gael sacudió la cabeza—. Ni hechizo que valga.

Él asintió.

—Tienes razón. No es bueno dejarse dominar por la cabeza, ni tampoco por el corazón. Tiene

que haber el equilibrio necesario. Darren se dejar llevar por esta —señaló su cabeza y luego su pecho—. Pero no por este.

Gael sabía por qué Darren no se dejaba llevar por lo último. Tenía miedo. Para él era más fácil continuar con su vida de amantes lujuriosas, de salir hasta la madrugada y de resolver sus problemas pagando a los demás. ¿Por qué complicarse con alguien que podría adivinar fácilmente sus secretos con solo dormir?

Si le obligaba a casarse, él terminaría teniendo amantes. Y ella sufriría viendo sus infidelidades cada noche.

—No estoy preparada para ello, Max. Por lo menos, de momento no.

Aquella cena fue algo más silenciosa de lo normal. Gael apenas cruzó palabra con Darren y lo poco que se dijeron fue en términos cortos y correctos. Casi como dos desconocidos.

Esa noche se despidió de la familia y se encerró en su dormitorio. Más tarde voló. Recorrió la casa y los jardines. Paseó por el lago y admiró la luna. Pero no hizo el intento de acercarse a Darren. Ya no lo iba hacer nunca más.

Al día siguiente el vehículo emprendió el camino con ella sola hacia casa de sus tíos. Se repitió un millar de veces que no debía contar a nadie su relación con el conde. Que debía fingir que nada más allá de su colaboración existió entre ellos.

Llegó poco antes de la cena y, en cuanto estuvo en su dormitorio, se sintió una vez más dueña de sí misma. Megan también había viajado desde Londres para estar con ella y esa noche se sentaron todos ante la mesa como habían hecho muchas veces en el pasado.

Gael les contó sobre el horrible crimen que había presenciado. Todavía se angustiaba al recordar los ojos de aquellos que parecían mirarla a través de las bañeras. Fue sutil al narrarlo. No deseaba que sus primas tuvieran pesadillas.

—Tu tía y yo hemos pensado que lo más sensato es que te marches de viaje una temporada. Que salgas de Inglaterra hasta que atrapen a esos hombres.

Gael miró a su tío. No lo habían pensado ellos. Lo había hecho Darren, y lo sabía.

—¿Para ir a dónde?

—¿A dónde tú quieras? Tienes una gran oportunidad ante ti.

No estaba muy segura de querer volver a separarse de ellos. Ahora lo que más necesitaba era sentirse querida.

—Podemos ir a Dinamarca —dijo Megan untando paté en una tostada de pan—. Me gustaría conocer tu país.

Gael la miró alzando las cejas.

—¿Quieres venir conmigo?

—¡Claro, me encantaría! ¿No pensarás que iba a dejar que te fueses tu sola?

—¡Yo también voy! —dijo Emily.

—¡No, tú no! —respondió su madre enseguida—. De momento tienes pendientes tus estudios, y después ya veremos.

—¡Pero eso es muy aburrido! ¡Vivir aquí es tedioso! ¡Nunca pasa nada en este pueblo!

—¡Emily Roswet, esta discusión se ha terminado!

—Ya, claro —protestó.

Megan y Gael guardaron discretas sonrisas. Emily era de las que refunfuñaban todo el rato, aunque nadie entendiese lo que decía entre dientes. Gael apostaba a que en realidad no decía nada. Emily protestaba solo por el hecho de llevar la contraria.

—Te traeremos algo de recuerdo —dijo Megan. Se ganó un suave codazo de su madre.

—Eso si sé porta bien. Al fin y al cabo, está algo rebelde. Su profesora dice que no presta atención y que lo único que hace es mirar a las musarañas...

Gael escuchó a sus primas y a sus tíos, aunque no les prestaba mucha atención. Pensaba en que tal vez le iba a venir bien salir de viaje. Era posible que si se distraía, Darren dejase de aparecerse por su cabeza.

Dinamarca era su país de origen. Quizá conociese algún pariente de su madre.

Capítulo 19

El barco amarró en el puerto de Nyhavan, en Copenhague. Se trataba de un canal adornado con edificios de colores brillantes.

Gael y Megan, acompañados de Timothy y Lucy, la doncella, atravesaron la pasarela observándolo todo a su alrededor. Los cuatro caminaban entre los demás pasajeros hasta que llegaron a una plaza empedrada en cuyo centro había una estatua ecuestre de plomo dorado. Era un rey vestido de emperador romano con una corona triunfal, sobre un caballo que parecía galopar. Bajo una de las pezuñas asomaba la escultura de un hombre desnudo, agachado. En la base del plinto había cuatro estatuas más y rodeaba a todas las figuras, un parterre elíptico.

Aquella fue una de las primeras maravillas que vieron al llegar al país que las enamoró. Aunque había muchos signos de pobreza: edificios viejos y calles embarradas. Eso no entorpecía la vista de los magníficos castillos. Copenhague tenía fama de ser una de las ciudades más modernas de Europa y competía con París.

Se alojaron en una casita de planta única, pero con todas las comodidades. Megan era incapaz de renunciar a los lujos. Aunque al poco tiempo de llegar se dieron cuenta de que los bancos allí no funcionaban como debían, y el dinero que recibían de Angus les llegaba casi siempre con retraso. Durante el viaje, Megan le había confesado a Gael que las relaciones con Louis Allen no iban todo lo bien que debiesen. Él le había pedido matrimonio y aunque ella no lo había rechazado, le había dicho que debía pensarlo muy bien, puesto que era consciente de que no le gustaba a su madre, y de que aquello era posible que se convirtiese en un grave problema. El viaje, no solo destinado para acompañar a Gael, servía también para que Louis deliberase con claridad qué era lo que en verdad quería.

Las primeras semanas de estar en Copenhague las dedicaron a recorrer la ciudad y sus alrededores. Gael estaba empeñada en encontrar algún pariente de su madre. Sin embargo, el apellido Landvik, el cual significaba Tierra y Bahía, era bastante popular y les hizo dar tumbos de un lado a otro sin hallar resultado. Al final, Megan la convenció para que desistiera. Decía: «Lanzas una piedra contra alguien y apuesto a que se apellida Landvik. Mira —señalaba—. El lechero es Landvik. Y la que vende empanadas es una Landvik también. Y...»

El verano en Dinamarca era agradable. El colorido de las flores adornaba los alféizares de las ventanas y balcones, puestas en vistosas macetas.

Gael no le contó a su prima nada de su desliz con Darren. Pero tampoco hizo falta. Megan se enteró sin quererlo. Ocurrió durante una mañana que Lucy escuchó maldecir a Gael, que vomitaba en un orinal de latón, y la avisó para que acudiera a ayudarla.

—Te ha debido de sentar algo mal —le dijo Megan, preocupada, cuando la doncella las dejó a solas buscando algún pañuelo en un cajón de la cómoda—. Te veía un poco pálida estos días y pensaba decírtelo. Porque tú con el conde, no llegaste hacer nada, ¿verdad?

Por respuesta, un profundo silencio.

Megan buscó los ojos de su prima.

—Gael ¿Estás... estás embarazada?

—Creo que sí —musitó en un hilo de voz.

—¿Que estás embarazada?! —Los ojos cobalto de Megan se abrieron como platos.

—No hace falta que lo grites —respondió con la cabeza baja. Sentía que se le iban a salir hasta las entrañas por la boca.

—¿Qué más da que lo grite! ¡Aquí no nos conoce nadie!

Gael se pasó el dorso de la mano sobre los labios y se dejó caer en una silla acolchada. Recogió el pañuelo que Megan le entregaba.

—Ni siquiera pensé que esto podía pasar. ¡Además, solo lo hicimos una maldita vez!

—¿Pues con esa maldita vez es suficiente!

—En vez de ponerme más nerviosa, ¿por qué no tratas de ayudarme?

Megan asintió. Se paseó nerviosa delante de ella.

—De acuerdo. ¿Cómo quieres que te ayude?

—No sé. A lo mejor hay algo que podamos hacer.

—¡Oh, claro que sí! —asintió Megan—. Si quieres voy matándote antes de que lo hagan mis padres. Y de paso me suicido yo, por si recaen las culpas sobre mí.

Gael la miró con aire triste.

—Así no me animas.

—Lo sé. —Con un suspiro Megan se sentó a su lado y le echó los cabellos platinos hacia atrás—. Es que no se me ocurre cómo ayudarte. En cuanto mis padres te vean llegar van a poner el grito en el cielo.

—Yo puedo quedarme aquí, Megan. Podemos decir que he conocido a la familia de mi madre. Puedo trabajar.

—¿Trabajar? —Megan sacudió la cabeza al tiempo que se llevaba una mano a los labios y se los golpeaba rítmicamente con velocidad—. No creo que sea cuestión de dinero... además, Timothy jamás lo permitiría. Por otra parte, Darren se hará...

—¡No!

—¿Qué no?

—Este es problema mío y no de él. No quiero que él lo sepa. —Megan se llevó una mano a la frente—. Sé que te sientes culpable, pero no lo eres, de verdad.

—¡Oh, Dios mío, Gael! Si yo no le hubiese dicho nada esa noche, nada de esto habría pasado.

—Y si no existiese la luz no veríamos nada en la oscuridad —respondió Gael tratando de alentar a su prima. Suspiró—. Voy a salir de esto, Megan.

—Pero ¿cómo? Podríamos buscar a alguien que te ayude a deshacerte de... eso. —Le señaló el vientre—. En Londres yo conozco... —Gael negó y Megan dejó esa idea de lado—. Puedes dar el bebé en adopción cuando nazca. Se puede quedar aquí y nosotras regresar. Nadie se enteraría nunca...

—No pienso abandonar a mi hijo. Eso es lo único que tengo decidido con firmeza.

Con las palmas de las manos abiertas, Megan se abanicó.

—Bien, eso está decidido. ¿Cómo vamos a hacer entonces para regresar a Londres sin padre de la criatura? —Ambas se miraron fijamente—. ¡Podemos hacer eso! Buscarte un marido.

—Querrás decir comprármelo, ¿no? —Gael se acarició la barriga. De momento tenía el vientre totalmente plano, pero en unos meses no estaría así.

Megan asintió frotándose las manos.

—Va a ser lo mejor.

—Lo mejor será que tú regreses a Londres. Que Louis te dé la contestación que esperas y deseas. Y que seas muy feliz.

—¿Y dejarte sola? ¿Te has vuelto loca?

—¡Pero tú no quieres quedarte aquí!

—¡Y tú tampoco vas a hacerlo!

—¿Por qué? Esta ciudad es bonita y la gente es agradable...

—Y acaban de salir de un conflicto. Hace cuatro o cinco años, sin ir más lejos. Las tropas deambulan de forma constante por las calles. Hay rateros acechando en cada esquina de la calle. ¡Tres veces han estado a punto de robarme! Regresaremos a Inglaterra. —Megan agitó una mano para que Gael no la interrumpiese, que era lo que pretendía—. Iremos a algún condado cercano sin que mis padres se enteren. Después de todo tenemos más de cuarenta condados en Inglaterra. Si hace falta, nos cambiamos las identidades. ¡O nos damos por muertas, qué se yo! Gael, —la cogió de las manos—, no puedes tener a tu hijo aquí. No conocemos a nadie si las cosas se complican. Allí hay buenos doctores...

—Supongo que aquí también.

—¡No podemos escondernos! ¡Me niego! Los Roswet no somos unos cobardes. Regresaremos a casa —repitió—, y ya veremos cómo solucionamos el lío. Si no quieres decir quién es el padre, me parece bien. Podemos decir que es de un danés que te engañó. O te inventas la historia que quieras. Pero aquí no nos quedamos.

—Podemos pensarlo. Estamos muy nerviosas.

Megan asintió y se puso en pie.

—Necesito tomarme algo fuerte para calmarme.

—¿Te refieres a alcohol?

Megan se encogió de hombros.

—No vas a ser tú la única que se emborrache en la vida. —Y diciendo eso, cogió un delicado chal de suave ganchillo y salió a buscar la bebida a una licorería.

—No te asomes a ninguna ventana —murmuró Gael mordiéndose el labio inferior con preocupación.

El inspector Reag y sus ayudantes trazaron un plan para detener a Pembroke. Les estuvieron siguiendo durante un tiempo. Días y noches que no le quitaron, ni a él, ni al doctor Bestman, los ojos de encima. El entramado era mucho más complicado de lo que ellos habían pensado.

Pembroke tenía un hijo de corta edad que sufría una grave dolencia del corazón. Había indagado entre los mejores doctores de Inglaterra y parte de Europa y ninguno le encontraba tratamiento que funcionase. Entonces llegó hasta sus oídos el trabajo en el que el antiguo conde de Silverstone y otros socios suyos estaban metidos. La fuente de la vida. El elixir de la vida.

Pembroke no tenía tiempo de esperar resultados. La vida de su hijo dependía de un reloj que daba las horas en una cuenta atrás. Bestman y Hugh Orwens, compañeros del padre de Darren, accedieron a intentar acelerar el proceso, mientras que el conde se negaba. Él apostaba por sustituir el órgano dañado por otro. Tal vez el de algún animal. Como última instancia se le ocurrió la opción más viable. Arrebatar el órgano a otra persona, segundos antes de que esta falleciese. Al ser el paciente un niño, el corazón debía tener el tamaño adecuado. Por su puesto, siempre cabía la posibilidad de que fuese rechazado por el cuerpo.

Para efectuar esta operación debían actuar con velocidad e introducir el órgano en alcohol criogénico.

Pembroke valoró la última opción y no le pareció lo suficientemente segura. Su obsesión era que su hijo debía llevar un órgano por completo sano. El conde no accedió y de ahí que sufriese un accidente provocado.

La Yard no solo desorganizó la banda, sino que detuvo a todos los componentes que fueron declarando.

Londres se despertó una mañana con la macabra noticia de los asesinatos y experimentos. La ciudad entera se conmocionó. Todos los titulares de los periódicos hablaron de Pembroke y la locura que lo llevó a ser juzgado y condenado junto con sus cómplices con la pena capital.

La comisión real hacía poco tiempo que había suspendido la ejecución pública, por lo que la misma se iba a llevar a cabo en la prisión. Algo que no entusiasmó a muchos londinenses pero que no tuvieron más remedio que aceptar.

Durante los días posteriores, Darren tuvo mucho tiempo de pensar y de poner en una balanza lo que quería para su vida. Amaba a Gael. Necesitaba tenerla a su lado. Y si tenía que defenderla de todos por poseer algo mágico que ella aceptaba, deseaba hacerlo sin parpadear. Quería todo de

ella. Porque fuera como fuese, lo que en verdad tenía muy claro, era que jamás se iba a aburrir con ella.

No necesitaba vivir en Londres por obligación. Podía continuar teniendo sus negocios allí, pero ya que Gael odiaba la ciudad, era mejor retirarse al campo. Un lugar que tuviese caballos. Uno en que pudiese continuar su carrera como historiador.

Con ese pensamiento viajó hasta Great Yarmouth decidido a encauzar su vida.

El señor Roswet le informó que ella había emprendido un viaje por Europa, pero no le supo, o no le quiso decir dónde estaba con exactitud, ni cuándo regresaría. Retornó a Londres en busca de Megan, pero esta había cerrado la casa a cal y canto y tampoco pudo dar con ella.

Un tal Louis Allen, con el que coincidió en una reunión, en la cual ambos acabaron borrachos y contándose confidencias —Darren aún seguía sin entender por qué, ya que Louis y él no tenía nada en común— le confesó que iba a casarse con Megan, aunque fuese lo último que hiciese. Darren le hizo prometer que en cuanto tuviese noticias de ella, le avisase.

Capítulo 20

Megan llevaba razón. Ellas no eran ningunas cobardes. Ya lo habían demostrado cuando se habían defendido del malvado párroco y lo harían de nuevo otra vez. Aunque en esta ocasión la única culpable fuese Gael.

Cobardes o no, tardaron varios meses en poder regresar a Londres debido al conflicto armado que había sufrido el país cuatro años antes. Algo que se conocía como Guerra de los Ducados que enfrentó al Imperio austríaco y Prusia contra Dinamarca. Perdió este último y todavía no se habían recuperado del todo de las secuelas. A veces los barcos llegaban a puerto, pero no podían embarcar con nadie. Las grandes compañías perdieron mucho dinero.

En los barrios más refinados, los suministros de víveres llegaban con puntualidad, mientras que en los más humildes se había disparado la delincuencia. La casera del edificio donde se alojaban les había aconsejado que no saliesen mucho de aquellas zonas, y mucho menos sin la compañía de Timothy.

Megan, con el permiso de su prima, le había escrito una carta a su madre contándole sobre el estado de Gael, aunque omitiendo la paternidad, tal y como le había pedido. No deseaba que les cogiese por sorpresa el aspecto de su prima cuando llegasen.

A mediados de octubre el barco entró en el puerto de Londres. En los muelles, un Angus muy nervioso esperaba a su hija y a su sobrina. Las vio antes de cruzar la pasarela. Había comenzado a chispear y Timothy y Lucy iban tras ellas llevando las maletas, mientras Megan sostenía el paraguas y dejaba que Gael se agarrase a su brazo con fuerza.

—No va a pasar nada —dijo Megan al notar cómo le clavaba las uñas—. Tranquila. —Bajó más el paraguas sobre ellas para pasar inadvertidas.

Gael no podía dejar de mirar a su tío. Quería saber qué opinaba o cómo se sentía. Algunas veces había «volado» a casa, tratando de averiguar. Aunque tampoco se había esforzado lo suficiente por miedo a saber la verdad.

Notó que su tío la observaba con fijeza. Su vientre estaba abultado y no había ninguna duda de su embarazo. De no ser por el brazo firme de Megan, se hubiera desplomado sobre el suelo como una losa.

Antes de alcanzar las tablillas del muelle, sintió que su tío la tomaba con firmeza del codo y la aplastaba contra su pecho en un abrazo gigante. Aquella era la respuesta que ella más había

necesitado.

Gael le echó los brazos al cuello y gimió desolada.

—Lo siento tanto, tío.

—Chist —fue la única respuesta de él, acompañado por una caricia en lo alto de su cabeza. Abrió su otro brazo y acogió a Megan—: Gracias por cuidar de tu prima —dijo sincero mientras la besaba en la mejilla. Las hizo subir al coche y él indicó a Timothy dónde poner el equipaje. Enseguida se subió con ellas—. ¿Cómo te encuentras, Gael? Tu tía está muy preocupada.

—Cansada —respondió, cubriéndose con la capa.

—Era muy difícil salir de Copenhague. Los pocos barcos que podían sacarnos se querían aprovechar y pedían cantidades desorbitadas —contó Megan.

—Todos intentan lucrarse de la situación. —Él volvió a llevar los ojos hasta Gael. En ellos había cierta emoción, pero ningún reproche—. ¿Has conocido entonces a algún pariente?

Gael sacudió la cabeza.

—Ha sido imposible, aunque estuvimos dos veces a punto de dar con ellos. Una nos llevó hasta Skagen, un pequeño pueblo pesquero. Y la otra fue en Roskilde. Al menos allí pudimos visitar su catedral. Es un enorme edificio de ladrillo rojo donde entierran a los miembros fallecidos de la realeza danesa. Pero había tanta gente con el apellido de mi madre que es como buscar una aguja en un pajar.

—Tal vez lo puedas intentar en otra ocasión.

—Sí, tal vez. —Aunque iba a ser muy difícil, ya que no poseía nada que hubiera pertenecido a su madre.

—¿Dónde vamos, padre? —preguntó Megan asomándose a la ventanilla—. ¿A casa?

—¡No! —respondió Gael asustada.

—Tranquila, vamos a Yorkshire. Si es por mí, vienes a casa —replicó Angus, serio, dirigiéndose a Gael—. Pero tú tía dice que debemos respetarte. Aunque a mí, eso de trabajar ayudando a gente no me parece muy correcto. Y menos en tu estado.

—Pero Gael y mamá llevan razón, padre. Ya sabes cómo son los del pueblo. Primero hablaron de mí, y desde luego la prima no se libraría de ello.

—Lo sé —gruñó el hombre—. Lo peor de todo es que Katia querrá estar con Gael cuando se acerque la fecha.

Megan alzó las cejas, divertida.

—¿Y qué temes? ¿Quedarte solo?

—¿Solo, dices? —sacudió la cabeza. Fingía estar molesto, pero ellas le conocían y sabían que no lo estaba. Al contrario, irradiaba felicidad de verlas—. Katia se ha asegurado de que yo tenga mi propio espacio en Yorkshire. No os librareis de mí con facilidad. —Miró a Gael con ternura—. Espero que te guste el lugar.

Otra vez Gael volvió a lanzarse al cuello de su tío. No merecía que la quisieran tanto y había sentido tanta vergüenza de que se enterasen de lo ocurrido, que se había alegrado de no haber

podido salir antes de Copenhague. Ahora se arrepentía de sus miedos.

—Tío Angus, ¿es verdad que apresaron a todos los malhechores que nos perseguían a mí y al conde?

Él asintió:

—Se armó un terrible revuelo, pero al final se hizo justicia. Salió en todos los periódicos. Ya no hay nada de que temer.

—Qué alivio.

—Padre, yo también tengo que decirte algo. —Megan interrumpió el afectuoso abrazo entre él y su prima.

—¿No estarás en estado tú también? —preguntó Angus con chanza.

—¿¡Qué!?! ¡No, no! —exclamó con espanto—. ¿Cómo puedes preguntar algo así? —Su rostro se había puesto rojo como un tomate.

Con teatralidad, el hombre se llevó una mano al corazón y sonrió a Gael.

—Creí que iba a darme un infarto.

—¡No seas bromista, padre! Lo que yo quiero decir es que seguramente me case dentro de unos meses. Louis Allen me pidió matrimonio antes de irme de viaje. Aunque en cuanto sepa que estoy de vuelta...

—¿No le has avisado? —amonestó Gael con incredulidad.

—No —respondió Megan—. Pero en cuanto lo sepa vendrá a casa a pedir mi mano.

—¿Y qué quieres que le conteste? —inquirió Angus, cada vez más convencido, que quien debía estar allí con las niñas era Katia y no él.

—¡Pues que sí! ¡Claro que quiero casarme con él!

Yorkshire estaba situado al norte de Inglaterra. Poseía herencia romana y vikinga, además de sus castillos normandos y las abadías medievales. Las verdes campiñas se recortaban contra el mar, interrumpidas por los grandes acantilados de piedra rocosa.

La casita donde se había instalado Gael estaba situada en una de las calles más pintorescas de York, con los suelos de adoquines y casas con entramados de madera. La vida allí prometía ser relajada. Como a ella le gustaba.

No podía evitar seguir pensando en Darren de vez en cuando. Incluso a veces se atrevía a fantasear con él de nuevo. Pero eso la provocaba más dolor. Ya no era lo mismo que cuando lo soñaba, porque esa vez, algo de él estaba creciendo en su interior. Y crecía a pasos agigantados. Notaba los movimientos de su hijo —tenía que ser varón, no solo por el tamaño, sino por la fuerza con la que pateaba—. Por las noches, cuando se sentaba al calor de la chimenea, le gustaba recostarse en el sofá y colocarse un libro sobre el vientre. Maravillada, se pasaba horas viendo cómo el libro hacía equilibrio y se movía de un lado a otro.

Gael se reía con él y le hablaba, esperando con ansia que descansara en la pequeña cuna que su tía Katia le había llevado la semana pasada.

Había abierto su propio negocio justo debajo de su vivienda. Parecía una tienda de antigüedades, pero tal y como decía los anuncios de los periódicos locales, su especialidad era descubrir objetos perdidos, y a veces, si se terciaba, personas.

Gael no atendía a todo el público. Solo a aquellos que en verdad necesitaban su ayuda. Y tampoco hablaba con claridad de lo que podía hacer o no. Les explicaba que sus métodos eran secretos profesionales y que tenía a un montón de personas trabajando con ella, desde las sombras. Aquello era más factible de creer y de ese modo no tenía que contar a nadie la verdad. Lo que sin duda importaba era la eficacia y la resolución de su encargo. El contenido solo la incumbía a ella. Y a Emily. Su prima iba a visitarla muchas veces, en ocasiones hasta se quedaba semanas enteras con ella y la ayudaba a atender a los clientes. Disfrutaba siendo su secretaria, como se llamaba a sí misma.

A mediados de diciembre Megan y Louis Allen anunciaban su compromiso en Londres. Se iba a celebrar en casa de Louis e iba a ser algo sencillo e íntimo, por lo que Gael acudió junto a su familia. No podía negarse a un evento como aquel. Deseaba acompañar a Megan.

Faltaba poco para la Navidad y se respiraba un ambiente festivo por toda la ciudad. Olía a castañas asadas y chocolate caliente, a canela y azúcar tostada. A muérdago, acebo y flor de pascua.

Durante su estancia en Londres Gael trató de pasar lo más discreta posible. Empero el día que regresaba a York, justo cuando se disponía a entrar en el vehículo que Timothy tenía estacionado en la calle, una mujer que iba distraída hablando con su compañero, estuvo a punto de arrollarla. Elisa Taylor se quedó boquiabierta, observándola con descaro.

Gael deseó que la tierra la tragase. ¡Londres no era tan pequeño como para coincidir con ella! Su compañero era un elegante caballero que con rapidez se apresuró a disculparse con ella.

—Lamentamos mucho lo ocurrido, señora. Íbamos tan enfrascados en la conversación que no os vimos. —Tendió un brazo a Gael—. Permitidme que os ayude a subir.

—No, no. —Gael lo sonrió, nerviosa—. No os molestéis. Timothy...

—En absoluto, al contrario. —El caballero no aceptó ninguna negativa y la ayudó a subir al coche.

Elisa continuaba mirándola con sorpresa. Solo el brillo de sus ojos le confirmaba a Gael que la había reconocido. Le sostuvo la mirada con orgullo. Si Elisa no quería perder a su querido conde, ni siquiera le comentaría que la había visto. Y aunque lo hiciese, Gael tenía derecho a estar embarazada de cualquiera.

—Ella no está interesada en que Darren se entere —le dijo Megan al tiempo que la besaba en la mejilla cuando la pareja se despidió—. Cuidate mucho y recuerda que el mes que viene viajaremos a York para acompañarte en tu gran día.

El 14 de enero nació el pequeño Cristián, en honor al rey de Dinamarca que posaba sobre el caballo en aquella plaza que visitó al llegar a Copenhague. El pequeño nació con casi cuatro kilos que dejaron a su madre agotada pero satisfecha. Cristián tenía los ojos tan verdes como las olivas. Era una copia perfecta de Darren. Algo que solo ella y Megan pudieron ver y que callaron como el mejor secreto guardado del mundo.

A finales de enero Katia regresó junto a su esposo a Great Yarmouth, pero Emily se quedó en York con Gael y el pequeño. Y aunque Gael no necesitaba el dinero, puesto que su tío era muy generoso con ellos, retomó su trabajo enseguida. Emily le servía de gran ayuda. Eso sí, como parte del trato, Emily continuaba estudiando y acudía a clases de piano, de cocina y de costura.

Capítulo 21

Una tarde que Gael charlaba con una dama que necesitaba encontrar a su hija, sintió la campanilla de la puerta por tercera vez ese día. Iba a disculparse cuando Emily, que acababa de bajar del piso superior, se ofreció a atender a la visita.

—Que venga mañana —avisó Gael antes de que desapareciese con velocidad hacia la antesala.

—Parece que empieza a hacerse famosa —le dijo la dama cuando volvieron a quedarse a solas.

Gael se encogió de hombros. Con ayudar a la gente se conformaba.

—¿Ha traído algo que perteneciese a su hija?

La mujer se sacó un guardapelo por el escote de su discreto vestido negro. Se quitó el colgante y se lo entregó.

—Esto era de ella.

—¿Y algún retrato?

—¿Es necesario?

—Me gustaría saber cómo es...

Emily la interrumpió.

—Perdona, Gael, pero el conde de Silverstone quiere hablar contigo.

Gael se puso en pie con rapidez, justo en el momento que Darren entraba en la sala. Verlo de nuevo creó un caos en su interior. Estaba más guapo que la última vez que lo había visto. Un largo y grueso abrigo le cubría desde el cuello hasta las pantorrillas, donde asomaban unas lustrosas botas de cuero marrón. Llevaba el pelo peinado hacia atrás cubriéndole la nuca.

—Ahora estoy ocupada, milord. ¿Puede venir más tarde?

Él se la quedó mirando en silencio durante unos largos e incómodos segundos. Sus imponentes ojos verdes la recorrieron de arriba abajo. Gael enrojeció. Había recuperado sus formas, aunque si uno se fijaba bien, tenía los pechos más llenos y las caderas más redondeadas.

La dama que ocupaba la silla frente a Gael también se puso en pie y se inclinó levemente ante Darren.

—Yo ya estoy acabando, milord. —Sacó de una pequeña carpeta el retrato de una joven de cabellos oscuros—. Esta es mi hija Blanche. —Tendió la imagen a Gael que la cogió de manera automática—. ¿Cuándo tendrá resultados para mí?

—En cuanto sepamos algo, le avisamos —contestó Emily por Gael—. La acompaño hasta la

puerta.

La mujer asintió y se volvió a Gael con una mirada implorante.

—Esperaré ansiosa su mensaje.

Gael despertó del trance en el que había caído.

—No se preocupe. Tendrá respuestas muy pronto.

Emily recogió el abrigo de la mujer, la ayudó a ponérselo y la guio hacia la antesala.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Gael a Darren cuando se quedaron solos.

—Estuve buscándote.

—No estaba en Inglaterra. Fue idea tuya, ¿recuerdas? Les dijiste a mis tíos que me convencieran para marcharme de aquí. —Se dio la vuelta para guardar lo que la dama le había entregado, y para que Darren dejase de estudiarla con tanta fijeza. Le hacía sentir cosas en el estómago.

—Detuvieron a Pembroke y a todos sus secuaces.

—Lo sé —respondió dirigiéndose a la chimenea. Atizó el fuego. No podía estarse quieta—. Me lo contó mi tío. Me alegro mucho por ti.

Él suspiró tan fuerte que Gael no tuvo más remedio que volverse a mirarlo.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Ella pestañeó sorprendida.

—No sé a qué te refieres.

—He venido a pedirte perdón.

—No hace falta. Ya lo hiciste en su día.

Él asintió.

—¿Cómo estás, Gael?

«A punto de sufrir un desmayo»

—Bien, no puedo quejarme.

—He oído a lo que te dedicas.

Gael se cruzó de brazos. Su corazón retumbaba con fuerza en su pecho. El ambiente era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo.

—Un amigo me aconsejó que aprovechara lo que tengo y lo utilizara de la mejor manera posible. Le hice caso.

—¿Y la gente te cree? No me malinterpretes, pero...

—¡Eres un mentecato! —exclamó, ofendida—. Creía que solo habías venido para contarme lo de esos hombres, pero veo que me confundí. Has venido para reírte de mí una vez más. Eres un arrogante. Nunca debí contarte mi secreto. Jamás debía haber intentado salvarte la vida. ¡Eres horrible!

Quiso escapar de la habitación. Pero antes de subir las escaleras ya estaba atrapada entre sus brazos. Furiosa, intentó apartarlo de ella.

—Soy imbécil, si —respondió él afianzándola con más fuerza para que ella no pudiera moverse

—. Y desee que te marcharas lejos de mí, porque entonces no sabía lo que sentía.

Ella se paró en seco y levantó la cabeza encontrándose con sus ojos verdes.

—¿Qué sentías, Darren?

Él sacudió la cabeza.

—Solo sé que te echo mucho de menos.

—Y que odias lo que hago.

Darren levantó una mano para tomarle la cara por la barbilla.

—Sí. Lo odio. —La besó con delicadeza en los labios—. Pero...

—Quiero que te marches, Darren. Yo soy así y no voy a cambiar ni por ti, ni por nadie. Vete con Elisa, o con cualquiera de tus amantes, pero por favor, te pido que no vuelvas a acercarte a mí.

—Cuando te fuiste de Londres rompí mi relación con Elisa. No he estado con ninguna mujer desde que estuve contigo.

Ella sacudió la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos, muy abiertos, clavados en él.

—No quiero saber nada más.

—Me sentí perdido sin ti, Gael. Te amo.

—No lo demostraste. Me echaste de tu lado.

Darren la observó con ojos rebosantes de ternura.

—Necesitaba espacio para poder asimilar y pensar. Quería encerrar primero a los asesinos de mi padre y ponerte a ti a salvo. No sabes cuántas veces me arrepentí de haberte tratado como lo hice.

—Haz el favor de soltarme, Darren.

—¿Gael? —la llamó Emily desde la puerta.

Con un gruñido sobre el oído de Gael, Darren la soltó y dejó que ella se apartase de su lado.

—Estoy bien, Emily. El conde ya se marchaba.

Se hizo un silencio tenso y espeso. Darren sacudió la cabeza de arriba abajo.

—De acuerdo, Gael. He sido un necio al haber venido. Siento si te he molestado.

Con el corazón destrozado, una vez más, ella lo vio abandonar la sala. Se sentó en los primeros escalones y se cubrió el rostro con las manos.

—Gael. —Emily se acercó a ella y se puso de rodillas sobre el suelo para mirarla a la cara—. ¿Ese hombre es... el padre de Cristián?

Ella asintió. Levantó los ojos a su prima, sorbiendo por la nariz.

—No le digas nada a tu padre.

—Pero ¿y a él? ¿No piensas decirle que tiene un hijo? —Gael sacudió la cabeza—. Ha dicho que te ama. Y la otra vez que fue a casa, cuando aún estabas en Copenhague, se le veía...

—¿Fue a casa mientras yo estaba de viaje?

—Sí. Hace muchos meses. —Se encogió de hombros—. Unas semanas después de que tú y Megan os marcharais.

Gael se llevó una mano a la boca. Rompió a llorar.

—Ve a su encuentro, Gael —la animó Emily poniéndose en pie para buscar el abrigo.

—¿No crees que será demasiado tarde?

—Aún puedes alcanzarlo. Toma, ve deprisa.

Gael se puso la prenda al tiempo que salía corriendo a la calle. Sintió que el corazón la golpeaba con furia en el pecho. Había sido despiadada con él. Darren le había dicho que la amaba pese a saber que ella continuaba poseyendo su don. Pese a odiar lo que hacía. Pero en ningún momento le había dado a elegir. Solo aceptaba lo que hacía y la buscaba porque la amaba.

Corrió calle abajo. Hacía frío y comenzaba a llover. Cuanto más apresuraba el paso, más fuerte latía su corazón. ¿Y si no llegaba a tiempo?

Vio el faetón cuando salía de York. Iba bastante por delante de ella. Comenzó a llamarlo a gritos. Su voz se confundía con el viento. Se alzó las faldas y corrió todo lo que pudo. Tanto que el aire oprimía sus pulmones. Tanto que el viento barría sus lágrimas. Se desplomó en mitad del camino sin aliento.

No escuchó las ruedas del coche que se acercaron por el camino de tierra hasta que las tuvo al lado. Esperanzada, levantó la cabeza. Vio que el cochero descendía del pescante y se acercaba a ella con rostro serio. La puerta del vehículo se abrió y un caballero de mediana edad bajó también.

Gael lloró más fuerte al darse cuenta de que ninguno de ellos era Darren y dejó caer la cabeza entre sus brazos.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien?

La ayudaron a ponerse en pie. Gael negó con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. La llevaron hasta casa. Emily rodeó su cintura cuando entraba en el vestíbulo arrastrando los pies.

—No he llegado a tiempo —le dijo a su prima, angustiada—. Lo he perdido para siempre.

Emily la arropó entre sus brazos y así estuvieron las dos un buen rato. Después Gael dejó que su prima la guiase a su dormitorio, la desnudase y la metiese en la cama.

Estaba furioso. Sabía que no iba a ser fácil convencer a Gael de sus sentimientos. Pero ella era tan terca que ni siquiera le había dejado explicarse. Como resultado su orgullo había salido herido. ¡Qué demonios! ¡No podía rendirse tan rápido! Tenía que hacer algo para que ella lo perdonase.

John le avisó de que ya había llegado a la residencia. Estaba tan distraído que ni siquiera había notado que se habían detenido frente a la puerta de Silverstone.

Entró en casa, no sin antes mirar las ventanas de su vecina de enfrente. En cuanto las había visto abiertas el día anterior, se había acercado raudo para averiguar sobre el paradero de Gael. Fue Megan quien le dijo que estaba en York y que tenía un pequeño negocio.

Desde que lo supo, había dudado en salir corriendo hacia allí o en enviarla una carta. Optó por la primera opción debido a su poca paciencia, y sobre todo a que deseaba verla más que a nada en

el mundo.

Gael estaba preciosa. Más bella que nunca si eso era posible. Y dolida. Muy dolida. Él podía entenderlo. Precisamente por ese motivo no iba a rendirse.

Lo primero que hizo fue llamar a su criado para encargarle que comprase flores y se las enviase a Gael. No le importaba si ella pensaba que era un cursi o un sentimental. Lo único que le importaba de verdad era que ella supiese cuánto la amaba.

Un tiempo atrás no habría actuado así. Nadie le había rechazado nunca, no obstante, tenía muy claro que con lo tímido que era, jamás habría insistido. Hubiera cerrado el candado y tirado la llave.

Su mayordomo le informó de que Philip Reeves acababa de llegar. Lo hizo pasar a una pequeña sala donde el fuego ardía con fuerza en la chimenea. Hablaron sobre negocios y cosas triviales, hasta que Philip le quiso persuadir para salir esa noche al club.

Darren rechazó la oferta.

—Me aburre estar todo el día escuchando a esa panda de rapaces que parecen disfrutar con las desgracias de los demás.

—¿Ni siquiera para jugar una buena partida de cartas? —insistió Philip.

—No. Ayer recibí varios mapas y me gustaría echarles un vistazo antes de ir a dormir. ¿Te apetece quedarte a cenar?

—No, prefiero acercarme al club y rodearme hoy de alguna compañía femenina. Al venir aquí, he visto que la señorita Megan Roswet ha regresado.

Darren asintió.

—Ayer estuve hablando con ella. Llegó hace unos meses.

—¿Y el señor Allen no te avisó?

—Está visto que no. Ya tendré unas palabras con él cuando me lo encuentre. —Philip se encogió de hombros y entrelazó los dedos de ambas manos, mirándolo con fijeza. Había algo que quería decirle y no sabía cómo. Darren se dio cuenta—. ¿Qué pasa?

—No te va a gustar nada, Darren. Se trata de Elisa Taylor y de ti.

—No tengo nada que ver con ella ya. —Sirvió un par de copas del botellón de cristal que había sobre un carro de bebidas y le entregó una a su amigo.

—La señora Taylor ha dejado correr el rumor de que tú rompiste la relación con ella, porque... la señorita Roswet estaba esperando un hijo tuyo.

—¡Qué sandeces!

—Asegura que la vio una tarde aquí en Londres, y que su embarazo era bastante avanzado.

—No te preocupes, Philip. Eso no es verdad. Hoy mismo he visto a Gael y sé que si hubiera sido cierto me lo habría dicho.

Philip se quedó con la copa a medio camino de la boca.

—¿Has visto a la señorita Roswet?

Darren le contó cómo había averiguado que Gael había regresado y la manera en la que había

transcurrido el encuentro.

Capítulo 22

Al día siguiente Gael se levantó bastante decaída. Había estado pensando durante toda la noche y era justo que si Darren le había confesado su amor, ella también lo hiciese.

Emily le había prometido que no iba a decir nada a sus padres y sabía que podía confiar en ella.

Cuando Emily se despertó aquella mañana, Gael le sirvió leche caliente en un tazón y se sentó acompañarla. Estuvieron charlando de la dama que estaba buscando a su hija, y le dio apuntado su paradero en una hoja de papel. Al parecer la muchacha se había fugado porque estaba enamorada de un mozo de cuadras. Al no aceptarle en la familia, ambos habían decidido casarse en secreto.

—Y tú, ¿cómo te encuentras hoy? —le preguntó su prima.

¿Qué podía decirle? Se encogió de hombros.

—Bien.

—¿Has pensado hacer algo?

—Supongo que debería escribirle una carta, aunque después de lo de ayer estoy segura de que no querrá saber nada de mí. —Emily la miraba de una manera que le intrigó—. ¿Qué ocurre? ¿Qué estás pensando?

—Se me ha ocurrido una manera de entregársela, aunque... puede que sea un poco fuerte y le dé un infarto.

Gael frunció el ceño.

—¿Un infarto? ¿A Darren? ¿De qué estás hablando?

Llamaron a la puerta en ese momento. Era un muchacho que llevaba un gran ramo de ranúnculos rojos y fucsias.

—¡Es para ti, Gael! Lo firma Darren Wentfield, «siempre tuyo».

Se quedó sorprendida. No sabía si echarse a reír o a llorar. Lo había rechazado, humillado al echarlo fuera de casa, y él la regalaba un ramo de flores.

—¿No es un encanto? —murmuró hundiendo la cara en el ramo. Oliendo su fragancia.

—Se nota que te ama de verdad, Gael.

No supo por qué hizo caso de su prima, pero después de escribir una emotiva carta para Darren y guardarla en un sobre, garabateó su dirección y aquella noche cuando se despertó en el aspecto astral, fue a Silverstone a dejarla sobre la cómoda de la habitación.

A pesar de las horas, él todavía no dormía.

Llena de curiosidad recorrió la casa. Toda la planta superior se hallaba a oscuras excepto por la luz de la calle que penetraba por las ventanas.

Unas voces la llevaron hasta una sala bastante iluminada del piso de abajo. Se detuvo impactada por la escena. Darren y Elisa ocupaban la pieza. Se hubiera marchado de allí si Elisa no hubiera estado amenazando a Darren con el atizador de la chimenea. Él no parecía tener miedo. Al contrario. De brazos cruzados y con una sonrisa fría y egocéntrica, la observaba.

—No vas a conseguir que siga sufragando tus gastos cuando lo nuestro murió hace tiempo —decía Darren—. Mucho menos si me amenazas.

—Necesito el dinero —musitó ella con los dientes apretados.

—Te dije que quería verte solo para comentarte algo, Elisa. No para que volvamos a estar juntos. Suelta el atizador y hablemos como personas civilizadas.

—Darren, por favor —le suplicó.

—¿Qué ocurre, tu último amante no te da lo que necesitas?

—No. Me compra regalos y fruslerías, pero no un techo donde vivir. Ya sabes que la familia de mi difunto marido me echó de mi propia casa cuando él murió. El poco dinero que tengo no me da para vivir en un lugar decente.

Darren soltó una risa que nada tenía de divertida.

—Esa casa no te pertenecía, Elisa.

Gael iba a marcharse. Aquella conversación no la incumbía, y aunque Elisa estaba armada, no parecía suponer una amenaza para Darren. Hasta que él quitó la vista de la mujer durante unos segundos.

Elisa alzó el atizador dispuesta a golpearle.

Con fuerza Gael arremetió contra ella y el hierro fue a parar sobre la mesa de té, rajándola por la mitad.

Darren descruzó los brazos y observó la mesa con la boca abierta. Elisa se frotó el hombro, donde habría jurado que había recibido un golpe.

—Yo... yo... no sé qué... qué ha pasado —tartamudeaba ella, asustada.

Darren oteó todo a su alrededor. Gael sabía que la estaba buscando.

—Pues yo sí —respondió él medio divertido—. Es mi ángel de la guarda, que me salva la vida por segunda vez.

Gael sonrió mordiéndose el labio inferior. Dejó que él se encargase de sus propios problemas y regresó a su cuerpo. Apretó las cobijas contra sí.

Desde luego entre Londres y York había una distancia más que generosa. Por eso cuando Gael bajó al comedor esa mañana, se sorprendió de que Darren y la empleada estuviesen charlando allí como si él viviese en aquella casa. La mujer se despidió diciendo que iba a la cocina para

terminar de preparar el desayuno, y culpó al conde por su demora.

—Has venido —murmuró Gael sin poder creerlo.

Darren frunció el ceño, confuso.

—Creí que eso ponía en tu carta.

Ella se sonrojó.

—Quería pedirte perdón —lo miró con expresión suplicante—. Te traté muy mal y no quise escuchar lo que me decías. Pensé que después de lo del otro día, no querrías volver a... verme.

—Se me pasó por la cabeza. Soy muy arrogante, tú misma lo dijiste.

—Ya —respondió mordiéndose el labio—. Me sentí muy enfadada contigo cuando me echaste de tu lado en Le manoir sans temps. Creí que lo que había pasado entre nosotros no significaba nada para ti y... yo te amaba. Me enamoré de ti cuando te conocí y tú no sabías que existía. Soñaba contigo siempre. Por eso cuando regresé a casa pensando que no me querías, no quise saber más de ti. He tratado todo este tiempo de olvidarte, pero no lo he conseguido.

—Fui a buscarte a casa de tus tíos.

—Yo no lo sabía. Emily me lo dijo el otro día. Darren, salí corriendo detrás del coche cuando te marchaste. Como no paraste de por hecho que con mi rechazo ya no querrías volver a verme más.

—¡No te vi!

Ella se encogió de hombros.

—Pero me mandaste flores. —Las lágrimas acudieron a tropel a sus ojos.

Darren la estrechó en un fuerte abrazo y le susurró con voz ronca:

—Te amo más que a mi propia vida, Gael. Te necesito para ser feliz porque jamás voy a encontrar a nadie que sea tan afín a mí. Ni a nadie que proteja mis espaldas mejor que tú.

Ella sonrió.

—Yo también te necesito.

Darren besó su frente, su mejilla y alcanzó sus labios en un beso tierno y lento.

—Emily está por aquí y nos va a pescar —le dijo ella.

Darren aspiró profundo y asintió.

—Iré a ver a tus tíos. Les diré lo que siento por ti y pediré tu mano...

—¡Espera! Hay algo que todavía debo decirte.

—Seguro que puede esperar. Me urge más conseguir una licencia...

Gael le cubrió la boca con la suya. Después de besarla dejándole con la palabra en la boca lo tomó de la mano. Le llevó por las escaleras hasta llegar a su dormitorio.

—Siempre puedo ir más tarde a ver a tus tíos —bromeó él con ojos brillantes. Le rodeó la cintura atrayéndola hacia él para volver a capturar su boca.

Gael se deshizo de su abrazo con una sonrisa nerviosa. Abrió la puerta y, cogiendo de nuevo la mano de Darren, lo arrastró hasta una cuna de madera. En su interior, una cabeza salió de un saco blanco y los miró a ambos a través de sus ojos verdes.

Darren se sostuvo al mueble perdiendo el color de la cara. Recordó la conversación con Philip, e incluso la noche anterior le había obligado a Elisa a que desmintiera el rumor del embarazo de Gael.

—Si no hubiera venido a buscarte, ¿no me habrías dicho nada nunca? —le preguntó en un hilo de voz.

Gael apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza.

—Lo siento, Darren, yo... no.

Él se recuperó enseguida y alargó la mano hasta acariciar los cabellos castaños del bebé.

—¿Cómo se llama?

—Cristián, como un antiguo rey de Dinamarca. Quería ponerle así para tener algo que siempre me recordase a mi madre, ya que jamás tuve nada de ella.

—Me gusta Cristián.

Gael notó un tono de angustia en su voz y se sintió culpable. Le rodeó la cintura con fuerza aplastando su cara en el amplio pecho.

—Por favor, perdóname.

Darren le apoyó la barbilla en la cabeza y murmuró:

—Me da miedo pensar que hayas tenido que pasar tú sola por todo esto.

Ella levantó la cabeza para mirarlo:

—Soy fuerte.

Él le cogió la cara entre las manos y la besó en los labios con ternura.

—Te prometo que estaré presente en todos los demás hijos que tengamos. —Miró a Cristián sobre la cabeza de ella con orgullo y sonrió—: ¿Crees que pueda tener tu don?

Gael no se atrevió a mirarlo y se encogió de hombros.

—Espero que no.

Darren le alzó la cabeza poniendo un dedo bajo su barbilla.

—Y si fuese así, ambos le diremos una y otra vez, lo mucho que le queremos por ser tan especial.

—¡Oh, Darren! —Se enganchó a su cuello y lo besó en los labios.

Epílogo

Gael salió de la librería Hatchards con agilidad, sujetándose la falda con una mano para no pisársela.

Darren la observó con una sonrisa en los labios. A ella se le habían soltado varios mechones de su peinado. Un intrincado recogido que su doncella le había elaborado aquella mañana.

Traía las mejillas sonrosadas y sus labios brillaban con una bonita sonrisa. Llevaba un elegante vestido verde botella que conjuntaba con unas cintas que adornaban su cabeza.

—¿Ha sido fructífero su día, milady? —le preguntó él cuando llegó a su lado.

La joven le regaló una mueca acompañada de un bizqueo.

—¡Estos hombres son bobos! —exclamó en un susurro para que nadie más que él la pudiese escuchar.

—¿Qué es lo que esperabas de estos grupos? No son más que unos charlatanes a los que les encantaría tener algún don tan precioso como el tuyo, pero ya ves que no es así.

—Lo sé. —Se agarró de su brazo y comenzaron a caminar por la calle—. Me hice ilusiones pensando que habría más gente como yo.

Darren soltó una risotada.

—Eso es imposible, amor. Eres auténtica. No hacía falta que vinieras a estos grupos para saberlo.

—Por eso no creo que vuelva más. ¿Y Cristián?

—Tus tíos lo querían llevar de paseo, pero prometieron que lo dejarían en Silverstone antes de que nosotros regresáramos. Gael —la miró de reojo—, hoy me han hecho una oferta que creo que es interesante.

—¿De qué se trata?

—Quieren comprar la fórmula del nitrógeno de mi padre.

—¿La del diario? —Él asintió—. ¿Y qué vas a hacer?

—Pues eso es lo que necesito que me digas. Creo que son gente juiciosa. Trabajan en un hospital europeo que hace investigaciones serias con el trasplante de órganos. Podría decir a Philip que averiguase si es cierto, pero tú lo harías antes.

Gael se detuvo en seco y se giró a él alzando las cejas.

—¿Me estás contratando?

—¡No creo que haga falta! ¡Eres mi esposa!

—Mis clientes son muy exclusivos, milord.

Darren la obligó a que siguiese andando y sonrió divertido.

—Pero lo harás porque me quieres. Porque sueñas conmigo todas las noches y...

Gael le empujó con las caderas.

—¡No seas arrogante!

—Arrogante, no. Seductor, irresistible...

Gael soltó una carcajada.

Ya tendrían tiempo para decirse lo que pensaban el uno del otro. Toda la vida.

FIN

Nota de autora

Como en todas mis novelas de romántica histórica, me he permitido ciertas licencias para poder contar la historia como a mí me gustaría que me la contasen.

Puede parecer que la novela es paranormal —no digo yo que no tenga un poco—. Pero, al parecer, los voladores existen. ¿Nunca has sentido mientras duermes que alguien está entrando en tu habitación o en tu zona de confort, y no puedes despertarte? ¿No has sentido ese agobio, esas ganas de gritar, hasta que por fin abres los ojos? ¿Y si eso pasase porque en ese momento el alma hubiera salido del cuerpo? Tal vez, eres un volador o voladora.

Espero que disfrutes mucho de Las noches de Gael.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi correctora, Laura Socías, porque cuando una no ve las cosas, no las ve. Y, si no fuera por ella, en algún momento mis personajes tendrían dos espaldas o pegaban una patada al momento histórico. Me gusta mucho trabajar contigo, Laura.

También a Lola Gude, mi editora. Gracias por tu paciencia —a pesar de querer todo para ayer—. A tu preocupación. A la manera en la que haces que todo fluya. Eres uno de los motores más fuertes de Selecta. La que nos guía. La portavoz de las buenas o las malas noticias. Y sobre todo, gracias por no quejarte nunca.

Si te ha gustado
Las noches de Gael
te recomendamos comenzar a leer
¿Y si fuera Lucas?
de *Mayeda Laurens*



Prólogo

Amaya se despertó con un terrible dolor de cabeza. La noche anterior, durante la cena de Navidad organizada en casa de su amiga Laura, bebió más ron miel de la cuenta.

«¿Qué demonios tendrá esta bebida?».

Era la segunda vez que se lo preguntaba en los últimos cinco minutos. Justo el mismo tiempo que hacía que intentaba abrir los ojos sin padecer bajo la soleada luz que inundaba el salón.

—¿Y no se supone que en diciembre los días son fríos y oscuros?

—Agradéceselo al cambio climático.

Al recibir respuesta para una pregunta que creía haber hecho para ella misma, alzó los párpados de golpe y se maldijo por haber olvidado que no estaba sola. En el mismo instante en el que los rayos del sol golpeaban de lleno sus pupilas, recordó a Lucas, y una sucesión de imágenes acaecidas la noche anterior hicieron que deseara que se la tragara la tierra. O más bien el sofá en el que se había pasado descansando las últimas horas.

—¿Qué tal habéis dormido?

La misma voz seductora que se había dejado oír segundos antes activó el movimiento en el salón en el que se encontraba, pues un coro de respuestas llegó al unísono, acompañado del inconfundible sonido de pasos a su alrededor. Con los ojos cerrados de nuevo, Amaya escuchó a Lucas peligrosamente cerca.

—Seguro que un buen desayuno te sienta «de maravilla».

—Haz el favor de dejar a Amaya tranquila, donjuán, que anoche ya tuvo suficiente de ti.

Álex, el novio de Laura, acudió en su ayuda, librándola de mostrar ante los demás el rubor que acababa de teñir sus mejillas.

«Esto te pasa por querer convencer a todo el mundo de lo que no es. Si estás hecha unos zorros, ¿qué hacías anoche repitiendo al que quisiera oírte “estoy de maravilla, estoy de maravilla”».

Un bufido nada discreto escapó de sus labios.

—Arriba, May. Verás como las tostadas de Álex consiguen despejarte.

Amaya abrió los ojos y encontró a su amiga Laura tendiéndole la mano. Sin embargo, no correspondió a su gesto. En su lugar, le hizo señas para que se acercara a ella.

—Solo si me aseguras que anoche no hice el ridículo.

—Nada de lo que debas arrepentirte, si es a eso a lo que te refieres. Pero yo, en tu lugar, tiraría a la basura todas las botellas de ron miel que te queden en casa. Son del todo perjudiciales para ti.

—No tanto...

—Respuesta incorrecta. «Y tanto» es lo que deberías haber contestado.

La mirada tristona de Amaya demostraba que se estaba mortificando por dentro.

—Vamos a hacer una cosa, May: te levantas del sofá, te enfrentas al nuevo día asumiendo lo que pudieras haber hecho anoche y desayunas en condiciones para poner en orden tu cuerpo. Porque seguro que tienes una resaca de campeonato.

—¡Buen día a todos! Hace un tiempo espectacular, seguro que hoy nos ronda la buena suerte. —

Sandra acababa de acercarse a ellas y se arrodillaba al lado de Laura mientras cogía las manos de Amaya entre las suyas—. Uy, qué cara tienes, corazón. Si lo sé, te despierto y te llevo conmigo a meditar. A mí me ha devuelto la vida.

—¿A meditar? —Laura no salía de su asombro—. ¿Cuándo te has ido?

—Pues, esta vez, más tarde de lo habitual. A las ocho ya no podía dormir más, así que he cogido tus llaves y me he ido al parque que hay más abajo. Espero que no te haya importado.

—¡Si nos acostamos a las cinco! —Amaya no conseguía entender a la amiga de Laura. Apenas había coincidido con ella en unas pocas ocasiones, pero cada vez la sorprendía con sus comentarios y su forma tan particular de enfrentarse al mundo—. No comprendo cómo puedes tener tanta energía.

—Lo que yo no entiendo es que desperdiciéis horas de vuestra vida durmiendo. Venga, vamos. Hoy no paso consulta, que estoy de vacaciones, pero como los amigos de mis amigos son mis amigos, podemos dar un paseo y charlar un rato. Intuyo en ti una fuerza muy negativa que no te deja avanzar. Si quieres puedo enseñarte a soltar lastre.

—Sandra, ¿qué tal si desayunamos primero y dejamos esas sesiones para luego?

Sin esperar respuesta, Laura tiró de la mano de Amaya y la ayudó a levantarse, no sin cierta dificultad, pues esta se mostraba reacia a mezclarse con el grupo de chicos, que ya se había congregado alrededor de la isla de la cocina, abierta al salón, y que daba cuenta de un buen desayuno.

Sin poder evitarlo, los ojos de Amaya se posaron sobre el más rubio de todos que, además, era el objeto de su azoramiento. Como si Lucas lo presintiera, levantó la cabeza de su plato, clavó la mirada en ella y le sonrió.

—¿Qué tal te encuentras?

—De maravilla...

A los labios del chico acudió una sonrisa y las piernas de Amaya amenazaron con dejar de sostenerla.

«¡Podrías dejar de decir eso!», se amonestó en silencio mientras pasaba de las manos de Laura a las de Lucas, casi como una niña pequeña, sin ser muy consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Me alegra oír eso. Y como yo ya he terminado de desayunar y, además, me tengo que marchar, te cedo mi asiento.

—¿Solo vas a comer eso? —Raúl, otro de los chicos que se había quedado a pasar la noche en casa de Laura y Álex, lo miró con cara de asombro—. Tío, no me extraña que estés tan delgado.

—Prefiero hacer varias comidas al día que inflarme en solo tres. ¡Y no estoy delgado!

Daren y Marc, los otros dos amigos que conformaban el grupo de hombres, intervinieron al mismo tiempo en la conversación.

—¿Ya te vas?

—¿Cuándo te dejarás caer de nuevo por Madrid?

—No lo sé... En un par de meses o así; este viaje me va a llevar más tiempo del que pensaba.

Amaya asistía al intercambio de frases como si la escena estuviera ocurriendo en la televisión y ella solo fuera una espectadora. La noche anterior había conocido a un hombre fantástico y, unas cuantas horas después, desaparecía de su vida. Debía haberlo supuesto. Lucas era el amigo más viajero de Álex y, de hecho, hasta un rato antes de que comenzase la cena de Navidad que cada año él y sus amigos organizaban, no tenían muy claro que fuese a aparecer. Cuando descubrieron que los golpes en la puerta anunciaban su llegada, los chicos lo celebraron con alegría, pero su frase «No perdamos el tiempo, que mañana me voy antes de comer» cayó como un jarro de agua fría. Y, para Amaya, esa sentencia comenzó a revolotear en su cerebro desde el mismo segundo en el que descubrió que congeniaba con él.

Escapó de sus pensamientos en el instante en el que todo el mundo empezó a despedirse de Lucas. Agachó la cabeza y se centró en la tostada que, sin saber cómo, había aparecido en su plato, tratando de pasar desapercibida. No era que no quisiera hablar con él, más bien se trataba de que no tenía idea de cómo actuar y, tal y como le ocurría en ese tipo de situaciones, rogaba por mimetizarse con el mobiliario y que nadie recayera en que estaba en la habitación. No tuvo tanta suerte. Lucas, tras haber dicho adiós a todo el mundo, se acercó a ella, mostrando su mejor sonrisa de niño bueno, y le soltó:

—Ha sido un verdadero placer haberte conocido.

Por inercia, ella se levantó de la silla, momento que Lucas aprovechó para darle un cálido abrazo. Como no sabía qué hacer con las manos, las pasó alrededor de la cintura del rubio, queriendo corresponder así a su gesto. Le hubiera gustado decir algo como «lo mismo digo» o «el placer ha sido mío», pero no le salían las palabras. Lucas, sin embargo, siguió hablando, como si no fuera consciente de su estado de ánimo.

—Espero que pronto coincidamos de nuevo. —Y agregó, en un tono más bajo, quizá solo para sus oídos—: Y ojalá entonces te encuentre realmente «de maravilla».

Estrechó un poco más el abrazo y depositó un beso en su mejilla derecha. Y así, sin mirar atrás, abandonó la casa de Álex, dejando a una Amaya confundida que no recordaba haberse sentido de ese modo en mucho tiempo.

Las noche de Gael



Gael Roswet necesita descubrir si existe más gente, aparte de ella, que haya heredado un don extraño y peculiar. Para ello viaja a Londres, porque en una ciudad tan aglomerada no debe ser difícil averiguarlo. El problema le sobreviene cuando, sin pensarlo, salva al conde de Silverstone de morir asesinado.

Darren Wentfield O'Rourke, conde de Silverstone, es alto, guapo..., sus facciones son perfectas. Sin embargo, toda aquella belleza que tanto atrae también intimidaba. La culpa la tiene su apostura soberbia, implacable y arrogante. Es el tipo de hombre con el que Gael podría marcharse al fin del mundo y perderse en un apasionado romance y, a un tiempo, romperle la crisma con saña. O tal vez... ambas cosas.

Sandra Bree (Sandra Palacios) es una ávida lectora desde que era muy jovencita. Sus novelas preferidas son las románticas, ya sean históricas, contemporáneas, paranormales y juveniles. Aunque en su biblioteca personal tiene una amplia gama de géneros, suspense, policíacas... Nació en la primavera de 1971 en Madrid capital y vivió sus primeros años en el castizo barrio de Lavapiés. Luego se trasladó al sur de la comunidad, donde realizó sus estudios. Ahora reside allí con su marido y sus tres hijos. Ama la naturaleza, es adicta a la coca-cola y ha publicado varios libros hasta la fecha.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Sandra Bree

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-47-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Las noches de Gael

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Bree

Créditos